

BIANCA™



HARLEQUIN™

ADRENALINA
SIN LÍMITE



AMANDA CINELLI

PASIÓN EN LA POLE POSITION

Portadilla

BIANCA.

AMANDA CINELLI

PASIÓN EN LA
POLE POSITION



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Amanda Cinelli

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Pasión en la pole position, n.º 3249 - 21.9.26

Título original: Driving the Billionaire Wild

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).

HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y
Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370175900

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

En toda una vida de aventuras glamurosas, Apollo Accardi nunca había vivido nada tan grandioso como el Premio Elite One de Italia. Lo fue aún más al ganarlo en la carrera sagrada de su familia, con una última vuelta de récord... al volante del monoplaza del equipo rival.

La euforia le llenaba los pulmones mientras cruzaba el *paddock* con el mono granate de Falco Roux y desafiaba con la mirada al mar de banderas blancas de Accardi Autosport. Tras casi ocho años desde su misteriosa retirada, su regreso a mitad de la temporada pasada sacudió al mundo. Lo que empezó como un favor impulsivo a Tristan Falco terminó convirtiéndose en una redención que nunca pensó aceptar.

Su compañera, Nina Roux, no era la heredera altiva que le habían descrito, sino una aliada valiosa, incluso en medio del escándalo mediático y de su relación con Falco, dueño del equipo. Apollo evitó el drama, renovó su contrato y dedicó el invierno a entrenar y trazar estrategias. En su segunda temporada con Falco Roux, lideraban con holgura el Campeonato de Constructores.

Y Apollo... Bueno, por fin estaba listo para acabar con cierto demonio en particular. Ganar el escurridizo Campeonato de Pilotos de la Elite One era el objetivo de todo corredor, algo que él ya había conseguido ocho años atrás, con Accardi Autosport. Pero el próximo título no llevaría la marca de su abuelo, sino la suya propia.

Tras años perfeccionando sus instintos como hombre de negocios, Apollo sabía reconocer cuándo se avecinaba una tormenta, y algo no cuadraba desde que su abuelo se había presentado en su vestuario privado antes de la carrera para pedirle que hablaran más tarde. Una conversación que llevaba meses esquivando.

Quizá esa fuera la razón de la constante inquietud que crecía en su interior mientras ocupaba su asiento en primera fila de la carpa de prensa, codo con codo con Nina y el otro piloto, que habían quedado en segundo y tercer lugar, respectivamente.

Apollo señaló con la cabeza hacia donde Falco estaba sentado junto al director del equipo, Alain Roux, el hermano mayor de Nina. Todo el equipo había trabajado duro ese fin de semana y él esperaba con ganas la noche de celebraciones.

Pero mientras todos aguardaban... la tensión fue en aumento. El murmullo de voces pasó de la impaciencia a la inquietud de forma gradual. El evento, que solía comenzar con puntualidad, acumuló primero quince minutos de retraso y luego media hora, sin que se ofreciera ninguna explicación.

Las ruedas de prensa posteriores a la carrera eran bastante rutinarias: preguntas previamente acordadas y respuestas elaboradas con esmero por un ejército de asesores de imagen y gurús profesionales. Gurús como Astrid Lewis, la experta en publicidad más codiciada del sector.

Apollo recorrió la sala con la mirada hasta encontrarla. Con los labios carnosos pintados de rojo, examinaba la pantalla del teléfono mientras se acomodaba las gafas de montura negra sobre su nariz respingona.

Como si sintiera el peso de sus ojos sobre la piel, la imponente directora de relaciones públicas de Falco Roux alzó la vista, y sus miradas se encontraron a través de la carpa abarrotada. El cuerpo de Apollo ya vibraba con la adrenalina previa a la carrera, pero aquella chispa se transformó de inmediato en un calor abrasador y familiar que le recorrió el cuerpo.

Él arqueó una ceja y le guiñó un ojo; ella los entrecerró a modo de advertencia. Apollo sonrió con descaro e inclinó la cabeza hacia la salida. Ella negó con firmeza, como si le ordenara sin palabras: «Quédate donde estás».

Astrid dirigía todo el equipo de Falco Roux con mano de hierro y, desde el breve intento de coqueteo de Apollo al incorporarse al equipo el año anterior, había delegado en sus ayudantes la tarea de controlar sus huidas. Era conocido por detestar la parte mediática de

ser piloto de Elite One y por escabullirse de las entrevistas antes de tiempo.

Mentiría si dijera que no disfrutaba provocando su ira. Su acento británico afilado y su actitud pragmática lo habían cautivado desde el momento en que entró en aquella primera reunión y estableció las reglas. Quizá fuera porque lo trataba como a cualquier otro piloto, sin importarle la reputación familiar ni la considerable fortuna que él había forjado como empresario por méritos propios. Pero sus interacciones solían reducirse a eso: ella le daba órdenes desde la distancia y él intentaba ignorar lo mucho que lo excitaba.

Por eso se sorprendió bastante cuando Astrid se levantó y cruzó la sala para detenerse a su lado en la larga mesa de entrevistas.

–¿He infringido alguna de tus reglas, señorita Lewis? –bromeó él.

La sonrisa se le borró al advertir la falta de color en sus mejillas, antes sonrosadas. Cuando ella apoyó una mano sobre la mesa, la sangre se le heló. La imperturbable Astrid Lewis estaba temblando.

–Apollo... Necesito que vengas conmigo. –Se alisó la falda negra con la otra mano, el ceño fruncido por la preocupación–. Me han dicho que el retraso es por una emergencia. Hay una ambulancia fuera de la autocaravana de los Accardi... Es tu abuelo.

Mientras intentaba asimilar sus palabras, los teléfonos comenzaron a sonar por toda la sala. Los periodistas fijaron la vista en sus pantallas y acto seguido alzaron los ojos hacia Apollo.

–¿Un infarto? ¿Enzo Accardi? –susurró una joven con la camiseta blanca del equipo Accardi, y se tapó la boca con la mano ahogando un sollozo.

La lona de la carpa se abrió y apareció el tenue destello de luces azules de los servicios de emergencia.

–¿Es cierto? Dicen que no ha sobrevivido –comentó un reportero.

Apollo se levantó de golpe y la silla golpeó la pared con un estruendo. Apenas era consciente de su propio cuerpo cuando comenzó a abrirse paso entre la multitud hacia la entrada lateral. El cálido aire veraniego le llenó los pulmones antes de que echara a correr mientras el pánico le invadía las entrañas. No podía ser. Su abuelo era indestructible.

Cuanto más se acercaba a la sede del equipo Accardi, más intensas se hacían las luces azules. Una sola ambulancia estaba aparcada fuera, con las puertas abiertas de par en par. Dos paramédicos aguardaban sentados con aspecto de total derrota. Al acercarse, uno de ellos se puso en pie con expresión compungida al reconocerlo y le dio el pésame.

Sintió que su mundo se detenía, mientras toda una vida de recuerdos se burlaba de él. Su abuelo, que lo llevaba al circuito por primera vez para huir de las peleas de sus padres, o que lo alzaba sobre los hombros tras ganar su primer trofeo. Cuando era niño y sentía que nadie tenía tiempo para él, Nonno siempre estaba a su lado. Lo criticaba, le exigía y lo sacaba de quicio, pero sabía que también lo quería.

Las cosas no empezaron a torcerse entre ellos hasta que llegó a la edad adulta.

–Apollo.

Unos ojos verdes, vibrantes y cargados de preocupación, irrumpieron en su campo de visión y lo arrancaron del bloqueo. Astrid lo había seguido y, al tomarle la mano, el calor de su contacto le dio algo firme en lo que sostenerse.

–Voy a sacarnos de aquí, ¿vale?

Con su figura menuda, se interpuso como barrera entre la multitud y él, algo que en cualquier otro momento le habría arrancado una sonrisa. En cambio, permaneció inmóvil, atento a cómo hacía una señal a alguien entre el gentío mientras tecleaba en su teléfono con la otra mano. Cuando sus miradas se encontraron de nuevo, Apollo halló sostén en el verde intenso de los ojos de ella, en la inclinación perfecta de su nariz y en la curva de sus labios.

Se agarró a todo lo que sabía firme y verdadero... porque, si Enzo Accardi estaba muerto, todo en su vida estaba a punto de cambiar.

Como experta en gestión de crisis en la liga más competitiva del automovilismo, Astrid Lewis había lidiado con escándalos dentro y fuera de la pista. Nunca se había topado con una situación que no pudiera reconducir.

Sin embargo, mientras el vídeo se reproducía en su teléfono, una sombra de duda le recorrió el estómago.

La lluvia azotaba las ventanillas del taxi mientras se ajustaba las gafas de diseño sobre el puente de la nariz.

–Esto... no es lo que esperaba cuando diste la alerta roja, Tristan.

El rostro de Tristan Falco parecía volverse aún más serio desde la esquina de la pantalla, donde había minimizado la videollamada.

–Nuestro piloto estrella acaba de rescindir su contrato a mitad de temporada. Yo diría que eso es una emergencia de máxima prioridad, Astrid.

Por lo que alcanzó a distinguir en las imágenes granuladas, el vídeo se había grabado tras el funeral celebrado el día anterior, al que asistió toda la familia Accardi, incluido Apollo. Se aclaró la garganta e ignoró el cosquilleo ya conocido que le provocaba ver a su piloto estrella avanzar con el rostro impasible entre una nube de *paparazzi*.

Los Accardi eran como de la realeza para sus seguidores italianos y la muerte del patriarca había paralizado al país entero y desatado una oleada de duelo colectivo. Las grandes figuras del automovilismo habían acudido en masa al norte de Italia para rendir homenaje en una ceremonia fúnebre que Astrid había seguido en directo desde su casa de Londres.

–Uno de los primos Accardi ha estado despotricando en redes sociales –añadió Tristan con un suspiro–. Estaba borracho y acusó a Apollo de alegrarse por la muerte del anciano, asegurando que su distanciamiento había sido la causa.

–Eso es caer muy bajo, incluso para ellos –respondió Astrid sacudiendo la cabeza.

–Apollo se niega a contestar el teléfono y yo ya estaba a medio camino de Buenos Aires cuando me avisaron de que intentaba romper el contrato. Necesito que arregles esto.

Detuvo el vídeo del funeral y se quedó contemplando la imagen. Apollo estaba junto a su padre, Santo Accardi, actor de fama mundial. Su madre, la reconocida directora Leona Hart, también había asistido, pese al sonado divorcio que los separó más de dos

décadas atrás. De ambos había heredado lo mejor: la tez morena de su madre granadina y la mandíbula firme de su padre italiano.

Se fijó en la expresión tensa de Apollo más tiempo del necesario. Incluso en pleno duelo, aquel hombre resultaba atractivo. Tal vez por eso su presencia la descolocaba. Las pocas veces que habían estado a solas durante el último año, las palabras se le habían trabado. Su mirada le parecía demasiado intensa, como si irradiara un calor palpable, y esa sensación la desarmaba. Se creía inmune a los encantos de los atletas adinerados a los que representaba, pero había algo en él que la hacía tambalear. Hasta el punto de evitar encuentros a solas y delegar en su equipo siempre que podía.

No era cobarde, pero tampoco una santa. Apollo era un conquistador, y uno hábil. No se hacía ilusiones con sus coqueteos; sabía que para él no pasaban de un juego. Aun así, despertaban en ella una parte necesitada y torpe que creía enterrada. Era una distracción que no podía permitirse.

Y, sin embargo, allí estaba ella, frente a su finca palaciega a orillas del lago de Como.

—Veo que han llamado a la verdadera jefa para arreglar el estropicio —dijo Nina Roux asomándose por encima del hombro de Tristan—. ¿No le habías prometido a tu chico que te tomarías agosto libre?

Astrid observó la cercanía entre su jefe y la piloto. Resultaba difícil creer que solo hubiera transcurrido un año desde el escándalo que los llevó a enamorarse durante las últimas vacaciones de verano de Elite One.

—Me lo tomaré en cuanto resuelva esto —respondió Astrid con el ceño fruncido. Pensó en la decepción de su hijo Luca cuando le explicó que debía hacer un último viaje de trabajo. Adoraba a su joven niñera, Jem, pero llevaba días pidiendo pasar tiempo a solas con su madre—. No se ha quedado muy contento, pero lo he sobornado con visitas ilimitadas al Museo del Transporte cuando regrese.

—Los niños de seis años son tan fáciles —se rio Nina, recordando su propia experiencia reciente con la fascinación del pequeño por los

museos. Nina, al ser autista como Luca, tenía una conexión especial con él, algo que Astrid valoraba mucho.

–Ya casi tiene siete –la corrigió.

Aún debía decidir el regalo de cumpleaños de su niño, que ya no era tan pequeño. Habían visitado todas las exposiciones de Inglaterra al menos una vez, pero el Museo del Transporte de Londres seguía siendo su favorito.

Se le encogió el pecho al recordar su expresión seria cuando le explicó que tenía que marcharse. Era parco en palabras, pero bastaba una mirada para desarmarla. Lo llevaría al museo cada día si hacía falta para compensar aquella promesa rota.

–¿Puedes arreglar esto, Astrid? –preguntó Tristan–. No podemos perderlo.

–Solo está pasando el duelo a su manera –dijo Nina con el ceño fruncido–. En una crisis todo el mundo actúa de forma extraña o pierde los estribos. Excepto quizá Astrid, claro.

Astrid curvó los labios en un intento débil de sonrisa y trató de apartar el recuerdo de la única noche en que perdió el control, cuando su propio caos la empujó a abandonarse en brazos de un desconocido y dejó una huella permanente en su vida. Nadie conocía la verdad de cómo había terminado siendo madre soltera. No cambiaría nada, pero aun así desvió la mirada cuando Tristan se inclinó para susurrarle algo a su prometida y la hizo sonrojarse al instante. Aquella intimidad tan natural le provocó un tirón en el pecho que se obligó a ignorar.

Tristan la miró con curiosidad.

–Si prefieres estar con Luca, Nina y yo podemos cambiar los planes y volver.

Astrid suspiró. Luca estaría bien, aunque ella trabajara un día más para resolver aquello. Tenía experiencia de sobra frenando a pilotos cuando la presión los empujaba a cometer errores.

Recordó la reacción de Apollo el día en que murió su abuelo, lo desorientado que parecía y el impulso que sintió de apartarlo de los *flashes* y de las preguntas crueles.

–Puedo arreglarlo –dijo al fin–. Me pagas porque soy la mejor a la hora de gestionar a pilotos de carreras temperamentales. Deja que

yo me ocupe de Apollo Accardi.

Capítulo 2

Astrid cerró la puerta del coche de un portazo, se colgó la bolsa de viaje al hombro y tomó el maletín. El vuelo de Londres a Milán había sido llevadero; lo demás, un desastre. Una huelga provocó colas interminables y su chófer privado sufrió una avería, así que tuvo que pedir un taxi.

El conductor tomó atajos temerarios hasta llegar a la localidad junto al lago donde nació la marca Accardi. Allí la esperaban fotógrafos y guardias en la verja. La dejaron pasar, pero el taxi no podía entrar y tuvo que arrastrar las maletas por la grava, subida a tacones de doce centímetros.

Sin aliento, rodeó una fuente y alzó la vista hacia la villa junto al lago, un despliegue de lujo sin pudor. La sorpresa aumentó cuando un mayordomo con guantes blancos acudió a recibirla.

Astrid lo siguió y, apenas cruzó el umbral del gran salón de mármol, vio a tres mujeres vestidas de negro descender por la escalinata entre risas contenidas. Reconoció a una modelo de una campaña de Elite One y le dedicó un leve gesto.

El repiqueteo de los tacones cesó al verla junto al mayordomo, cuya mirada severa bastó para borrarles la sonrisa.

–*Scusate*, los invitados solo pueden salir en taxi acuático. Un momento, *signorina* –dijo con un amplio ademán.

–Apollo me está esperando –mintió Astrid sin titubear, ajustándose la correa del maletín–. Indíqueme dónde está.

El hombre vaciló. Ella alzó una ceja y le sostuvo la mirada. Él terminó por suspirar, le dio instrucciones rápidas y acompañó a las otras mujeres hacia unas puertas dobles, dejándola sola.

O las indicaciones estaban mal o la villa era un laberinto, porque Astrid terminó en otro vestíbulo idéntico sin saber cómo. La música

atronaba desde algún punto de la casa. Se asomó a una puerta abierta y encontró caos: gente dormida en sofás, botellas de champán y copas por todas partes.

–¿Es un funeral o una despedida de soltero? –murmuró mientras esquivaba ropa y confeti.

Aquello era un desastre para la imagen pública de alguien acusado de alegrarse por la muerte de su abuelo.

La música subió de volumen al acercarse a un entresuelo con vistas a otra piscina y a un gimnasio acristalado. Bajó por una escalera curva y entonces lo vio salir del agua. Reconocería en cualquier parte la espalda ancha de Apollo y los tatuajes que marcaban su piel.

Él se pasó una toalla por el cuerpo sin reparar en ella y cruzó el espacio hacia la zona de recuperación. Astrid avanzó entre máquinas de última generación. Un simulador de carreras mostraba en pausa el nuevo trazado de Mónaco. Muy propio de un piloto: fiesta excesiva y entrenamiento implacable al día siguiente.

Apollo se detuvo junto a una bañera de acero llena de hielo y, sin dudar, se sumergió en ella hasta la cintura. Cuando ella entró en la sala contigua, lo encontró inclinado sobre el borde, bajo la luz que caía del techo acristalado.

Se le secó la boca. Carraspeó para anunciarse y se obligó a sostener su mirada cuando él se volvió.

–Astrid. –Su voz ronca sonó como un gruñido grave mientras se sumergía por completo en el agua helada sin siquiera estremecerse—. No necesito una niñera.

–Tengo órdenes de arreglar este lío –contestó ella, dejando sus cosas en el suelo y cruzando los brazos—. Entiendo que estés de duelo...

–Ya no estoy de duelo –la corrigió él.

–Tus primos ya están usando la muerte de tu abuelo para manchar tu nombre. Tu comportamiento no ayuda.

Las pocas veces que se habían visto, él había sonreído y coqueteado. Esa vez no. Solo parecía exhausto. Una punzada de culpa la atravesó por lo que había ido a exigirle. Pasar de ganar un

Premio Elite One a enterrar al hombre que forjó su carrera en cuestión de días no debía de haber sido sencillo.

Se sentó en un banco cercano y cruzó las piernas con la compostura que le permitía la falda.

–Sé que llevabais años distanciados. Entiendo que su muerte haya sido un golpe.

–Ese hombre vivía a base de café y cigarrillos y nunca se tomó un maldito día libre en cincuenta años. Lo raro es que aguantara tanto.

–Hizo una pausa y la miró—. ¿Te dije que me llamó? La mañana del infarto. Me preguntó si podíamos hablar. Le dije que no. No pensé que fuera tan grave.

Astrid parpadeó ante la frialdad de sus palabras. Sus ojos marrones se encontraron con los de ella y, por una fracción de segundo, vio al otro lado de la fachada. Aquel hombre no solo estaba agotado y afligido. También estaba furioso.

–Dame una hora –dijo ella en voz baja—. Hablaremos de la situación durante el almuerzo y, si sigues seguro de tu decisión, me iré.

–Siempre tan profesional, señorita Lewis... No necesito ni quiero que Falco Roux se entrometa en mis asuntos de familia. Como seguro que ya sabes, ya no soy asunto tuyo.

–Te guste o no, tus acciones lo han convertido en asunto mío. He tenido que volar aquí en mi día libre, así que, si has decidido de repente renunciar al Campeonato de Pilotos, tienes tiempo de sobra para salir de tu bañerita y ayudarme a arreglarlo.

Apollo cerró los ojos y estiró los brazos musculosos por encima de la cabeza.

–Ahora mismo estoy bastante ocupado.

Astrid sintió una oleada de irritación.

–¿Ocupado recuperándote de una fiesta con modelos? –Dio un paso hacia él—. Puede que tengas más poder que la mayoría de los pilotos, pero tus obligaciones contractuales con el equipo son las mismas. En este negocio, cada segundo cuenta, y no me iré hasta que accedas a hacer una declaración.

–Pareces molesta por lo de las modelos. ¿Estás celosa? –preguntó él, con una sonrisa ladeada.

La forma en que pronunció su nombre le produjo un escalofrío cálido por la espalda, igual que el brillo inconfundible de deseo en sus ojos. Recordó lo descarado que había sido al coquetear con ella durante sus primeras semanas en el equipo y lo rápido que ella le dejó claras sus normas. Él respondió con una sonrisa deslumbrante y no volvió a insistir. Pero aquellas miradas cargadas de hambre no desaparecieron.

–Apollo, mi trabajo consiste en evitar que los pilotos arruinen su carrera, y se me da de maravilla. –Se cruzó de brazos con su mejor expresión seria–. Te conviene dejarme ayudarte. No me iré hasta que tengamos un plan de acción.

–Estás perdiendo el tiempo.

–Esto es importante para tu equipo, y...

–Ya no es mi equipo –la interrumpió con voz cortante–. Ahora, a menos que quieras deleitarte con mi cuerpo, te sugiero que te vayas mientras salgo de la «bañerita».

Astrid se quedó inmóvil, atenta a la línea tensa de su mandíbula y sintiendo un mal presentimiento en el estómago. Tristan insistía en que todo era fruto de un arrebató, pero Apollo irradiaba determinación. Con cualquier otro piloto habrían bastado sanciones y multas. Apollo jugaba con otras reglas.

Antes de que pudiera asimilar su advertencia, él ya estaba en pie. El agua resbalaba por su cuerpo desnudo sin mostrar el menor pudor. El rubor le subió a las mejillas mientras intentaba apartar la vista.

Casi lo logró.

Pero algo la detuvo. Una cicatriz larga y curva, algo más oscura que el resto de su piel. Habría pasado desapercibida entre los tatuajes que cubrían su torso, pero aquella marca estaba más abajo, en la ingle.

El recuerdo estalló sin aviso.

Una subasta de máscaras en Venecia. La risa compartida con un desconocido atractivo. La invitación a subir al ático para tomar una copa. El ascensor detenido por un apagón en medio de una tormenta.

El pacto de no quitarse las máscaras. El placer que la dejó marcada.

Recordó sus manos recorriendo aquellos músculos en la penumbra, sus dedos siguiendo esa misma cicatriz. Él le habló de un accidente de infancia con un arco y una flecha y de su idea de tatuarse algún día un arco tensado, listo para disparar.

El mismo tatuaje que llevaba Apollo Accardi en la ingle.

—Te advertí de que iba a salir —dijo él con brusquedad mientras tomaba una toalla y se cubría con ella.

Astrid apenas era consciente de sus propios movimientos cuando dio un paso atrás, temblorosa, y tropezó con su equipaje. Se le hizo un nudo en el estómago al levantar la vista hacia su rostro. Aquello no era real. No podía serlo. Porque si lo era...

—¿Estás bien? —preguntó Apollo, frunciendo el ceño—. Parece que has visto un fantasma.

Quizá sí. O quizá su mente acababa de aceptar lo que su cuerpo supo desde que aquel hombre entró en la sala de reuniones el día que firmó con Falco Roux. El acento era distinto, el cuerpo más musculoso y cubierto de tatuajes. No podía ser él... y, sin embargo, lo era.

Se le cortó la respiración y las piernas le temblaron tanto que creyó que caería. Así que hizo lo único que se le ocurrió al descubrir que el piloto más famoso de la Elite One era el padre de su hijo de seis años.

Agarró su equipaje y echó a correr.

Capítulo 3

El cerebro de Apollo tardó en procesar el esfuerzo que estaba haciendo para contener la reacción de su cuerpo. Estar cerca de Astrid Lewis ya era una tentación constante en el mejor de los casos; en su estado de ánimo actual, rozaba la tortura. Maldijo por lo bajo y salió del baño de hielo, consciente de que había cruzado una línea.

Agarró unos pantalones cortos de una silla cercana, ignoró el frío que aún le calaba la piel y atravesó las puertas de la terraza hacia el aire cálido del verano.

Ella apenas le llevaba un minuto de ventaja, pero avanzaba deprisa por el patio de grava. Cuando gritó su nombre, vio su cabello castaño agitarse con la brisa mientras echaba a correr, torpe entre los tacones, el maletín y la maleta, rumbo al embarcadero del lago.

Su mayordomo había dedicado la mañana a desalojar con discreción a los invitados de la fiesta de la noche anterior. La idea de organizarla había sido de su padre tras la muerte de Nonno. Santo Accardi siempre había usado la finca del lago de Como como si le perteneciera y, cuando Apollo regresó de una jornada de reuniones en Milán con los abogados de Enzo, la celebración ya estaba en pleno apogeo. ¿Quién era él para decirle a nadie cómo debía llorar?

Su padre había sido un espíritu libre, apartado y desheredado antes de que él naciera por elegir el cine en lugar del negocio familiar. Años después, la herida volvió a abrirse cuando Apollo aceptó la invitación de su abuelo para formarse en serio como piloto y regresar al redil que aquel hombre había abandonado.

Enzo, en cambio, llenó el vacío que dejaron unos padres ausentes y, cuando su talento empezó a despuntar, se volcó en pulirlo. Con el

tiempo, padre e hijo lograron recomponer su relación, sobre todo cuando Apollo se desvinculó del equipo familiar.

Pero todo amenazaba con romperse otra vez. El abuelo no había repartido la herencia entre los cuatro nietos. Había dejado Accardi Autosport solo en manos de Apollo, pasando por alto a su propio hijo.

Una decisión capaz de sacudir su carrera y el equilibrio de la Elite One. El viejo lo sabía, pensó con amargura mientras cruzaba el patio tras la mujer que había irrumpido en su intento de aislarse.

La alcanzó junto al embarcadero, donde ella observaba en silencio cómo un taxi acuático cargado de invitados se alejaba del muelle.

—Pues menos mal que decías que no querías irte —dijo Apollo, notando el frescor de la brisa del lago sobre su pecho desnudo.

No se le escapó la fracción de segundo en que los ojos de Astrid se posaron en ese pecho antes de apartar la mirada, con la misma expresión de pánico que había visto en el gimnasio.

Algo en su reacción no cuadraba. La mujer con la que había trabajado el último año no se habría dejado intimidar por algo tan simple como un hombre sin camiseta. Era legendaria en el sector, capaz de sacar de los peores escándalos incluso a los pilotos más rebeldes.

Pero él sabía que no había nada que ella pudiera hacer para evitar el desastre. No podía seguir pilotando para Falco Roux y ser propietario de un equipo rival al mismo tiempo.

—Siento lo de antes.

—No pasa nada —contestó ella en voz baja, evitando su mirada mientras sacaba el teléfono y empezaba a teclear.

—Vuelve dentro, Astrid. Puedes seguir reprendiéndome por mi comportamiento. —Ella no se movió. Apollo cruzó los brazos—. Dijiste que no eres de las que se rinden. ¿Has decidido de repente que soy una causa perdida?

Astrid negó con la cabeza, tragando aire como si le costara respirar.

¿Estaba teniendo un ataque de pánico?

—Necesito que sepas que aquí estás a salvo, Astrid. Conmigo. Lo hice solo porque quería que me dejaras en paz.

–Lo sé. No es eso. –Le tembló la voz y soltó una risa extraña antes de negar con la cabeza–. Esto era lo último que esperaba cuando vine hoy.

–Pero has venido y he sido un pésimo anfitrión. Volvamos dentro. Puedes darme una lección durante el almuerzo.

Ella esperó un momento antes de seguirlo, y Apollo notó que algo se aflojaba en su pecho cuando la tuvo de vuelta en el calor de la casa. Indicó al mayordomo que la acomodara en el salón privado y subió las escaleras de dos en dos, sintiendo un renovado pulso de adrenalina ante la perspectiva de comer con su invitada.

Al principio le había sorprendido la poderosa atracción que sentía por la experta en relaciones públicas inglesa, tan alejada de su tipo habitual. Era hermosa y tenía un cuerpo curvilíneo que lo había incitado al pecado desde el primer momento. Solía sentirse atraído por mujeres amantes del riesgo y la adrenalina; Astrid, en cambio, vivía para el trabajo. Era mordaz y sofisticada, y tal vez por eso mismo le resultaba aún más irresistible.

Quizá su aparición ese día era cosa del destino, pensó mientras entraba al baño y se desnudaba, contemplando el mosaico de tatuajes acumulados en los años libres de la influencia de su abuelo. Se excitó al recordar cómo Astrid lo había mirado al levantarse del baño de hielo.

¿Estaría su recatada relaciones públicas dispuesta a admitir por fin que no era inmune a sus encantos?

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras abría el grifo de la ducha a tope.

La única ventaja del desastre de la herencia era que había dejado de ser uno de sus pilotos. Ella ya no podía escudarse en esa barrera profesional. Y él, por fin, era libre de hacer lo que quisiera.

El comedor era igual de lujoso que el resto de la mansión. Una pared de ventanales con vistas al lago inundaba de luz el espacio de mármol, austero y elegante salvo por el color de los cuadros modernos que cubrían las otras tres paredes. Astrid se sentó en silencio al extremo de la larga mesa, ante un banquete que habría

alimentado a diez personas, mientras observaba a Apollo devorar dos raciones de pollo al horno con patatas al romero y un plato entero de verduras al vapor.

Ella apenas probaba bocado, pese a que la comida estaba deliciosa. La chef ya había salido una vez a preguntar si era de su agrado. Sintiendo culpable, Astrid se obligó a dar otro bocado y notó que los ojos de Apollo seguían el movimiento.

—Come, o mi chef te encerrará en la mazmorra como castigo. — Sonrió con aire burlón—. Tranquila, no se ofenderá si no tienes hambre, así que relájate.

—La comida es maravillosa... Es solo que hoy no estoy bien. — Apartó el plato y se concentró en la limonada helada.

Aún no se había repuesto del extraño *déjà vu* en el gimnasio y le resultaba difícil concentrarse mientras él hablaba con naturalidad sobre cualquier cosa. Pero el problema que la sacudía era otro, uno que tenía que ver con una cicatriz y con una noche que había decidido enterrar en su memoria.

Quizá no era él. Tal vez el cansancio del viaje había distorsionado su memoria y la había arrastrado a aquel recuerdo, la única vez que se permitió perder el control. Podía ser una coincidencia. Podía ser...

Los recuerdos la arrollaron.

Unas manos firmes que deshacían la tensión de sus hombros mientras conversaban en la penumbra de un ascensor. Tenía veintiún años. Hacía apenas unos meses que había roto con Ian, su primer novio, y con un compromiso que terminó en desastre. Anhelaba libertad, algo elegido por ella y no dictado por sus padres. La charla suave con aquel desconocido enmascarado dio paso a besos urgentes, a ropa abandonada en el suelo, a un placer que jamás había conocido.

Se marchó convencida de que su anonimato estaba a salvo. Solo había viajado a Italia por un desafío de sus primeras prácticas en Elite One: conseguir un casco dorado en una subasta privada.

Aquella noche alteró su vida para siempre.

Tomaron precauciones, pero algo falló y, contra todo pronóstico, descubrió que estaba embarazada. Intentó localizar al hombre a través del hotel veneciano, pero las cláusulas de confidencialidad lo

hicieron imposible. Pasó de ser la hija obediente de padres tradicionales a convertirse en la decepción familiar.

Uno de los pilotos, Grayson, descubrió su secreto y se convirtió en un aliado inesperado. Presionó para que le ofrecieran un contrato fijo con baja de maternidad incluida y la arrastró con él en su ascenso mientras su propia fama se disparaba. Astrid tomó el control de su carrera y, cuando Luca cumplió dos años, ya era la jefa de relaciones públicas más joven de la liga.

Guardó silencio sobre la paternidad de su hijo. Se limitaba a decir que el padre no formaba parte de sus vidas. Y se negaba a sentir remordimientos. Aquella noche imprudente le había dado el mayor regalo que jamás imaginó necesitar.

Respiró hondo. Tendría que confirmar sus sospechas antes de nada. Averiguar si Apollo había estado en Venecia aquella noche. Solo entonces intentaría explicarle por qué casi se le había parado el corazón al ver esa cicatriz tan peculiar.

¿La creería siquiera?

Como si intuyera su confusión, Apollo se levantó y propuso llevar las bebidas a su estudio privado. Ella lo siguió por el pasillo, intentando centrarse. Aquel hombre era su misión. Su jefe le había dicho que la reputación de la empresa dependía de que convenciera a Apollo de quedarse. Si le preguntaba por un encuentro fortuito y se equivocaba, quedaría en ridículo. Y, si tenía razón..., no podía imaginar cómo afectaría eso al futuro de Luca y al suyo propio.

El estudio de Apollo era impresionante, con una paleta de colores más oscura que el resto de la casa. Un lado albergaba un gran escritorio de madera y una pared de libros y archivadores; el otro, sofás lujosos y un elegante sistema de videoconferencia empotrado en la pared.

Recordaba haber visto ese despacho de fondo durante alguna rueda de prensa, esforzándose por no mirar aquel pequeño cuadrado de la pantalla en el que él aparecía. Siempre había sido muy consciente de su presencia. La mayoría de los pilotos se retorcían en las reuniones, aburridos por el lado empresarial del deporte. Apollo no. Él era un hombre de negocios, como demostraba

la gran marca de ropa deportiva que había levantado durante sus años fuera de las pistas.

Una ausencia, cayó en la cuenta de repente, que había comenzado la misma semana en que ella estaba en Venecia para la subasta. El nudo en el estómago se apretó un poco más.

Al oír su nombre, volvió al presente. Apollo estaba sentado en el sofá y le hacía un gesto para que se uniera a él. Una energía nerviosa le recorría las venas mientras se sentaba en el extremo opuesto, con sus ojos oscuros observándola con atención.

–¿Es esta tu única casa en Italia? –preguntó, sacando la *tablet* del maletín y parpadeando ante la foto de su hijo en el salvapantallas. Tragó saliva, abrió el plan de gestión de crisis que había elaborado en el vuelo y trató de calmar los latidos desbocados.

–Tengo muchas propiedades, pero ninguna a la que llamaría hogar –respondió Apollo con desgana, extendiendo un brazo por el respaldo del sofá hacia ella–. Esta fue la primera finca que compré en Italia. Aquí guardo mis colecciones.

Señaló una pared a sus espaldas. Las ornamentadas estanterías de cristal formaban por sí solas una instalación de arte moderno, con trofeos y estatuillas, una mezcla de logros propios y obras de arte. Y justo en el centro...

Astrid se atragantó con el sorbo de agua que acababa de tomar, y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras recuperaba el aliento.

–El... el casco dorado. Lo tienes.

Él frunció el ceño.

–Sí. Lo gané hace mucho tiempo... en una subasta de máscaras.

–En Venecia –terminó ella por él.

Una expresión extraña ensombreció sus rasgos.

–¿Cómo es posible que sepas eso?

Astrid se puso de pie y la *tablet* se le escurrió de las manos temblorosas. Unos dedos fuertes la atraparon antes de que tocara el suelo, y los ojos de Apollo buscaron los suyos con confusión. Ella abrió la boca, pero no le salió ningún sonido.

Por más pruebas que se acumularan, seguía sin poder comprender cómo había buscado por todas partes a un desconocido que resultaba ser uno de los pilotos más famosos del sector en el que

ella se había especializado. Sus caminos debían de haberse cruzado innumerables veces en los años en que lo había buscado. La crueldad de todo aquello le produjo un dolor extraño en el pecho mientras oía sus pasos cruzar la habitación a sus espaldas, su voz cálida y ronca llamándola una vez, y luego otra.

Se giró. Por la expresión de su rostro se dio cuenta de que le había hecho una pregunta que no había escuchado.

–Empiezo a pensar que debo llamar a un médico –dijo él con seriedad, tocándole la frente con el dorso de la mano.

–Yo también estuve en Venecia –dijo ella en voz baja, echándose atrás.

–Me lo imagino. Trabajando en Elite One habrás estado en todas las grandes ciudades del mundo.

–Estuve en esa subasta. –Las palabras le costaron un esfuerzo. Se giró para quedar frente a él–. Hace casi ocho años. Hubo una tormenta, toda la ciudad sufrió un apagón y los fuertes vientos mantuvieron ocupados a los equipos de rescate hasta la mañana siguiente.

–Astrid... –Su nombre fue un susurro áspero en sus labios. Los ojos se le abrieron con incredulidad y la boca se le endureció en una línea mientras se limitaba a mirarla.

Ella se sintió desnuda bajo esa mirada, con la garganta seca, intentando articular las palabras que se agolpaban.

–Conocí a un hombre en el bar. Llevábamos máscaras. Me invitó a subir a su ático a tomar una copa, en su ascensor pri... privado. –Le tembló la voz, pero se obligó a sostener su mirada oscura–. Nos quedamos atrapados en el ascensor durante un rato. Acordamos mantener nuestras identidades en el anonimato, pero creo... No. Sé que ese desconocido eras tú.

Capítulo 4

Apollo se quedó mirando a la hermosa mujer que tenía delante y se preguntó cómo demonios no se había dado cuenta antes. Aquella noche, el rostro de ella había quedado oculto tras una elaborada máscara veneciana, igual que el suyo. Pero se había fijado en ella desde el momento en que entró en la sala.

Ella lo había puesto nervioso, pese a la fachada de bravuconería con la que la había cortejado. No fue su intento de seducción más hábil, pero recordaba cada momento que habían pasado juntos, igual que recordaba cómo ella le había hecho prometer que no la seguiría cuando se marchó.

—Dejemos la magia aquí —le había susurrado en la oscuridad al oír llegar al equipo de rescate—. Mi vida es complicada en este momento.

En el presente, una risa ahogada de incredulidad se le escapó de los labios.

—Esto es... surrealista.

Astrid negó con la cabeza, cruzando su mirada con la de él solo una fracción de segundo antes de apartarse.

—No tienes ni idea.

—Te has cambiado el pelo —se oyó decir, con una voz más áspera de lo que pretendía, al evocar los rizos rubio oscuro con los que había fantaseado tantas veces.

—Este es mi color natural —contestó ella, un poco cohibida, alisándose el elegante corte castaño a la altura de los hombros—. Pero sí, he cambiado en muchos aspectos.

En un gesto revelador, se alisó la falda que se le ceñía a las caderas. Estaban más redondeadas que aquella noche, pero no habían dejado de resultar tentadoras.

–Eres aún más hermosa de lo que recordaba.

A Astrid se le cortó la respiración.

–Ni siquiera me viste la cara...

Apollo luchó contra el impulso de tomarle la mano y obligarla a mirarlo a los ojos. Esa mujer y su encuentro en el ascensor lo habían marcado. Durante meses se debatió entre olvidarla y salir a buscarla, maldiciéndose por no haber reaccionado antes. Cuando por fin decidió buscarla, ya no quedaba ningún rastro que seguir.

En aquel primer encuentro con Astrid el año anterior, su cuerpo había reaccionado al instante ante su acento refinado, y él se había irritado, pensando que quizá había desarrollado cierta fijación por las bellezas inglesas recatadas. Pero tal vez su cuerpo había sabido que era ella, aunque su mente no hubiese establecido la conexión.

–Tú tampoco me viste la cara aquella noche, Astrid. –Dio un paso hacia ella–. Y aun así me dijiste que nunca te habías sentido tan cerca de otra persona. Luego te marchaste sin más, sin dejar rastro. ¿Era todo mentira?

–No. Pero no se trataba de ti. Las cosas eran...

–Complicadas –completó él por ella. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes, recordando todos los escenarios que había imaginado como posible «complicación»–. ¿Qué me ocultabas?

–No he ocultado nada. –Se volvió para mirarlo, con una expresión afligida–. Te busqué... Intenté encontrarte, Apollo. Hice todo lo que pude.

¿Lo había buscado? Sintió una oleada repentina de posesividad al saber que ella no se había marchado con tanta facilidad como había supuesto.

–¿Qué habría pasado si me hubieras encontrado? –preguntó, notando el pulso latir bajo sus dedos–. ¿Te preguntaste en qué habría cambiado todo?

Ella entrecerró los ojos sin responder, pero sin negar nada tampoco.

–Yo sí sé lo que habría pasado, *bellezza*. Habrías venido a mí y te habrías disculpado por marcharte tan deprisa, y yo habría hecho el amor contigo una y otra vez hasta que ambos hubiéramos quedado saciados.

Ella se mordió el labio y él notó cómo el deseo le tensaba el cuerpo. El recuerdo de su boca y de su sabor no era nada frente a la idea de tenerla otra vez entre sus brazos.

Al ver el brillo indómito en sus ojos, se contuvo. Ella estaba allí como profesional; debía de sentirse dividida. Repasó lo que sabía: vivía en Londres con su hijo y protegía su vida privada. Madre soltera. ¿Lo era ya aquella noche? Pensar que pudiera haber habido un marido esperándola en casa le encendió la sangre. Siempre había detestado la infidelidad, después de que la de su padre destrozara a su familia.

Antes de que pudiera preguntarlo, llamaron a la puerta. Un empleado anunció que el helicóptero para su cita de la tarde ya había llegado.

—¿Qué cita? —murmuró casi para sí.

—La sesión de mentoría de Falco Roux en el circuito de Milán —dijo Astrid en voz baja, con una mirada suplicante—. Sabes lo duro que han trabajado esos chicos y lo que esto significa para ellos.

Se frotó el puente de la nariz, sabiendo que tenía razón. Era el último compromiso de su agenda antes de que la muerte de su abuelo lo cambiara todo. Dividido entre el deber y el deseo, buscó la mirada vacilante de Astrid.

—Si no hubiera un grupo de adolescentes que confiaran en mí, no saldríamos de esta habitación sin resolver esto. ¿Cómo sé que seguirás aquí cuando vuelva?

—Iré contigo —contestó ella de inmediato, agarrando con fuerza su *tablet*—. Un poco de cobertura en redes nos dará tiempo para resolver lo del contrato.

Prácticamente podía verla levantando muros ladrillo a ladrillo, intentando apagar el calor frenético que había florecido entre ellos. Como si eso fuera posible ahora que sabía quién era.

—¿Crees que por estar en el circuito me olvidaré? —Sintió cierta satisfacción al ver cómo ella contenía un jadeo antes de intentar disimular.

Volvió a morderse el labio inferior.

—No voy a huir. Aún tenemos que hablar, y eso es justo lo que pienso hacer una vez que calmemos la tormenta mediática. Entonces

te lo contaré todo.

–Eso espero –dijo él–. Te daré esta tarde para resolver los detalles profesionales. Luego retomaremos la conversación. ¿Sí?

Ella esperó un instante antes de asentir, con un bonito rubor en los pómulos.

El vuelo en helicóptero desde el lago de Como hasta el circuito fue breve, pero impresionante. Apenas había pasado media hora cuando los tejados de Milán aparecieron a la vista, pero aun así a Astrid se le agitaban las mariposas en el estómago cada vez que levantaba los ojos y encontraba los de Apollo fijos en ella.

Él había estado inusualmente callado, algo que agradeció mientras su mente intentaba asimilar los acontecimientos de las últimas horas.

Seguía sin poder creer que hubiera encontrado al padre de Luca. Había imaginado ese día tantas veces. La sensación de que aquello no sería tan sencillo era cada vez más difícil de ignorar.

Parte de ella estaba aterrorizada ante el resto de la conversación, pero Apollo era el padre de su hijo y tenía derecho a saberlo, aunque su riqueza y su estatus resultasen intimidantes. Se lo diría, en cuanto reuniera el valor.

El mundialmente famoso circuito se llamaba, cómo no, Autódromo Accardi. Ella había estado allí incontables veces: primero como joven recién llegada demostrando su valía, luego con barriga de embarazada o cargando con un niño pequeño y revoltoso.

El personal del recinto los recibió con alegría cuando bajaron del helicóptero. En el transcurso de una sola mañana había visto desnudo a ese piloto de fama mundial, había tenido una revelación que le cambiaba la vida y le había confesado que una vez se habían acostado juntos. La cabeza le daba vueltas mientras intentaba averiguar cómo revelarle el resto.

Solo podía esperar que Apollo lo aceptara. El diagnóstico de autismo de Luca había dado sentido a muchas de sus peculiaridades, pero mentiría si dijera que al principio no le había resultado abrumador. En los últimos años habían encontrado un ritmo cómodo

en Londres, con buenos profesores y rutinas sólidas. La idea de introducir en esa vida a alguien que sería, en esencia, un desconocido la llenaba de inquietud.

Se ocupó de saludar al fotógrafo que había contratado y de explicarle el plan mientras montaba su puesto de trabajo al borde de la pista. La siguiente hora transcurrió supervisando la mentoría individual de Apollo con los pilotos adolescentes.

A escondidas, tomó fotos espontáneas con el móvil: breves clips del grupo que daba vueltas por la pista y la expresión seria de Apollo al deslizarse en el reluciente Falco Roux. Pasaba con facilidad del inglés al italiano, con algo de francés de por medio. La noche en que se conocieron había notado su inconfundible voz de barítono, el acento italiano entonces más intenso que el tono neutro y pulido que adoptaba en público.

Lo observó en silencio. De vez en cuando, él desviaba la mirada hacia donde ella estaba, como si se asegurara de que seguía allí. No sabía si sentirse amenazada o emocionada por eso.

El gran final de la tarde fue una breve carrera clasificatoria entre Apollo y los seis pilotos de la academia. Había ocupado el último puesto para darles ventaja, pero, una vez apagadas las luces, no tardó en adelantarlos a todos.

—Pensé que hoy se lo tomaría con más calma —dijo una voz femenina desde el extremo opuesto del muro de *boxes*.

Astrid se giró y reconoció de inmediato a Allegra Accardi. La prima de Apollo se movía con una elegancia casi regia; el traje de diseño y el perfecto moño rubio parecían brillar mientras acortaba la distancia entre ellas y le plantaba el saludo italiano de rigor en ambas mejillas.

—Lo siento mucho por tu pérdida —dijo Astrid.

—*Grazie*. —Allegra sonrió, pero entrecerró los ojos oscuros de una forma que disparó las alarmas—. Parece que la muerte no hace más que avivar la rivalidad en esta familia. —Su atención se desvió hacia la pantalla donde Apollo seguía dominando la pista—. Ven, busquemos un lugar más apartado. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Apollo percibió la tensión que emanaba del cuerpo de Astrid en oleadas al entrar en la *suite* ejecutiva y ver que ambas mujeres se volvían hacia él. Su prima estaba junto a los ventanales con una sonrisa burlona; Astrid permanecía sentada con los brazos cruzados.

—Apollo, justo estaba poniendo al día a tu responsable de relaciones públicas sobre los últimos deseos de Nonno. Parece que te olvidaste de mencionar que acabas de heredar todo un equipo de carreras. —Allegra frunció el ceño con fingida preocupación.

Las miradas de Astrid y Apollo se encontraron.

Justo en ese momento, un hombre bajito entró detrás de él anunciando que necesitaban a Allegra en una reunión con el equipo de la academia.

—Ahora mismo voy. —Sonrió con naturalidad—. Astrid, ha sido un placer. Parece que no hace mucho andabas por los circuitos intentando disimular esa barriga tan generosa. El niño debe de tener... ¿seis años ya?

—Cumplirá siete en un par de semanas.

Allegra dirigió la mirada a Apollo.

—Qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad?

Él frunció el ceño ante la hostilidad velada con la que su prima se despidió. El comentario sobre el tiempo le rozó algo en la mente. Nunca había conocido al hijo de Astrid y había dado por hecho que el niño era mucho más pequeño. Saber que ella había estado con el padre de su hijo tan poco después de su encuentro le formó un nudo en el estómago.

—¿Tenías pensado contarme lo de la herencia? —soltó Astrid, con los ojos verdes chispeantes.

—¿Tenías pensado decirme que no estabas soltera la noche que nos conocimos?

—¿Qué? —Negó con la cabeza—. Por supuesto que estaba soltera. No veo qué importancia tiene eso ahora. No cuando tú has heredado todo un maldito equipo rival.

Al parecer, para él importaba bastante, a juzgar por cómo se le aflojó el nudo en el pecho ante su reacción sincera. Había algo más que aún le inquietaba, pero ya lo aclararía.

–He volado hasta aquí y he echado por tierra mis planes porque Falco Roux cuida de los suyos. Pensé que esta decisión de romper el contrato era por el dolor. Pero, según tu prima, has ocultado un dato crucial mientras esperabas el momento para pasarte a nuestro mayor competidor.

–¿Me estás preguntando si soy un traidor, tal y como seguramente mi prima te ha asegurado? –Se acercó, acortando la distancia con dos zancadas–. Porque creía que tu trabajo consistía en conocer a tus pilotos mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos.

–No puedo emitir un juicio sin todos los hechos.

–Si hubiera querido hacerme con Accardi Autosport, me habría quedado como piloto principal, lo que prácticamente habría garantizado que mi abuelo me lo dejara. –Esperó, viendo encenderse la comprensión en los ojos de Astrid–. Pero elegí marcharme. Y ahora, en un último intento por controlar mi carrera, me ha dejado un equipo que nunca he querido tener.

–Puede que no lo hayas pedido, pero ha ocurrido y es...

–Un problema para mí y para Falco. Sí, lo sé; él también lo sabía. ¿Entiendes ahora por qué me he negado a hablar con la prensa hasta saber cómo proceder?

Una asistente asomó la cabeza. El piloto del helicóptero los esperaba y tenían que salir de inmediato o se verían obligados a quedarse en tierra por los vientos.

Sintió que la frustración alcanzaba su punto álgido, dividido entre la necesidad de que Astrid entendiera su posición y el deseo de dar por zanjado, de una vez, lo ocurrido aquella noche en Venecia.

Sin consultarle, Astrid tomó el maletín y pasó a su lado con paso firme.

El silencio se instaló entre ellos una vez sentados en el helicóptero. Él le dio espacio para pensar, mientras ella, ajena al aparato que los transportaba a través de un cielo vespertino que se oscurecía con rapidez, tecleaba con frenesí en la tablet. Los vientos eran fuertes, pero estaba tan absorta que no advirtió que llevaban volando más tiempo de lo previsto ni que se dirigían en sentido contrario.

–Podrías haber acudido a Falco Roux con esto antes. A mí. –Su voz llegó al fin a través de los auriculares–. Hay que hablar con Tristan y Alain, concertar reuniones con los administradores de la Elite One.

–No ha sido una decisión egoísta ni fácil. Soy muy consciente de las consecuencias de romper el contrato a mitad de temporada. ¿Crees que quiero decepcionar a Tristan, Nina y Alain? Tengo mi propio equipo de abogados investigando las opciones en caso de que acepte los términos del testamento.

–¿Aún no has aceptado? –Se le iluminaron los ojos–. Entonces, hay que adelantarse a esto en cuanto volvamos a tu finca.

Él contuvo una sonrisa burlona.

–¿No te lo había dicho? No volvemos al lago de Como.

El brillo del agua y el perfil inconfundible de los edificios históricos anunciaron su llegada incluso antes de que nadie dijera nada. Entonces, los ojos de Astrid encontraron los suyos.

¿Era cruel llevarla de vuelta al escenario de su encuentro? Quizá. Pero de ningún modo iba a llevarla a la finca con la prensa acampada a las puertas. Ella estaría empeñada en resolver el dilema del contrato y, a decir verdad, a él le gustaba observar cómo trabajaba su mente. Aunque, en un plano más egoísta, la quería allí. No pensaba desperdiciar aquella oportunidad, no cuando ella ya había dejado claro que se había arrepentido de alejarse de él aquella noche sin revelar sus identidades.

–Bienvenida de nuevo a Venecia, Astrid.

Capítulo 5

Un conserje los recibió al llegar al exclusivo complejo veneciano, acompañado por un equipo de empleados que se encargó del equipaje. El viento le azotaba el pelo y la falda mientras contemplaba el paisaje y se preguntaba cómo demonios había acabado de vuelta allí.

Ese hombre exasperante estaba poniendo a prueba su autocontrol y, tras las revelaciones de las últimas horas, una migraña empezaba a latirle en las sienes.

Apollo la tomó del codo al entrar en el edificio. Con el ático como destino, el trayecto era corto, pero la oleada de excitación que la recorrió cuando el conserje los dirigió hacia el ascensor privado fue imposible de disimular.

–Prefiero subir por las escaleras, por favor.

Se le tensó la mandíbula. Notó el calor de su mirada sobre la espalda mientras se zafaba de su agarre y caminaba delante de él. ¿Estaría pensando en aquella noche en el ascensor, igual que ella?

Cuando llegaron y se abrieron las puertas dobles, se encontró frente al apartamento más impresionante que había visto en su vida. Solo el vestíbulo debía de tener el tamaño de toda la planta baja de su pequeña casa adosada en Londres.

–Un palacio de verdad sería menos recargado –murmuró para sí misma.

–Si crees que esto es exagerado, deberías ver el dormitorio principal. –La voz ronca de Apollo interrumpió sus pensamientos. Se giró hacia él y se dio cuenta de que estaban solos.

–No sé a qué juegas trayéndome de vuelta a Venecia. No va a funcionar. Vamos a hablar de Accardi y a trazar un plan.

Necesitaba ganar tiempo. Aún tenía que contarle lo del hijo secreto que nunca había sabido que tenía, pero solo podía apagar un incendio a la vez. Y, tras hablar con Allegra y recordar de qué nivel de riqueza procedía Apollo, sentía aún más miedo de revelar lo que había descubierto. ¿La creería siquiera?

Él pasó a su lado y desapareció bajo un arco. Ella lo siguió; sus piernas tardaban el doble en seguir su paso hacia una zona de sofás en medio de un lujoso salón. Con un simple toque en un panel, las luces se atenuaron, una gran chimenea cobró vida y un bar bien surtido emergió del centro de la mesa.

Él arqueó una ceja en su dirección y tomó un juego de copas y una botella de vino tinto.

–No estoy aquí para beber contigo –dijo ella con tono tenso, tratando de ignorar la oleada de calor en el estómago al ver cómo sus manos fuertes descorchaban la botella.

–Despachemos los asuntos de trabajo primero –sugirió Apollo, tendiéndole una copa–. Siempre tuve la intención de hablar contigo de la herencia, pero rompí el contrato siguiendo el consejo de mis abogados.

Suspirando, Astrid se dejó caer en el lado opuesto del sofá en forma de U. Dio un sorbo al vino y casi gimió ante el sabor intenso que le inundaba la lengua.

–Legalmente, ¿no hay forma de que puedas ser propietario de otro equipo y seguir pilotando para Falco Roux?

–Aún no lo tienen claro. No hay precedentes. –Bebió de su copa con la mirada perdida–. Los rumores eran ciertos, dejé Accardi por un desacuerdo con mi abuelo. Era un hombre orgulloso, tan retorcido y despiadado como lo pintaba la prensa. De niño lo idolatraba; fue la única constante durante el divorcio de mis padres, me introdujo en el *karting*, me entrenó. Pero al hacerme mayor descubrí otra faceta de él, y eso fue lo que me alejó de la Elite One. Aun así, decidió nombrarme su único heredero, cuando todo el mundo daba por hecho que heredarían mis primos.

»Me fui porque descubrí secretos dentro de Accardi que ponían en duda todos mis éxitos. Los acuerdos corruptos de Enzo eran solo una parte de la podredumbre. Hui, hice mi propia fortuna, intenté

limpiar mi conciencia. Luego volví para ganar el campeonato en mis propios términos, hasta que ocurrió esto. Ahora tengo la oportunidad de poner fin al legado de corrupción de Nonno y allanar el camino a la siguiente generación.

—¿Y eso es lo que quieres?

—No quiero hacerlo, Astrid. —Apollo casi gruñó al ponerse en pie—. ¿Crees que quiero ser propietario de un equipo? Solo quiero correr.

—Podrías vender el equipo.

Apollo suspiró, volvió a sentarse y se terminó la copa de un solo trago.

—Mi abuelo blindó cualquier posibilidad de venta durante cinco años. Mis primos conservan participaciones minoritarias y piensan impugnar el testamento. Allegra y sus hermanos lideran el movimiento; están furiosos porque Enzo no les dejó nada.

—¿De eso se trató la discusión tras el funeral?

Él asintió.

—Una parte de mí desea no tener nada que ver con todo esto. Pero tengo el deber de acabar con el legado de corrupción en Accardi, y puede que yo sea el único dispuesto a hacerlo.

La inquietud se apoderó de ella. No había manera de darle la vuelta a esa noticia para Tristan. A menos que quedara eclipsada por una revelación personal aún más impactante. Cada momento que pasaba sin contarle lo de Luca era un peso sobre su conciencia.

—Por si sirve de algo, fuiste la primera persona en la que pensé cuando me di cuenta de que tenía que romper el contrato. —La mirada de Apollo se volvió ardiente un instante—. Aunque no por razones nobles.

Ella se quedó paralizada.

—Hay otras cosas de las que deberíamos hablar, Apollo...

—Dejemos los asuntos serios por un momento —contestó bajando la voz—. He pasado el último año respetando tu regla de no involucrarte con pilotos, solo para descubrir que la habíamos quebrantado hace tiempo. Y llevo todo el día pensando en hacerlo otra vez.

—No deberíamos. —Se enderezó y dejó la copa sobre la mesa con dedos temblorosos. Cerró los ojos intentando ignorar lo bien que olía

mientras él invadía poco a poco su espacio. Tenía que decírselo de una vez.

—¿Recuerdas nuestro primer beso, Astrid? —preguntó él, con tono travieso—. ¿Recuerdas lo torpes que éramos en la oscuridad?

—Sí. Nos dimos un par de golpes en la frente.

—Al día siguiente me salió un pequeño moratón. —Sonrió con aire pícaro, inclinándose hacia ella—. Me dije que, si alguna vez volvía a encontrarte, te besaría despacio y como te merecías.

A la luz del fuego, lo vio humedecerse los labios y un impulso súbito la atravesó: necesitaba besarlo otra vez. Cuando sus manos descendieron hasta sus caderas y la atrajeron hacia él, no ofreció resistencia. Se dejó guiar, dócil, mientras la colocaba de lado sobre su regazo.

Un sonido bajo y tembloroso vibró en su interior antes de que él la silenciara con un beso.

Apollo estuvo a punto de soltar un gruñido de satisfacción mientras se perdía en la suavidad de la boca de Astrid. Al principio la besó despacio, con una delicadeza casi reverente, saboreando el hecho de tenerla, por fin, donde siempre la había querido. Sus manos descendieron por la curva de su cadera hasta abarcar la parte baja de su pecho a través de la blusa. El roce era casi inocente, demasiado contenido para la tensión que vibraba entre ambos. Ella también lo sentía, se apretaba contra él en busca de alivio, pero no era suficiente.

Le desabrochó la blusa con parsimonia y la dejó resbalar por sus hombros. El sujetador de encaje blanco quedó a la vista. Ardía por quitárselo, pero se obligó a ir despacio. Esta vez no había prisa. Esta vez tenían toda la noche.

Ahora ella lo cabalgaba por completo, la falda arremangada en lo alto de las caderas. El calor de su centro presionaba contra él, separado solo por la fina barrera de la ropa interior. Mientras sus bocas se devoraban y el cuerpo de ella se movía frotándose contra él con una urgencia apenas contenida, tuvo que dominar el impulso de

embestir con más fuerza. Los jadeos entrecortados que escapaban de sus labios le confirmaban que compartía su impaciencia.

La luz cálida de la lámpara acariciaba su piel clara y teñía de rosa sus pómulos. La sostuvo con firmeza contra su regazo, deslizó la mano entre ambos y pasó un dedo por el centro del delicado encaje rosa neón. La tela estaba húmeda.

–Estás temblando, *cara* –le susurró al oído, mordiéndole el lóbulo con suavidad–. Necesitas correrte con todas tus fuerzas, ¿verdad?

–Sí... –susurró entre gemidos, presionándose de manera instintiva contra su mano mientras él repetía el movimiento firme y constante que sabía que la llevaba al límite.

Redujo el ritmo al sentir que sus muslos se tensaban a su alrededor. Sin apartar la mirada de la suya, atrapó con la boca un pezón erguido a través del sujetador y lo mordió con firmeza. Ella se quebró en una oleada de estremecimientos, mientras su nombre escapaba en un grito entrecortado.

Aquel «¡Apollo!» sonó casi como una plegaria. Cuando se desplomó contra su pecho, él supo que no sería la última vez que lo pronunciara así.

Necesitaba más. La necesitaba entera.

–Quiero que te desnudes por completo para mí –murmuró contra su piel–. No quiero secretos entre nosotros.

Astrid se detuvo. El calor del orgasmo se enfrió ante esas palabras.

«Secretos».

Se apartó de su regazo, y con dedos temblorosos se enderezó la falda, aún consciente de su mirada hambrienta.

No había evitado contarle el resto a propósito, tan solo se había dejado llevar. Pero él lo vería como una omisión deliberada. Maldita sea.

Exhaló despacio. Su cuerpo deseaba continuar lo que acababan de empezar, algo de lo que Apollo era muy consciente mientras se acercaba con paso felino. Las manos le recorrieron los brazos, pero se detuvieron de inmediato cuando ella se tensó.

–¿Ni siquiera puedes mirarme? –dijo él con brusquedad–. ¿Qué he hecho?

Astrid se apartó de su tacto y cruzó los brazos.

–Hay cosas que debes saber. Algo que debería haberte dicho antes de empezar esto...

–No hay nada que puedas decirme que me haga querer parar.

–Quizá te lo replantees dentro de un momento. –Esbozó una débil sonrisa, armándose de valor mientras sostenía su mirada–. Te dije que quería permanecer en el anonimato aquella noche, y así lo hice. No empecé a buscarte hasta ocho semanas después, cuando ya habías desaparecido. Incluso ahorré y contraté a un detective privado.

–Eso roza la obsesión, *bellezza*. –Se recostó en el sofá con los brazos abiertos, los ojos aún oscuros de deseo–. Mentiría si dijera que yo no probé varias vías para encontrarte también. No dejaba de pensar en volver a tenerte... en mi cama.

A Astrid se le hizo un nudo en la garganta.

–No intenté encontrarte para volver a tu cama, Apollo.

–¿No?

–No. –Se obligó a mirarlo a los ojos, a pronunciar las palabras de una forma que no la hiciera sentir tan desquiciada como se sentía por dentro–. Necesitaba encontrarte... para decirte que estaba embarazada.

Capítulo 6

Astrid observó cómo la sonrisa sensual de Apollo se congelaba y su cuerpo se alejaba unos centímetros en el sofá.

–Estabas...

–Embarazada, sí. De tu hijo.

Parecía paralizado, con las manos apoyadas en las rodillas como si se aferrara a ellas para no caer. Ella sintió que tenía que soltarlo todo de golpe antes de perder el valor.

–En cuanto me enteré, intenté localizarte. No tenía nada más en qué basarme aparte de tu descripción física y la cicatriz en la ingle.

El silencio se prolongó hasta hacerse insoportable mientras Astrid recogía la blusa del suelo y se abrochaba a toda prisa los botones. Al ver que Apollo seguía sin reaccionar, sacó el móvil del bolso, abrió una foto y le mostró la pantalla iluminada.

–Tiene casi siete años... y se llama Luca.

El tiempo pareció transcurrir a cámara lenta mientras él contemplaba el rostro sonriente del niño. La foto era del último día de colegio. El sol iluminaba la carita de Luca mientras se lanzaba por el tobogán más grande del patio. Unos rizos oscuros enmarcaban el rostro en forma de corazón de su hijo, y su amplia sonrisa dejaba ver el marcado hoyuelo de la barbilla. Idéntico al de Apollo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Había estado demasiado ocupada evitando su confusa atracción por uno de sus pilotos como para ver lo que tenía justo delante.

–¿Estás segura de que es mío?

Su tono de voz no era acusador, de hecho, sonaba bastante tranquilo.

–Sí –asintió ella–. Es tu hijo.

Él permaneció en silencio y Astrid intentó no ponerse nerviosa bajo su mirada.

–Usamos protección aquella noche, pero debió de fallar.

–¿No hubo nadie más? –preguntó él.

Ella negó con la cabeza, observando cómo los ojos de Apollo se oscurecían.

–Te diste cuenta en el lago de Como. Cuando estaba en el baño de hielo –le dijo agarrándola de un brazo–. Descubriste algo de esta magnitud... e inmediatamente intentaste huir.

–¡No pensaba huir! –se enfadó ella–. Vi tu cicatriz, el tatuaje... y me entró el pánico.

Exhaló despacio.

–Tengo un niño que depende de mí para sentirse seguro. ¿Qué habría pasado si me hubiera puesto a acusar a pilotos de la Elite One de ser el padre de mi hijo sin pruebas?

Él se puso en pie y se acercó.

–¿Y ahora estás segura?

–Vi el casco dorado de aquella noche y supe que eras tú sin ningún margen de duda. –Se mantuvo firme cuando él se detuvo a pocos centímetros–. Sabía que eras el padre de Luca.

Se le tensó la mandíbula al oír esa última palabra y frunció el ceño, como si le hubiera dolido. Ella le dio tiempo para asimilarlo. Enfrentarse de pronto a la existencia de un hijo cuya vida había transcurrido sin que lo supiera no debía de ser fácil.

–¿Estás bien? –le preguntó en voz baja.

–Llevamos todo el día hablando de trabajo, de la herencia de Accardi y las posibles repercusiones en los medios... Mientras tanto, tú me ocultabas esto.

–No te ocultaba nada. Busqué al padre de Luca desde el momento en que supe que estaba embarazada. Nunca imaginé que sería alguien de la Elite One, alguien con quien llevo trabajando el último año. –Cerró los ojos–. Te prometo que en cuanto me di cuenta de que eras tú, pensé en decírtelo. No existe ningún manual sobre cómo revelar la paternidad a alguien con quien tuviste un único encuentro en un ascensor a oscuras hace varios años.

Apollo se quedó inmóvil durante unos minutos, y la mirada desolada en sus ojos empezaba a hacerla sentir más que incómoda.

–¿Alguna vez ha preguntado por su padre? –dijo él por fin.

Astrid se pasó las palmas húmedas por la falda antes de responder.

–Sí. Muchas veces.

–¿Y qué le dijiste?

–Que su padre vivía en algún lugar lejano y que aún no sabía nada de él. –Respiró hondo—. A Luca le diagnosticaron autismo hace más o menos un año. Es un niño muy... literal; nunca podría mentirle porque hace preguntas de seguimiento y lo recuerda todo.

Él volvió a fijar la vista en la fotografía del teléfono mientras Astrid le hablaba de Luca: de su fascinación actual por los medios de transporte, de cómo el año anterior habían sido los dinosaurios y, antes de eso, los tiburones.

Compartir esos pequeños datos –tan cotidianos, tan suyos– le resultaba extrañamente íntimo. Y, sin embargo, también inevitable. Como si siempre hubiera sabido que ese momento acabaría llegando... y eso era lo que más la inquietaba.

Apollo se empapó de cada detalle que Astrid le contaba sobre ese niño que era un desconocido para él. Se levantó y fue hasta la ventana, a contemplar el horizonte nocturno de Venecia.

Tenía un hijo. Luca.

–¿Lo has criado sola todo este tiempo?

–Tuvimos unas niñeras maravillosas y pude llevarlo los fines de semana de carreras gracias a su padrino, Grayson Koh. De hecho, Grayson ahora está casado con Izzy, la antigua niñera de Luca. Son como nuestra familia.

Sintió un latigazo de celos al escuchar el nombre de Grayson Koh. Le costó asumir que otro hombre hubiera estado presente en cada instante que él se perdió. Se consolaba pensando que ella no había estado sola, pero la misma idea regresaba una y otra vez. Si ambos

se habían buscado, si ella incluso había contratado a un detective privado, ¿qué los había mantenido separados?

El teléfono de ella sonó y se quedó paralizada.

–Suelo hacer videollamadas con Luca todas las noches cuando estoy fuera.

–Contesta. –Se recostó contra el almohadón–. No pienso presentarme ante él a través de una pantalla.

–No sé en qué estoy pensando –confesó ella–. Después de hoy, creo que ya no sé nada de nada.

Él asintió, sintiendo un breve momento de solidaridad en el mar de incertidumbre. Ella tocó la pantalla y una vocecita con acento británico resonó con fuerza en la habitación.

–¡Mamá!

Astrid adoptó al instante un tono suave y cariñoso, elogiando algo que le mostraban en la pantalla.

–Has recogido muy bien tus juguetes, cariño. Estoy orgullosa de ti.

Le llamó la atención la facilidad con que ella calmaba al niño: paciente, consolándolo solo con la voz. La admiración y la ira se disputaban su interior al pensar que ella había tenido que hacer eso sola durante casi siete años. La escuchó explicarle a Luca con delicadeza por qué tenía que dejar que la niñera lo acostara. Apollo se acercó al oír la vocecita repetir las palabras de su madre y luchó contra el impulso de exigir hablar con su hijo.

Otra voz llegó por el teléfono: una chica joven a la que Astrid saludó como Jem. La muchacha preguntó por un problema con una solicitud universitaria y Astrid hizo un gesto de disculpa antes de retirarse a otra habitación.

Apollo aprovechó para buscar el nombre de Astrid en redes. Encontró una entrevista sobre maternidad y trabajo y se dejó caer en un sillón orejero mientras ampliaba las imágenes: Astrid con la barriga redondeada en el circuito; Astrid sosteniendo a un recién nacido.

Había muy pocas fotos de Luca en Internet, y se lo agradeció. Aun así, las escasas imágenes del perfil del niño le oprimían el pecho. A su hijo le gustaban los coches; lo delataban las gorras de los Accardi

que llevaba. Una oleada de orgullo lo atravesó al ver su apellido sobre aquel rostro. Debería haber sido él quien lo abrazaba mientras veían las carreras, igual que su abuelo había hecho con él de niño.

La adrenalina le recorrió el cuerpo. Sintió que no quería perderlos de vista jamás.

Esperó media hora antes de ceder a la impaciencia y salir en busca de Astrid. La encontró dormida sobre la cama de la habitación de invitados, aún vestida y con el teléfono sujeto en la mano.

Parecía agotada. El cabello suelto y revuelto le recordó los besos que habían compartido, lo rápido que se había rendido en sus brazos.

En lo físico no había levantado barreras. Pero tenía claro que jamás pondría en riesgo su reputación profesional. Aunque él ya no era uno de sus pilotos, era el padre de su hijo. El hombre que, sin saberlo, se había marchado y la había dejado sola, embarazada, criando a su hijo durante casi siete años.

La cubrió con una manta y cerró la puerta con cuidado para no despertarla.

Hacía tiempo que había asumido que no tendría pareja ni hijos, pero la vida siempre encuentra la manera de alterar incluso los planes mejor trazados.

Una cosa era segura: su hijo no crecería como él lo había hecho, dividido entre dos hogares. Sabía que Astrid se opondría, pero no tenía intención de dejar pasar una oportunidad tan buena para arreglar las cosas.

Capítulo 7

Astrid se despertó desorientada; su mente tardó un momento en procesar el canto de los pájaros y el olor a café. Su último recuerdo era el de sujetarse el teléfono a la oreja, somnolienta, tras terminar de guiar a Jem en su próxima entrevista universitaria y darle las buenas noches a Luca. El teléfono yacía al otro lado de la cama y las sábanas se habían enredado en sus piernas como si hubiera dado vueltas durante horas.

No había tenido intención de quedarse dormida, pero el agotamiento del día había podido con ella. La idea de que veinticuatro horas antes se había centrado en un trabajo rutinario, sin saber lo drásticamente que su vida estaba a punto de cambiar, le resultaba incómoda. Al igual que su hijo, no le gustaban los cambios; pero, mientras que Luca se rebelaba contra ellos de forma intensa, ella solía encontrar la manera de reequilibrarse y de tomar el control.

El recuerdo de la mirada de Apollo cuando le preguntó si Luca había preguntado alguna vez por su padre le provocó un escalofrío mientras contemplaba su expresión cansada en el espejo del baño.

Repasó todos los escenarios posibles y decidió que era ridículo preocuparse tanto. Apollo era rico y procedía de una familia poderosa, pero no era un villano. El mejor escenario posible era que quisiera una relación con Luca: recuperar el tiempo perdido, planear visitas y encontrar la manera de verlo de vez en cuando.

¿Cuántas noches había pasado despierta con su bebé preguntándose qué podría haber hecho de otra manera? ¿Cuántas veces había llorado en el último año, desde que Luca empezó a hacer preguntas sobre su padre para las que no tenía respuesta?

La culpa la había corroído durante años, y ahora estaba frente al mismísimo hombre que había buscado. No podrían mantenerlo en secreto mucho tiempo, Apollo vivía bajo el foco público. Aunque aún no era necesario hacer ninguna declaración. Ni siquiera había empezado a pensar en lo que dirían Grayson e Izzy al descubrir que Luca era un Accardi, o lo que dirían Tristan y Nina ante la pérdida de su piloto estrella.

Pero era una profesional y nunca se había encontrado con una situación que no pudiera gestionar. Mantuvo los hombros erguidos al salir en busca del delicioso olor a café, que la llevó a una cocina moderna. Apollo estaba junto a la encimera, con una taza en las manos.

–*Buongiorno* –la saludó, ofreciéndole la taza y mirándola con intensidad–. Siéntate. Tenemos que hablar.

Astrid se detuvo a medio camino de dar un sorbo al café.

–De acuerdo. Sé que tienes preguntas sobre lo que pasará con Luca a partir de ahora. Estoy dispuesta a hacer un plan para que os conozcáis y veamos adónde nos lleva. Pero antes creo que tenemos que controlar la situación mediática con tu salida de Falco Roux.

–Astrid... –Él suspiró y se frotó la cara.

–Por favor, escúchame. He tanteado el terreno en los medios. Tenemos la oportunidad de celebrar una pequeña rueda de prensa esta mañana. Ayer contacté con una cadena deportiva italiana y me han enviado una lista de preguntas aceptables.

–No puede haber entrevistas.

–Apollo, tiene que haberlas. Necesitamos actuar rápido antes de que los patrocinadores y los aficionados se enteren y todo se convierta en una bola de nieve...

–Ya se ha filtrado.

Astrid se quedó helada al bajar la mirada hacia el periódico doblado que él había deslizado sobre la encimera de mármol. No dominaba el idioma, pero tampoco lo necesitaba para entender los titulares. Una fotografía enorme de Allegra y Apollo enfrentándose en el autódromo lo decía todo.

–No. –Exhaló–. Esto es un desastre. Tengo que llamar a mi equipo.

–Eso no es todo.

Cerró el periódico y le señaló el titular de la portada: *Figlio d'amore segreto di Accardi*.

–Por favor, dime que esto no significa lo que creo...

–El hijo secreto de Accardi –confirmó él con solemnidad–. Aparece en casi todas las portadas de Italia.

–¿Cómo? Nosotros mismos lo descubrimos ayer. No se lo he contado a nadie más que a ti.

–¿Me estás preguntando si lo filtré yo mismo?

No había pensado en ello..., pero incluso al procesar la idea la descartó. Él sabía que era lo último que cualquiera de los dos necesitaba. El artículo había llegado a un periodista que ella sabía que estaba a sueldo de Accardi Autosport. Tenía que venir de ellos.

Pensó en las últimas veinticuatro horas. En cómo Allegra había mencionado su barriga de embarazada y cómo había hablado de Luca. Quizá también ella había notado el parecido del niño con Apollo de joven.

–Tus primos. ¿Harían algo así para obligarte a incumplir los términos del testamento?

–Si lo han hecho, lo pagarán. –La ira se reflejaba en la mandíbula apretada–. Nuestro hijo ha pasado de ser anónimo a verse arrojado al circo de la familia Accardi con su nombre en todas las portadas.

«Nuestro hijo».

Astrid sintió un nudo en el estómago ante esas palabras y la naturalidad con que las había pronunciado. Y ante el hecho de que hubiera pensado primero en la seguridad de Luca. Podía ser una relaciones públicas con buenos contactos, pero su nombre no tenía ni una fracción del poder del de Apollo cuando se trataba de proteger a su hijo.

–Crecí bajo el foco de los medios; no es algo que le desearía a él, y desde luego no tan de repente. Esto se convertirá en un auténtico caos –dijo Apollo–. ¿Estará ya despierto? ¿Tu casa es segura?

Astrid comenzó a temblar por la conmoción.

–Astrid. –Una mano cálida tomó la suya–. Necesitas mantener la calma. Ya estoy pensando en cómo arreglar esto. Proteger a Luca es mi máxima prioridad.

–¿Cómo vas a protegerlo? ¡Solo tienen que buscar mi dirección! Lo más probable es que ya estén allí. Jem y Luca siempre salen al parque a primera hora. Tengo que volver a casa.

–Mi *jet* nos espera en el aeropuerto; estaremos con él en pocas horas.

–Gracias. –Intentó sentir alivio—. Espera... ¿Has dicho «estaremos»?

–Voy contigo, por supuesto. Me gustaría conocer a mi hijo.

–¿Crees que ahora es el mejor momento?

–Es tan bueno como cualquier otro, después de haberme perdido el embarazo y los primeros casi siete años de su vida. –Su mirada era fría y mesurada—. ¿Te das cuenta de que no puedes quedarte en Londres mientras esto está pasando?

–Habíamos planeado visitar a Grayson en Irlanda. Podemos ir antes y pasar desapercibidos.

–¿Crees que es prudente arrastrarlo a él también en esto?

Astrid tragó saliva. No era prudente ni justo. Izzy estaba embarazada de su segundo hijo, disfrutando de unos días tranquilos en el campo.

–Quiero que os quedéis los dos conmigo mientras controlamos esta tormenta. Por razones de seguridad, lo mejor es poneros a los dos bajo mi protección.

Astrid negó con la cabeza.

–¿Tu protección? Soy capaz de mantener a salvo a mi propio hijo. Eres piloto de carreras, no un jefe de la mafia.

–Soy un Accardi. Eres consciente del nivel de poder de esta familia. Me crie entre ellos; sé cómo manejar situaciones así. Puede que conozcas los medios como la palma de tu mano, pero nunca te has enfrentado a un escándalo como este. Yo crecí en medio de uno.

Astrid guardó silencio, asimilando la molesta verdad que contenían sus palabras. Se obligó a asentir.

–La carrera de Mónaco no es hasta dentro de cuatro semanas. Tenía pensado pasar el verano en mi casa de Granada. Es un lugar tranquilo y seguro donde podremos hacer nuestros próximos planes.

–No puedo dejar que nos lleves así. Es excesivo. Y confuso para Luca.

–Astrid, mírame. –Le tomó las manos–. Luca ni siquiera me conoce y mi apellido ya lo está poniendo en peligro. Déjame cuidar de vosotros. Déjame protegeros.

Ignoró el escalofrío que le provocó ese contacto.

–De acuerdo –se oyó decir–. Iremos contigo.

Astrid agradeció que Apollo tuviera un *jet* privado. Sin colas ni esperas, aterrizaron en Londres antes de lo previsto y, con la diferencia horaria, Luca aún estaría terminando el desayuno. Bastó una llamada rápida para pedirle a Jem que se quedaran en casa, con las cortinas cerradas.

Le había pedido a Apollo que se quedara atrás y le diera espacio para hacer las maletas y hablar con Luca. Desde la noche anterior había una tensión extraña entre ellos difícil de identificar. Había algo en la forma en que Apollo la miraba: algo oscuro y taciturno que le provocaba escalofríos.

Él había mantenido la mandíbula firme como el acero mientras la dejaba marchar con uno de sus guardias de seguridad, y ella había sentido la tensión que emanaba de él en oleadas. El día anterior se había despertado preocupada por cómo desconectar del trabajo unas semanas. Y ahora se preocupaba por compartir la crianza de su hijo con un multimillonario taciturno.

El ceño fruncido de Luca la recibió al entrar en casa; sus ojos escrutaron con perspicacia su aspecto desaliñado. Tras un abrazo fuerte, se sentaron en el sofá y ella le dijo que el viaje a Irlanda se convertiría en una aventura a un lugar nuevo con muchas playas. Como era de esperar, no le hizo ninguna gracia.

–No me gusta lo nuevo –protestó, con lágrimas asomando en sus ojos verdes.

–Lo nuevo puede ser divertido –intentó convencerlo ella, notando la mueca de Jem al fondo–. Lo siento, cariño. ¿Estás muy decepcionado?

Un asentimiento fue su única respuesta.

–Está bien tener sentimientos fuertes. Yo también los tengo. –Le dio unas palmaditas en la espalda–. Pero te prometo que será

divertido. A veces los planes cambian, cariño.

Luca se levantó y fue a la pequeña mecedora del salón; el movimiento le ayudaba a regular las emociones más intensas.

–Iremos en un *jet* privado –insistió ella, cambiando de táctica–. No en un avión normal, sino en uno lujoso con sofás grandes. Incluso tendrás tu propia habitación a bordo.

Otro asentimiento solemne, pero sin más protestas.

–Mamá está triste... –dijo Luca.

–Mamá está un poco cansada, solo es eso. Tampoco me gustan los cambios de planes, igual que a ti.

–Será divertido –contestó el niño de repente–. Los planes cambian, cariño.

Ella no pudo evitar reír ante el repentino cambio de actitud del niño, y la carcajada cómplice de Jem resonó desde el sofá de enfrente. Habían esperado tanto, preguntándose si Luca llegaría a hablar alguna vez. Era selectivo con las palabras, pero cada sonido, cada gesto con el que decidía hacerse entender, era un pequeño tesoro para ella.

Cuando se levantó y empezó a guardar juguetes en la mochila, supo que, por el momento, la decepción había quedado atrás. La promesa de una habitación en un avión bastaba como soborno.

Apollo no recordaba haberse sentido tan nervioso en toda su vida. Había regresado al *jet* tras una breve salida para comprar algunas cosas. Al ver la pequeña montaña de juguetes y libros apilados en la parte trasera, se preguntó si quizá se había pasado un poco. No tuvo tiempo de replantearse nada porque a través de la ventanilla divisó su llegada.

Tenía pautas para afrontar el nerviosismo cuando estaba sentado en el coche en la parrilla de salida. Pero no existía ningún guion para lo que estaba a punto de ocurrir, porque se quedó sin aliento en cuanto Astrid salió del coche y vio por primera vez el rostro de su hijo.

El niño dio un paso vacilante hacia la luz del mediodía, con sus rizos oscuros cayéndole sobre la frente mientras se balanceaba

sobre las puntas de los pies. Astrid lo sujetaba de la mano, pero él se soltó y corrió directo hacia el lugar donde Apollo acababa de bajar el último escalón de la escalerilla.

–iTú eres Apollo Accardi! –proclamó la vocecita, deteniéndose a un par de pasos con una expresión muy seria en la carita.

Apollo se quedó paralizado. Astrid había insistido en esperar antes de decirle que era su padre, pero él tenía la sospecha de que Luca ya lo reconocería; el niño conocía a todos los pilotos de la Elite One.

–Yo también sé cómo te llamas, Luca. Tenía muchas ganas de conocerte.

El niño parpadeó, retorciéndose los pequeños dedos mientras miraba más allá de Apollo hacia el impresionante *jet*.

–Vamos a volar a Granada, de donde es parte de nuestra... mi familia –se corrigió Apollo, tragando saliva ante el casi tropiezo, y sintiendo la mirada de Astrid sobre él.

Quizá debería haberse quedado dentro y haberlos dejado acomodarse a su ritmo. Quizá ya lo estaba estropeando... Pero, justo cuando se disponía a darse la vuelta para darles espacio, sintió un pequeño tirón en el borde de su camisa y bajó la vista para descubrir que su hijo se había acercado aún más y señalaba el avión con entusiasmo.

Apollo se arrodilló y empezó a enumerar cada detalle que recordaba del aparato. Luego llamó al piloto, que añadió todavía más datos. Para cuando por fin subieron al *jet*, tenía la garganta seca de tanto hablar y el corazón le latía como si hubiera corrido diez kilómetros. Aun así, el niño seguía tirándole de la camisa hacia la cabina, insaciable.

No pudo evitar sentir que ese primer encuentro se le estaba escapando de las manos, pero entonces miró a Astrid y captó la pequeña sonrisa en sus labios, y se preguntó si quizá, después de todo, no lo había hecho tan mal.

Capítulo 8

Como era de esperar, Luca no pegó ojo en las once horas de vuelo. Con solo cuatro horas de diferencia horaria entre Londres y Granada, aterrizaron en Saint George un poco después de su hora de acostarse, pero no tanto como para desregularlo en exceso. De hecho, los ojos empezaron a cerrársele justo cuando subieron al coche con chófer.

Con los ojos secos y doloridos, Astrid se sintió como en un sueño mientras el coche atravesaba unas verjas imponentes y la fachada de una gran villa aparecía ante ellos. El olor a sal y el sonido de las olas la envolvieron. Vio cómo la mirada de Apollo se desvió hacia donde Luca dormía y ella percibió su breve vacilación.

—¿Se despertará si lo tomo en brazos?

Astrid negó con la cabeza y lo acomodó en una posición más accesible. Se le hizo un nudo en la garganta al ver la forma cuidadosa, casi reverencial, con que Apollo levantó a su hijo por primera vez. Sus miradas se cruzaron en la oscuridad del coche y ella vio un destello de intensa emoción antes de que él apartara la vista.

A pesar de ser una casa enorme, le sorprendió la calidez del interior. Las vigas de madera y las plantas en macetas aportaban sensación de hogar a la decoración moderna y colorida. En las paredes colgaban grandes lienzos y fotografías enmarcadas de... ¿tortugas? Al fijarse mejor, descubrió incluso pequeños motivos tallados en la carpintería de la escalera. Había detalles de tortugas por todas partes.

Al llegar al pasillo de la segunda planta, observó cómo la luz jugaba sobre la amplia espalda de Apollo y se dio cuenta de que, sin peinar, sus rizos eran casi idénticos a los de Luca.

Apenas habían tenido ocasión de hablar durante el vuelo, con Luca moviéndose como un torbellino por la cabina. Al descubrir la pila de juguetes que Apollo había comprado, el niño había insistido en que se sentaran todos juntos a abrir cada caja una por una. Gran parte de su comunicación consistía en señalar y levantar las manos de su adulto preferido hacia el objeto que deseaba mirar. Solo Astrid o Jem solían oírle decir alguna que otra frase. Usaba el lenguaje hablado con moderación, aunque su comprensión del vocabulario estaba por encima de la media para un niño de su edad.

En lo que a primeros encuentros se refiere, les había ido muy bien. Para ser un hombre que había temido no saber cómo relacionarse con niños, Apollo se había mostrado amable y paciente. Había dirigido las preguntas al propio Luca en lugar de hacérselas a Astrid, como muchos otros hacían, y no había insistido ni reaccionado con decepción cuando no recibía respuesta verbal.

Ayudó a Apollo a acostar al niño dormido y ambos salieron de puntillas.

—He hecho que llevaran tus cosas al dormitorio principal de al lado.

—¿No es esa... tu habitación?

—Normalmente, sí. —Sus ojos se encontraron con los de ella un instante antes de que él se pasara una mano por el pelo—. No hace falta que te pongas nerviosa, Astrid. Tengo otras habitaciones de invitados.

—No estoy nerviosa.

—El hecho de que no dejes de esquivar mi contacto me dice lo contrario. —Suspiró—. Pero mis razones para traerte aquí son principalmente prácticas. Pensé que querrías dormir cerca de Luca.

—Gracias.

El silencio que siguió le resultó incómodo, cargado de todo lo que habían evitado mencionar desde Italia. Ella tenía claro que aquello no podía repetirse si querían criar a Luca sin complicaciones. De momento, Apollo no había dado señales de querer cruzar esa línea.

Él la condujo a la *suite* principal, una estancia imponente con una pared de ventanales orientados al mar. Al abrirlos solo encontró la

negrura de la noche, pero el rumor de las olas y el olor a sal prometían un amanecer espectacular.

–Si te preocupa que te pida que compartas mi cama, puedes estar tranquila –murmuró él–. A menos que quieras que te lo pida.

–¡Por supuesto que no!

–¿No? –Dio un paso hacia ella–. Porque en Venecia estabas dispuesta a seguir explorando esa parte de nuestro reencuentro.

–En ese momento no pensaba con claridad. –Cruzó los brazos y enderezó la espalda–. Apollo, sabes que el sexo solo complicaría las cosas.

–Yo creo que sería emocionante...

–Si tenemos alguna esperanza de compartir la paternidad, no debemos añadir más conflictos de intereses a los que ya hay.

–«Conflicto de intereses» –repitió él con tono sombrío–. ¿De verdad es así como lo ves?

–Yo sigo trabajando para Falco Roux y tú sigues lidiando con tu situación en la Elite One. Tenemos un hijo juntos.

–¿Crees que todo eso cambia el hecho de que no podemos estar cinco minutos sin querer arrancarnos la ropa?

–Al contrario de lo que mi comportamiento anterior pueda sugerir, sí tengo autocontrol. –Astrid se mordió el labio–. Luca y yo ya hemos tenido que dejar Londres. No voy a arriesgarme a confundirlo por una aventura pasajera.

–¿Qué te hace pensar que sería algo pasajero?

–No espero que cambies tu estilo de vida sentimental solo porque te hayas convertido en padre. Ni yo pienso cambiar el mío. Debemos mantener las cosas claras entre nosotros.

–Parece que conoces bien mi historial. ¿Te apetece compartir el tuyo?

–En comparación contigo, no hay nada que contar. –Se encogió de hombros–. Cuando llegó Luca, decidí no involucrarme con nadie a menos que pudiese ser algo serio. Desde ti, no ha habido nadie.

–Bien. –Se giró, pellizcándose el puente de la nariz–. Quiero decir, está bien que sepas cuáles son tus límites.

–Tengo que saberlos. Cuando traspasarlos también afecta a otros. La mirada de Apollo se volvió seria.

–Os traje aquí para manteneros a salvo y lo dije en serio. Mi protección no va condicionada a que compartas mi cama. Te doy mi palabra solemne de que no intentaré seducirte.

–Vale... Gracias –respondió ella, conteniendo una sonrisa, asombrada de cómo algo tan serio podía resultar casi divertido.

–Respeto tu necesidad de establecer unas reglas. Si eso es lo que quieres, no volveré a tocarte. –Caminó hasta la puerta y se giró justo antes de desaparecer–. Pero recuerda que nunca he dicho que no puedas romper esas reglas tú misma.

Durante los días siguientes, Apollo se erigió en su guía turístico personal, llevándolos a explorar las playas y senderos naturales que rodeaban la propiedad, y organizando paseos en barco para que Luca contemplara los paisajes costeros desde una distancia cómoda. Adoptaron una rutina: levantarse temprano, desayunar juntos en la terraza y preparar pícnicos para las excursiones.

Se había volcado en encontrar el equilibrio perfecto entre diversión y relajación, dejando que Luca se acercara a él, se alejara o se quedara en silencio cuando lo necesitara. Tras tres días juntos, una tarde Apollo desapareció para su segunda sesión de entrenamiento diaria. A pesar de decir que ya no era piloto, seguía tomándoselo en serio, lo que la hacía aferrarse a la tonta esperanza de que pudiera cambiar de opinión sobre dejar Falco Roux.

Astrid procuraba que no se notara su ausencia mientras pasaba las tardes nadando con Luca en la piscina. Apollo volvía antes de la hora de acostar al niño y, tal como había prometido, no hacía el menor intento de seducirla.

Al caer la noche de su tercer día en Granada y con Luca bien arropado, Astrid recorrió los pasillos hasta llegar a una terraza de madera con vistas a la playa. Se acomodó en un sillón y empezó a responder los correos y llamadas que llevaba días posponiendo desde Londres.

Al parecer, que la hubieran señalado como la madre del hijo secreto de un piloto de la Elite One estaba provocando bastante

revuelo en Falco Roux. Se sentía culpable por no estar al pie del cañón, pero proteger a su hijo era lo primero.

Acababa de enviar otra respuesta interminable cuando percibió voces elevadas al otro lado de unas puertas dobles entreabiertas.

–Toda esta situación huele a intromisión de Enzo –dijo una voz femenina–. Estas cosas no se mantienen en secreto sin que alguien lo garantice, Apollo. ¿Puedes confiar en la madre del niño?

–No te corresponde cuestionarlo, madre –respondió la voz grave de Apollo.

Astrid se levantó al reconocer que la voz pertenecía a la famosa directora Leona Hart. Estaban hablando de ella.

–Solo digo que es imposible que Nonno no supiera lo que pasó si ella contrató a un investigador para encontrarte –dijo Leona–. Todos los detectives privados de Italia están en la nómina de Accardi.

–¿Así que estabas demasiado ocupada para venir a desayunar esta mañana, pero tuviste tiempo de indagar en el pasado de la madre de mi hijo? Astrid no tiene la culpa de nada de esto.

–No la estoy culpando. Solo señalo las incongruencias de su historia. Todos los caminos conducen a Enzo Accardi.

–Él está muerto.

–¿Crees que eso lo detendría?

Apollo soltó una risa áspera.

–Quédate aquí todo lo que quieras. Conoce a tu nieto o no. Me ha alegrado verte.

Astrid no tuvo ni un segundo para reaccionar antes de que las puertas se abrieran de par en par y el rostro furioso de Apollo la sorprendiera.

–¿Estás espiando?

–No –contestó ella, con las mejillas encendidas–. Lo siento. Estaba sentada aquí fuera...

–No tienes nada de qué disculparte. ¿A que no, madre? –dijo con firmeza, apartándose cuando una hermosa mujer apareció en la puerta.

–Mi madre se marcha ya; tiene un evento al que asistir.

Apollo se giró mientras su madre suspiraba, la rodeaba y tendía la mano a Astrid.

–Encantada de conocerte. Siento causar una mala primera impresión. Soy muy protectora con mi hijo.

–Lo entiendo. Yo siento lo mismo por el mío. –Astrid esbozó una sonrisa forzada.

Compartieron un breve momento de conversación sobre los lugares que Astrid debería visitar, antes de que Apollo se marchara a acompañar a su madre hasta donde la esperaba el chófer.

Una vez solos, Astrid contempló el horizonte que oscurecía e intentó no sentir ira por lo que había oído. Entendía la desconfianza hasta cierto punto. Era bastante surrealista que ambos se hubieran buscado, trabajaran en la misma industria y probablemente oyeran el nombre del otro con frecuencia sin haber descubierto nunca la verdad.

Pero no era culpa suya ni de su hijo, y no iba a permitir que nadie la hiciera sentir como una delincuente.

Apollo percibió la rigidez en la postura de Astrid al acercarse a la terraza donde contemplaba el mar. Desde la noche en que ella había marcado límites, la tensión entre ambos no había hecho más que crecer. No había previsto lo difícil que sería tenerla cerca sin tocarla.

Ver cada mañana a Astrid y a Luca ocupando su mesa –antes siempre vacía– había despertado en él una necesidad: la de reconocer a su hijo ante el mundo y que el niño lo reconociera a él.

En cuanto a Astrid, el deseo nunca estuvo en duda. Pero ella había dejado claro que no lo veía como candidato para algo serio y que solo quería limitarse a compartir la crianza, sin mezclar sentimientos ni complicaciones. Él no creía ser capaz de mantener nada frío o distante con ella. La verdadera cuestión era otra: ¿estaba dispuesto a afrontar lo que implicaría cruzar esa línea?

En esos días había llegado a una conclusión. Lo más práctico sería casarse. Un acuerdo conveniente, sin promesas románticas que lo complicaran. Astrid era una mujer sensata, sería capaz de comprender las ventajas.

Aceleró el paso. Ella se volvió, cautelosa, y él exhaló al verla. Siempre la había deseado impecable y perfecta, pero aquella versión

descalza, con vestido azul claro y el cabello suelto al viento, le resultaba aún más peligrosa.

–Así que... esa era tu madre.

–Ya le he dicho que deje de acusarte. Que confío en ti y que estamos juntos en esto.

–Te lo agradezco.

Le sorprendió el asombro en su tono y cómo los hombros se habían relajado. ¿Acaso esperaba que se pusiera del lado de su madre?

–Astrid, nunca he compartido las sospechas de mi madre sobre ti. Necesito dejarlo muy claro.

–No sería descabellado si lo hicieras. –Negó con la cabeza y volvió a mirar hacia el cielo oscuro–. Quizá ella tenga algo de razón.

Apollo apretó la mandíbula. Ese mismo pensamiento lo había atormentado durante días. Incluso con las leyes de privacidad, cualquier detective privado competente habría podido descubrir quién alquilaba el ático del hotel veneciano aquella noche. Recordó cómo Allegra había mencionado a Luca en el circuito y la sospecha en su interior creció.

–La familia de mi padre no tiene el mejor historial en cuanto a honestidad –dijo él con amargura.

–Eso es quedarse corto.

–Quizá sus trucos no se limiten a las carreras.

–El momento es demasiado perfecto para ser coincidencia. Si yo fuera Allegra Accardi y tuviera información que te desacreditara, abrumarte con mala prensa sería una forma excelente de intentar hacerse con el control de un equipo que ya está en plena crisis, ¿no?

Apollo asintió, sabiendo que tenía razón. Había arriesgado su reputación entera solo para descubrir que su abuelo había hecho trampa y que su única victoria en el campeonato había quedado manchada por el espionaje. Esa revelación había destrozado muchas ilusiones sobre sí mismo y sobre la familia que lo había criado. Nunca sabría si habría vencido a Grayson Koh sin la intervención de Enzo, pero ya no importaba: esa victoria no valía nada para él.

Había pasado todo el tiempo que podía en la isla desde que dejó la Elite One, construyendo esa villa y la reserva natural circundante y

reconectando con su madre. Y durante todo ese tiempo, Astrid había estado gestando a su hijo, dando a luz sola y aprendiendo a criarlo. Se había perdido tantos primeros momentos...

Se giró hacia el horizonte con el ceño fruncido. Su plan de pasar el verano conociendo a su hijo y explorando su química con Astrid le había parecido tan sencillo al principio. Pero, al contemplar el rostro preocupado de ella, de repente lo vio todo desde su perspectiva. Su vida era un caos y el mundo que había construido como madre soltera para su hijo se veía amenazado.

¿De verdad creía que lo mejor para su hijo era que se convirtiera en un Accardi?

—¿Apollo?

El tono preocupado de Astrid lo sacó de sus pensamientos.

—Déjame ocuparme de Falco Roux y de Allegra. Te traje aquí para que te reorganizaras en privado, no para acaparar tus habilidades de relaciones públicas.

—Mis habilidades son inútiles en este momento, teniendo en cuenta que Tristan prácticamente me ha suspendido.

Apollo se quedó inmóvil.

—¿Qué ha hecho qué?

—No es un castigo, es que mi capacidad para gestionar una tormenta mediática solo es útil al equipo cuando yo misma no soy una pieza central del escándalo.

Apollo entrecerró los ojos. Había evitado las llamadas de Falco por necesidad, siguiendo el consejo de sus abogados, pero quizá era momento de recordarle a su exjefe algunos hechos fundamentales. Una cosa estaba clara: su deseo de conectar con Luca no podía anteponerse al deber de protegerlo, y de proteger también a Astrid. Había permitido que el deseo de recuperar los últimos siete años nublara su juicio, sin detenerse a pensar que mantener a Luca alejado de la compleja red de la familia Accardi había sido, en realidad, una bendición.

—Tú no has provocado este escándalo, Astrid. No voy a permitir que ni tú ni Luca paguéis por las maquinaciones de mi familia.

Respiró hondo, se dio la vuelta y desapareció en el estudio, cerrando la puerta con firmeza tras de sí.

Capítulo 9

Astrid volvió a ver a Apollo a la mañana siguiente, cuando pasaron un rato con Luca en la piscina. Él mantenía las distancias, evitando cualquier conversación sobre Falco Roux y sus tratos con Accardi. Por la tarde lo oyó alzar la voz mientras participaba en varias reuniones *online*.

No se había pasado el día deprimida, se había volcado en crear recuerdos con Luca: construyendo castillos de arena en la playa e intentando avistar tortugas en la bahía. La energía desbordante de su hijo encajaba a la perfección con la vida en la isla, donde el sol y la naturaleza le permitían ser él mismo, salvaje y curioso.

La madre de Apollo volvió al día siguiente para disculparse. Pidió conocer a Luca, se presentó como Leona sin más y le preguntó si le gustaría jugar al ajedrez. Los llevó a una mesa ornamentada en un rincón del comedor donde pasó una hora explicándole el juego, una y otra vez, a petición del propio Luca. Ella y Apollo lo observaron desde el sofá, y Astrid bromeó diciendo que parecía que Luca había heredado el espíritu competitivo de los dos. Eso hizo que una extraña sonrisa le cruzara el rostro a Apollo antes de que recordara que tenía una llamada pendiente y se excusara.

Leona regresó todos los días durante el resto de la semana, pasando las tardes con ellos como si no pudiera mantenerse alejada. La mirada de adoración con que observaba a Luca, sin perder nunca la paciencia, hizo que a Astrid se le llenaran los ojos de lágrimas en más de una ocasión. La sorprendió con un álbum virtual del bebé guardado en la nube, y le sostuvo la mano mientras las lágrimas caían de los ojos de ambas.

—Me hubiera gustado tener a mi nieto en brazos cuando era un bebé, verlo crecer —dijo Leona con tristeza—. Pero lo has hecho muy

bien tú sola. Te felicito, cariño.

El abrazo que siguió fue tan real, tan intenso, que Astrid tuvo que excusarse para ir al baño y llorar en silencio. Nunca había llorado de verdad la pérdida del apoyo de sus padres mientras criaba sola a Luca. Sus creencias tradicionales habían formado una barrera mucho antes de que su cruel abandono tras el embarazo los alejara para siempre. Su propia madre nunca la habría abrazado ni elogiado; no era una persona cariñosa. Un comentario tan maternal de una mujer a la que admiraba le tocó algo muy profundo.

Por un capricho del destino, descubrieron que el séptimo cumpleaños de Luca coincidía con el de Apollo. A Leona se le humedecieron los ojos al enterarse y pidió organizar una fiesta para su nieto.

Astrid no solía excederse con los regalos; prefería detalles sencillos. Pero al ver la pequeña montaña que Apollo había acumulado en su estudio, sintió un vuelco de pánico porque ella no tenía nada preparado. Se lo confesó cuando él notó su inquietud y, en menos de una hora, un chófer los llevaba a Saint George.

La capital de Granada, pintoresca y de tejados rojos sobre la ladera de un antiguo volcán, hervía de aromas y música. Multitud de carteles anunciaban el *oil down*, el guiso nacional, y en el mercado se ofrecían mariscos, carnes al estilo antillano y el famoso helado de nuez moscada. A Astrid le hubiese gustado explorar con más detenimiento, pero no quería tener a Luca allí demasiado tiempo.

Le encantaba regalar, aunque al buscar algo para Apollo se quedó en blanco. ¿Qué se compra a un hombre que puede permitirse cualquier cosa? Eligió unos gemelos con forma de tortuga tallada, confiando en que apreciara el gesto.

Tal vez debió dejar a Luca en la villa; la ciudad se llenaba de ruido con los preparativos del carnaval. El pánico la asaltó al no verlos de inmediato, pero se calmó pronto al encontrarlos. Apollo, en un rincón más tranquilo de la plaza, llevaba al niño a hombros mientras observaban un desfile de trajes tradicionales y bailes coloridos.

Cuando Luca la vio, frunció el ceño y rompió a llorar. La culpa la atravesó al notar el desconcierto en el rostro de Apollo. Sin demorarse, se apartaron del bullicio y regresaron al coche.

–Pensaba que lo estaba disfrutando –dijo él, colocando con delicadeza al niño sobre su madre y sentándose a su lado.

Astrid abrazó a Luca con fuerza mientras él se balanceaba en su regazo hasta que se quedó dormido, agotado.

–A veces se siente abrumado y no se da cuenta hasta que me ve a mí o a Jem.

Apollo asintió.

–Supongo que eso ha echado por tierra la sorpresa que había planeado.

–¿Sorpresa?

–Le había reservado una sesión en la pista de karts.

Astrid sintió un nudo en el pecho. Apollo había visto el interés de Luca por sus recuerdos de carreras, pero la idea de que Luca se subiera a un kart en una pista de verdad...

–Solo tiene siete años.

–Yo empecé cuando tenía cinco –respondió Apollo con orgullo–. Cuanto antes, mejor, para empezar a desarrollar la habilidad.

–No. Ni hablar. Es un deporte demasiado peligroso.

–Sabes a qué me dedico, ¿verdad? –Esbozó una media sonrisa–. Creo que sería genial para él. Es un niño inteligente y ya le encanta la pista. No puedes mantenerlo protegido para siempre, y no sabrás de lo que es capaz hasta que le dejes intentarlo.

Astrid se sintió culpable, pero no pudo evitarlo. Llevaba tanto tiempo trabajando en la Elite One; había visto demasiados accidentes y carreras truncadas en un abrir y cerrar de ojos. Era un deporte de alta presión, alta velocidad y alto riesgo, y esa era precisamente la razón por la que los pilotos lo adoraban.

Se quedó un buen rato dándole vueltas a sus palabras. Luca no era un temerario, en realidad. Aunque, claro, ella nunca le había permitido probar nada arriesgado. Pensó en lo orgullosa que estaba Leona de todos los logros de Apollo y en cómo había guardado cada trofeo. Seguro que ella había temido por su seguridad, pero había sido capaz de superar ese miedo. ¿Estaba siendo egoísta al impedir que Luca compartiera algo con su padre?

Apollo había pasado casi todos sus cumpleaños en Granada y siempre los había disfrutado. Aquel año era distinto, pero ver a su hijo bajar corriendo las escaleras y lanzarse sobre los regalos lo dejó casi inmóvil en el sofá.

Luca se convirtió en un torbellino, probando cada juguete que Apollo había elegido con tanto cuidado y mostrándoselos a Astrid.

Se sorprendió cuando ella le tendió una pequeña caja envuelta. No esperaba nada. Dentro, sobre terciopelo, descansaban unos gemelos de madera tallada con forma de tortuga. Que hubiera notado su pequeña obsesión le encendió algo por dentro.

Eligió una camisa que resaltara las piedras azules de los caparazones y se los puso de inmediato. No pasó por alto la mirada de sorpresa –y satisfacción– que ella le dedicó al verlo con ellos puestos.

Más tarde, con la familia en casa y en pleno apogeo de la fiesta, Astrid desapareció y regresó con otra caja, esa vez cuadrada y mucho más grande.

–Esta también es para ti... Un añadido de última hora. –Las mejillas le ardían–. No es tan generoso como lo que tú nos has dado. Pero no sabía qué regalarle al hombre que parece tenerlo todo.

Ignoró esa última frase, sabiendo que ella no podía estar más lejos de la verdad. Rasgó el papel y el corazón le dio un vuelco. Nada podía haberlo preparado para lo que encontró dentro: un casco de carreras rojo. No uno cualquiera, sino el suyo, el primero con el que había competido de niño. Solo su madre podía habérselo entregado a Astrid.

–Esto es... –No sabía qué decir.

–Supongo que es más un símbolo que un regalo. –Respiró hondo–. Quiero que Luca lo lleve. Quiero que se lo des tú, con mi bendición.

–¿Tu bendición... para llevarlo a correr en karts?

–Sí –dijo ella, entrelazando los dedos–. Ayer reaccioné de forma exagerada y me di cuenta de que era mi propio miedo el que hablaba. Es un niño muy afortunado por tener un padre tan

talentoso, uno que quiere tomarse el tiempo de compartir sus intereses.

–Mi madre tenía las mismas reservas cuando mi abuelo se ofreció a iniciarme en el *karting*.

–Sí, de hecho, fue tu madre quien me convenció.

Astrid se volvió hacia su hijo y le hizo señas para que se acercara, tocándole el codo.

–Luca me preguntó algo anoche, y le dije que me gustaría que te lo preguntara él mismo, si todavía quiere.

La mirada seria de Luca, tan parecida a la de su madre, se cruzó un instante con la de Apollo. Negó con la cabeza, dejando claro que no quería repetir la pregunta en voz alta. Entonces Astrid tomó la palabra.

–Me preguntó si eres su padre. Bueno, me dijo que cree que lo eres.

Apollo se quedó sin palabras. La emoción le oprimió la garganta mientras se arrodillaba frente a su hijo.

–Queríamos darte tiempo para que me conocieras primero, pero lo has descubierto tú solo, ¿eh? –le dijo en voz baja.

Luca asintió una vez.

–Tu mamá te dijo que tu padre vivía lejos y que aún no sabía nada de ti, ¿verdad? –Extendió la mano, esperó un instante y exhaló un suspiro de alivio cuando Luca colocó la suya con naturalidad en el centro de su palma—. He esperado mucho tiempo para conocerte y me alegra mucho que nos hayamos encontrado. Estoy muy emocionado por ser tu papá, si tú estás feliz de tenerme.

–Papá –repitió Luca con el ceño fruncido por la curiosidad, extendiendo la otra mano para tocar los rizos de la coronilla de Apollo.

Y entonces llegó el regalo de cumpleaños más bonito de todos: una sonrisa que se extendió por el rostro de su hijo como el amanecer que rompía en el cielo tras la noche más larga.

–Mamá y papá –añadió Luca, mirando a su madre.

Apollo oyó un sollozo y alzó la vista. Astrid se secaba las lágrimas.

–Sí, Luca, cariño –dijo ella—. Tienes una mamá y un papá.

Capítulo 10

Astrid se sentó en el sillón de la terraza principal y contempló el reflejo de la luna sobre las olas negras de la bahía.

Ver a Apollo dar a su hijo su primera clase de *karting* había sido un poco aterrador para alguien tan reacia al riesgo como ella. Pero la reacción de Luca había sido impagable. Casi tan memorable como la mirada de adoración en los ojos de Apollo cuando su hijo dominó los primeros pasos y no mostró más que emoción durante toda la tarde.

Y no solo eso, Apollo se había acercado para animarla a probar el deporte por sí misma. Al principio ella se negó, pero entonces vio el reto en su mirada y lo oyó bromear con los otros pilotos, asegurando que ya les había dicho que no se atrevería.

Aquel tono desafiante le recordó a sus antiguos coqueteos y, sin querer, sintió el impulso de borrarle la sonrisa de la cara.

Tomó un casco, se enfundó el mono y casi gritó de risa al ver la expresión atónita de Apollo cuando salió a la pista. Fue un desastre al volante, sí, pero al menos se atrevió.

Al final, tuvieron que sobornar a Luca para que abandonara la pista con la promesa de regresar pronto.

Y aquella noche su hijo le pidió a su padre que lo acostara. En el pasillo, los ojos de Apollo buscaron los suyos con un destello de pánico mientras la pequeña mano de Luca lo arrastraba sin contemplaciones. De haber tenido una cámara, habría inmortalizado a un campeón del mundo rendido ante un niño de siete años.

Pero la idea la inquietó. ¿Y si Luca empezaba a creer que aquel viaje era su nueva normalidad? No podía serlo. Ella debía volver a Londres y Apollo tenía un equipo que dirigir. Cerró los ojos, notando cómo la presión aumentaba cada vez que pensaba en todo lo que aún estaba por resolver.

–Aún estás despierta.

Una voz cálida la sacó de sus pensamientos. Alzó la vista y vio a Apollo en el umbral. Acababa de ducharse; lo delataban el aroma a hierba luisa y las gotas que aún brillaban en su pelo. Se sorprendió con la boca entreabierta y se enderezó de inmediato. Aquel hombre parecía un anuncio viviente de colonia.

–¿Va todo bien? –preguntó él, acomodándose en el asiento de enfrente–. Estás colorada.

–Eh... Es por el vino –respondió ella, señalando la copa y maldiciendo en su interior.

Él asintió, pero parecía nervioso mientras la observaba de reojo.

–Me alegra que aún no te hayas ido a dormir. Quería darte las gracias por lo de hoy. Sé que te preocupa la seguridad.

–Pensé que sería más angustioso, pero eres un gran profesor. Le encantó estar ahí fuera. Debería haber sabido que le gustaría. Al fin y al cabo, es tu hijo.

Una sonrisa juvenil, tan parecida a la de Luca, transformó el rostro de Apollo.

–Es increíble.

El silencio se volvió casi íntimo, y Astrid sintió el impulso inesperado de rozarle la mano. ¿En qué momento le había parecido sensato mantener las distancias?

–Que me dejaras llevarlo al *karting* ha sido un regalo para mí, espero que me permitas corresponderte.

–No es necesario.

–No estoy de acuerdo. –Sus ojos se encontraron con los de ella–. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo para ti?

–A veces viajo sola en primera clase –respondió, tras pensarlo unos segundos–. También me compro zapatos de diseño, me hago la manicura...

Él chasqueó la lengua.

–No me refiero a robar pequeños momentos entre tus obligaciones. Me refiero a desconectar por completo y permitirte simplemente... ser.

–No se me da muy bien eso.

–Me he dado cuenta. –Sonrió, una curva pecaminosa de sus labios que le encogió el estómago–. Te mereces que te mimen sin complejos, Astrid Lewis. Te pido que me dejes hacerlo.

La yema de su dedo dibujó un círculo lento sobre su piel, haciendo que a Astrid se le secara la garganta ante la intensidad de aquel roce mínimo. Él la miraba con una intensidad que la desarmaba, y ella tuvo la sensación de estar a punto de cruzar una línea imposible de desandar.

–Yo... Vale –accedió con un sonido ahogado, mientras la yema del dedo se desplazaba hacia arriba por la delicada piel de su muñeca–. ¿Qué tenías en mente?

Imágenes demasiado explícitas asaltaron su mente y el cuerpo se le encendió al ver el deseo sin filtros en los ojos de él. Pero, para su frustración, Apollo retiró la mano y la apoyó de nuevo sobre su rodilla.

–Si te lo dijera, arruinaría la diversión.

–No me gustan las sorpresas –dijo con una risa nerviosa–. Prefiero tener un plan.

–Te gusta tener el control –la corrigió él–. Pienso demostrarte que renunciar a él por un rato puede ser muy agradable. ¿Confías en mí para que cuide de ti, Astrid?

El impulso de refugiarse en él era casi irresistible, aunque una parte de ella seguía aferrada al miedo.

Apollo le estaba tendiendo una oportunidad. Tal vez el mayor regalo que podía hacerse era permitirse una última noche con él antes de regresar a la realidad.

–Sí... confío en ti. –Cerró los ojos y se inclinó hacia él, pero sus labios solo rozaron su mandíbula. Él respondió con besos lentos a lo largo de su piel, respirando tan agitado como ella.

–Esto no formaba parte del plan –murmuró él–. Y no creo que...

–Cállate y bésame, Apollo –susurró ella, girándose para buscar su boca, ofreciéndose con una audacia que habría escandalizado a su yo más sensato.

Sintió sus manos en las caderas, acercándola al contorno inequívoco de su deseo. Se apretó contra él, disfrutando de su

inhalación brusca. Llevaba dos semanas anhelando su tacto, luchando contra la tentación de romper su promesa. Estaba cansada de resistirse, de pensar en el mañana.

Entonces, él se apartó.

–Espera... ¿Adónde vas?

–Has bebido. Si no fuera así, créeme, ninguno de los dos dormiría esta noche. Pero mañana... –Le acarició la mejilla con un dedo–. Dulces sueños, *cara* –murmuró, entrando en la casa y dejando que la puerta se cerrara con un clic.

La primera parte de la sorpresa de Apollo resultó ser la llegada de Jem a la mañana siguiente, para gran emoción de Luca, quien inmediatamente empezó a tirar de la mano de su niñera y a obligarla a recorrer la villa, la piscina y sus lugares favoritos para enterrar tesoros en la playa.

Apollo había sido impreciso en sus instrucciones: un coche recogería a Astrid al mediodía, y debía llevar ropa de recambio y bañador. Mientras se retiraba a su habitación a prepararse, se preocupaba por si Luca se enfadaría al verla marchar. Hacía mucho tiempo que no se tomaba un descanso tan largo del trabajo.

Ni siquiera allí había dejado de revisar el correo, algo que Apollo, sin duda, había notado. Para ella, desconectar solía significar centrarse en Luca, pero ahora que compartía la carga, se sentía extrañamente desubicada. Tal vez se había acostumbrado a refugiarse en el trabajo para no quedarse a solas con lo que sentía.

Resultó que no tenía de qué preocuparse. Su hijo solo corrió hacia ella para darle un abrazo rápido cuando se lo pidió, antes de regresar a toda prisa a su partida de damas con la abuela. Jem había pasado la mañana fascinada por Leona Hart, y entre los tres casi la empujaron hacia la puerta al mediodía, rumbo al misterioso plan del día.

Astrid había supuesto que Apollo la acompañaría e intentó disimular su desconcierto cuando él anunció que tenía reuniones y, después, una clase sorpresa de *karting* para Jem y Luca. Sin embargo, mientras caminaba hacia la limusina, el estómago se le

encogió al verlo aparecer por el extremo de la villa, con el pelo aún húmedo y la camisa abierta hasta la cintura.

–Bien, aún no te has ido.

–¿Has decidido venir conmigo después de todo? –dijo ella, sintiéndose un poco culpable por el placer que le daba esa idea.

–Luca no estaría muy contento si le arruinara la oportunidad de ganarle a Jem en la pista. –Sonrió con ironía–. Además, te dije que este regalo es solo para ti.

–No es mi cumpleaños. –Se mordió el labio, tratando de ocultar su inquietud.

Una mano cálida se deslizó bajo su barbilla, levantándole el rostro.

–No hace falta que sea una ocasión especial para que quiera mimarte. Hoy vas a seguir mis órdenes.

Sus palabras roncas le pusieron la piel de gallina. Inspiró profundamente y su aroma le llenó los pulmones.

–Suenas demasiado satisfecho con esa perspectiva.

–No tienes ni idea –murmuró cerca de su oído–. Te reunirás conmigo más tarde, para cenar.

–¿Solo nosotros?

–Solo nosotros –confirmó él.

El corazón le dio un vuelco. Siempre había oído que Apollo era un seductor, pero aquello se sentía distinto, más íntimo que sus antiguos coqueteos. Se mantuvieron la mirada y él deslizó las manos con suavidad por sus brazos desnudos.

–Para que quede claro, por «cena» me refiero a una cita en toda regla. –Se inclinó unos centímetros antes de retroceder–. Me prometiste una de esas hace mucho tiempo. Pienso cobrar esa deuda.

–Que yo recuerde, solo te prometí una copa –señaló ella, sintiendo el calor de su mirada como un hierro candente.

–Considera esto los intereses de casi ocho años. –Sus ojos reflejaron un atisbo de alegría antes de recobrar la seriedad–. Tu regalo de hoy es sin condiciones ni expectativas; necesito que lo sepas. Pero mentiría si dijera que mis planes son inocentes.

–Mentiría si dijera que no esperaba que no lo fueran –susurró ella.

Su mirada se ensombreció mientras la yema del pulgar acariciaba la delicada piel de su muñeca. No intercambiaron palabra alguna, pero no hacía falta. La sonrisa pecaminosa que se dibujó en sus labios transmitía lo que pretendía... y ella supo sin ningún margen de duda que esa vez aceptaría. Se había pasado las últimas semanas dándole vueltas al asunto. Estaba harta de luchar contra sí misma.

–Te recogeré a las cinco –dijo él, antes de dar un paso atrás y meterse las manos en los bolsillos, como si quisiera obligarlas a quedarse donde estaban–. Estaré pendiente para asegurarme de que cumples las normas.

¿Las normas? Antes de que pudiera preguntarle, la puerta del coche se cerró y se la llevaron.

Su sorpresa resultó ser un día entero de tratamientos en un lujoso *spa* al otro lado de Saint George. El complejo, construido en madera y rodeado de exuberante vegetación, se extendía hasta una playa privada.

La recibió una mujer que se presentó como la tía de Apollo, y que la envolvió en un abrazo afectuoso mientras le enseñaba las instalaciones con entusiasmo.

–Por lo que he oído, vosotros dos habéis tenido un romance relámpago. –Sonrió, conduciendo a Astrid a una tranquila sala de tratamientos donde sonaba música suave y el aire olía a limones y jazmín.

–Hemos disfrutado... de volver a conectar aquí –dijo Astrid, tratando de ser diplomática.

–Me alegra que por fin tenga a alguien sensato que lo ancle. Toda su familia ha vivido entre la fama y el lujo, pero tanto ir y venir entre casas y hoteles... A menudo me preguntaba cómo un hombre podía aprender a quedarse quieto después de toda una vida huyendo.

Astrid no supo qué decir; sabía que Apollo seguía decidido a no renunciar a su ritmo de vida, siempre de un lado a otro. Como si percibiera su cautela, la mujer cambió de tema.

–¿Te ha llevado ya al santuario de tortugas?

–¿El santuario de tortugas?

–Oh, es su orgullo y alegría. Siempre intenta volver para cuando las crías nacen y se marchan a finales de octubre.

En cuanto la otra mujer salió, Astrid sacó el teléfono para buscar aquel misterioso santuario... solo para descubrir que no tenía cobertura.

Se quedó quieta, recordando el cartel de la recepción: *Descansar, reiniciar, desconectar.*

–Sin conexión... ¿En serio? –murmuró, recordando la sonrisa burlona de Apollo al decirle que obedeciera las normas.

Descubrió el alcance de aquellas normas cuando le guardaron el teléfono en una pequeña caja al llevarla a su vestidor privado. No le ofrecían la opción de desconectar, la obligaban a hacerlo. Su cuerpo se sentía rígido y tenso mientras se tendía en la camilla y esperaba el primer tratamiento de exfoliación. Entonces comprendió cuánto dependía de la tecnología para acallar sus propios pensamientos. ¿Sería tan terrible dedicarse un tiempo solo a sí misma?

El problema era que, al quedarse sola, lo único que ocupaba su mente era Apollo y lo cerca que había estado de arrojarle a sus brazos la noche anterior. Gimió y hundió el rostro en la almohada, tratando de sofocar la oleada de deseo que regresaba al recordar la forma en que la había mirado al despedirse.

Perder el control cerca de Apollo Accardi empezaba a parecer inevitable. ¿Se arrepentiría de no haberse permitido disfrutarlo cuando abandonaran la isla y regresaran a la realidad?

Al principio su mente no dejó de girar mientras la cubrían con una mezcla aromática elaborada allí mismo y le exfoliaban la piel. Sin embargo, al sumergirse en el baño tibio y perfumado, el cuerpo empezó a rendirse. Cuando la llamaron para el masaje, se sentía blanda, sin defensas.

Más tarde, con una taza de té frente al mar, comprendió que no se trataba solo de deseo. Era la posibilidad de bajar la guardia. De dejar de luchar contra algo que llevaba semanas creciendo entre ellos.

Al llegar al vestidor, encontró un vestido colgado y una nota con la letra de Apollo que le pedía reunirse con él en la playa al atardecer. La anticipación le recorrió la piel mientras se cubría con la suave

prenda de lino. El escote pronunciado y los hombros descubiertos impedían el uso de sujetador. Se observó en el espejo, notando cómo la prenda le marcaba la cintura y caía ligera sobre caderas y muslos hasta quedar por encima de la rodilla. No era algo que ella habría elegido, pero el verde esmeralda hacía resaltar sus ojos.

Él le había prometido que esperaría a que fuera ella quien diera el paso. Y por primera vez no sintió vértigo ante esa idea.

Se mordió el labio, consciente de que aquello no era una rendición impulsiva, sino una elección. Quizá no podía controlar lo que ocurriría cuando regresaran a la realidad. Pero esa noche, en aquella isla, sí podía decidir dejar de resistirse.

Capítulo 11

Apollo observó cómo los ojos de Astrid se abrían con asombro al recorrer las calles de Saint George, encendidas por las celebraciones de Spicemas. Artistas con trajes espectaculares se dirigían a concursos y fiestas que llenarían la semana de música y color.

Él no había logrado relajarse desde que la recogió en el *spa*. Al verla con el vestido elegido, el deseo le tensó el estómago. Durante días la había visto correr por la villa en pantalones cortos y camisetas, cómoda y luminosa. La mujer que caminaba a su lado esa tarde era pura sensualidad.

Contuvo el impulso de cancelar la salida y atraerla hacia él. Nunca se había sentido tan vulnerable con una mujer. Temía dar un paso en falso y perder lo que empezaban a construir. Para su sorpresa, fue Astrid quien se acercó.

El aroma a vainilla lo envolvió cuando sus brazos rodearon su cuello.

Lo estaba abrazando.

–Gracias –dijo sin más, con un ligero matiz de emoción en la voz al apartarse, un poco avergonzada.

No dispuesto a permitirle ni un segundo de vacilación, le sujetó las muñecas para que no se alejara del todo.

–Créeme, el placer es mío. Mírate... Estás rejuvenecida.

–Lo noto. Ni siquiera recogí el teléfono después del *spa*.

«Bien», pensó él. No lo necesitaría. No si el resto de la velada salía como había planeado.

Tal vez otro hombre habría reservado un restaurante privado o un yate en la bahía. Apollo sabía que, si quería impresionarla con la

mejor comida de Saint George, debía llevarla a una barbacoa de Spicemas.

El pequeño local familiar tenía acceso directo a una playa apartada. El comedor consistía en hileras de mesas de pícnic bajo sombrillas de tela. Casi todas estaban ocupadas por lugareños y turistas. El ambiente vibraba con risas y conversaciones, mientras bandejas de comida circulaban bajo guirnaldas de luces y coloridas decoraciones de carnaval.

–Se llama Spicemas por nuestra fama como Isla de las Especias. Es la gran celebración de Granada, de su gente y su cultura.

–Me encanta todo esto. Los bailes, la música... –Suspiró—. He viajado por todo el mundo con la Elite One y siempre me han fascinado las fiestas de máscaras y los desfiles tradicionales, pero esto es mágico.

Apollo apoyó la mano sobre la suya mientras ella observaba, cautivada, a los bailarines completar una coreografía especialmente compleja. Cuando las parejas comenzaron a ocupar la pista improvisada, no dudó en ponerse en pie y tirar de Astrid para llevarla con él.

–Ay, no. Soy un desastre bailando, yo...

–Suenas tan reprimida que resulta delicioso hacer que te sueltes un poco.

La hizo girar y se adentraron en la multitud que bailaba sobre la arena. Astrid no había exagerado, el baile no era su mejor talento. Él soltó una carcajada cuando ella intentó un tímido contoneo al ritmo del *steelpan* y recibió a cambio una mirada fulminante.

Pero aquella expresión severa duró apenas un segundo. Sus ojos esmeralda brillaron y los labios se le curvaron en una sonrisa desafiante antes de moverse con renovada determinación.

–¡Estás celoso de mis movimientos, Accardi! –le susurró, sin aliento, rodeándole los hombros con los brazos.

Apollo la atrajo hacia sí cuando la música se volvió más lenta, apretando su pecho contra el de ella. Se balancearon juntos, casi ajenos al bullicio, hasta que el ritmo volvió a acelerarse. Entonces, sin decir palabra, la condujo fuera de la multitud hacia el pequeño muelle que llevaba a un cenador cubierto sobre el agua.

–En cuanto a citas, ¿qué tal lo estoy haciendo? –preguntó él.

–No sabría decirlo –respondió ella con timidez–. Es la primera a la que me invitan.

–¿Desde Luca?

–Sí... Y también de antes.

Sus ojos brillaban con el reflejo de cientos de guirnaldas de luces y él supo que no mentía, aunque la realidad de esa afirmación le diera un puñetazo en el estómago.

–¿Por qué?

–Mi padre era un político de poca monta con grandes sueños, mi madre desempeñaba el papel de esposa perfecta. Crecí con normas y expectativas muy claras. –Se encogió de hombros–. No se permitían las citas esporádicas. Mi primer novio fue un chico de mi ciudad natal; solíamos comer fideos juntos en la cantina, si eso cuenta como una cita. Era insistente y egoísta en todos los aspectos de nuestra relación... Aun así, me pareció muy romántico cuando me propuso comprometernos tras solo un año.

–¿Fue algo serio?

–Por aquel entonces no tenía ni idea de quién era ni de lo que quería. –Puso los ojos en blanco–. No duró mucho. Descubrí que todo había sido orquestado por nuestros padres para impulsar sus ambiciones políticas. Mi padre se enfadó tanto cuando rompí el compromiso que intentó impedir que aceptara las prácticas en la Elite One. Acababa de cumplir veintiún años y quería ver mundo. –Sonrió con tristeza–. Mis padres no llevaron bien mi rebeldía. Pero nada fue comparable a su reacción cuando regresé seis meses después y les dije que estaba embarazada y que no sabía quién era el padre. Me presionaron para interrumpir el embarazo y centrarme en mi carrera. Cuando supieron que iba a tener al bebé, me repudiaron. Ni siquiera conocen a Luca.

–Ojalá te hubiera encontrado... –dijo él–. Odio que hayas tenido que pasar por eso sola.

Los ojos le brillaron de emoción un instante antes de apartar la mirada.

–Ojalá hubiese sido así... Por Luca y por ti.

–Por todos nosotros. En aquel entonces habría hecho lo correcto, ya lo sabes. Te habría pedido que te casaras conmigo y habríamos formado una familia.

–No hace falta que digas eso. Ya es cosa del pasado.

–No te escondas de mí. Lo que nos pasó no es algo que ninguno de los dos haya provocado ni podamos cambiar. Pero necesito que sepas que me tienes a mí. No voy a ir a ningún lado, Astrid.

Apollo perdió el control y reclamó sus labios en un beso cargado de anhelo y necesidad. Ella se alzó de puntillas y respondió, primero con un roce lento y explorador, hasta que el beso se volvió profundo y le arrancó un sonido grave. Las manos de Apollo descendieron por su espalda, se detuvieron en la curva de sus caderas y la atrajeron contra su cuerpo tenso.

Con un esfuerzo visible, se apartó lo justo para apoyar la frente en la de ella, respirando con dificultad.

–Decidí traerte aquí, donde había gente, para que esto no sucediera... Aunque mentiría si dijera que no he pensado en mil formas de seducirte desde el momento en que llegamos.

–Apollo...

Le tomó la mano y se la llevó a los labios, necesitando demostrarle que lo que tenían podía ser más que besos robados o una noche de pasión.

–Sé lo que quiero, Astrid. Sé que puedo darte lo que necesitas. No puedo dejar de pensar en ti, de mirarte, de desearte... –Le recorrió los hombros con las manos antes de acariciarle la mandíbula.

Su Astrid no era tímida. Era cautelosa, sí, y quizá un poco remilgada a veces, pero no se apartaría de él. Esa noche no.

Como si oyera sus pensamientos y estuviera decidida a darle la razón, ella se acercó, presionando su generoso pecho contra él y dejando escapar un suspiro delicioso al contacto.

–Quizá ha sido un error darte ese discurso antes de llevarte a nuestro siguiente destino. –Soltó una risa baja–. Esto no entraba en mis planes.

–Los planes están sobrevalorados, ¿no crees? –respondió ella con una sonrisa cargada de picardía–. Olvidemos el plan, Apollo. Dijiste que debía divertirme más. Vivamos el momento.

–¿Estás segura? Podemos volver a casa si te preocupa.

–¿E interrumpir la fiesta de pijamas de Luca y Jem? Nunca me lo perdonarían. –Hizo una pausa larga, con los ojos buscando los de él–. Apollo, ¿y si aún no quiero volver? Quiero alargar esta noche un poco más... y ser simplemente yo. Ser simplemente nosotros.

–Una sola noche no será suficiente... –murmuró él.

Sus labios regresaron a los de ella con urgencia, con una intensidad que borraba cualquier duda. Las manos de Astrid lo recorrieron sin reservas, las uñas arañándole la nuca y provocándole un estremecimiento que le encendió la piel. Era la Astrid de sus recuerdos, la que lo había besado a oscuras en un ascensor y se había llevado algo suyo para siempre.

Los dedos de Astrid se deslizaron bajo la camisa de Apollo, recorrieron su abdomen y bajaron hacia el cinturón. Él contuvo el aliento, le mordió el labio inferior y le sujetó las manos por encima de la cabeza.

–¿No rompe esto algunas reglas, Astrid? ¿Intentar desnudarme en la oscuridad otra vez?

–Me está gustando mucho dejarme corromper por ti –respondió ella con una sonrisa traviesa.

–No creo que quieras que nos arresten por escándalo público. – Alzó una ceja y le ofreció la mano–. Ven. Hay algo que quiero enseñarte.

Había planeado una cena tranquila, con vino y conversación, para conducirla poco a poco hacia el verdadero tema que llevaba días rondándole la cabeza. Después de lo que ella le había contado sobre su pasado, comprendía mejor su necesidad de evitar errores y conflictos. Tenía que convencerla de que un futuro juntos no sería un fallo que lamentar.

Y si Astrid aún creía que aquello era solo una despedida apasionada, estaba dispuesto a demostrarle que apartarse de él no sería tan sencillo.

Capítulo 12

Apollo la guio por un sendero entre la vegetación hasta el borde de un acantilado. Mientras subían los escalones de piedra tallada, le fue señalando los distintos puntos de Saint George que se distinguían a lo lejos y le explicó cómo se había diseñado el lugar, respetando la forma natural de la isla.

Ella contuvo el aliento al llegar al último peldaño y descubrir lo que él consideraba uno de sus lugares favoritos de Granada.

La casa del árbol, como él la llamaba, no estaba suspendida sobre las ramas, sino integrada entre los troncos, casi camuflada en el paisaje. Era acogedora y estaba aislada, un refugio que parecía hecho para el silencio y la intimidad.

–Es increíble, Apollo.

–Aquí no pienso dejarte escapar –murmuró él con una sonrisa baja, alzándola en brazos con facilidad–. Te advierto que, cuando por fin te tenga en mi cama, no querré soltarte.

La depositó con cuidado sobre el colchón y acomodó una almohada bajo su cabeza antes de incorporarse. Sus ojos estaban oscuros y atentos mientras le acariciaba la mandíbula de ese modo que la hacía sentirsepreciada y, al mismo tiempo, reclamada.

–Por favor, Apollo –susurró ella, tendiéndole la mano.

Él se sentó sobre los talones y la observó con calma deliberada.

–Creo que voy a tomarme mi tiempo –dijo con voz ronca, dejando que sus dedos descendieran por su cuello hasta el escote del vestido–. Por fin estás aquí, justo donde te quiero. No pienso perderme ni un segundo de cómo te entregas.

El recuerdo de antiguas palabras susurradas volvió a recorrerla con fuerza y el deseo le tensó la piel.

–¿Sabes cuánto he imaginado este momento? –preguntó él sin apartar la mirada mientras apartaba la tela de lino de su hombro, dejando su piel al descubierto—. Quiero verte, sentir cada reacción... Saber que estás aquí conmigo, sin reservas.

Su voz era baja, cargada de promesa más que de urgencia, y la espera se volvió tan intensa como el propio contacto.

Inclinó la cabeza y la lamió. No podía apartar la mirada mientras su boca trazaba un camino hacia abajo y los dedos bajaban de forma lenta la ropa hasta que los pechos quedaron expuestos a la brisa fresca.

–Dios, estás deliciosa.

El calor de su boca casi envolvió un pecho entero, el pezón deslizándose entre sus dientes de una forma que le envió una descarga directa de placer hasta lo más profundo. Ya estaba húmeda por él; no sabía cómo iba a aguantar más tiempo sin estallar en llamas.

Una hilera de botones era lo único que lo separaba de verla desnuda por completo y un destello de inseguridad la recorrió. Su cuerpo había cambiado tras el embarazo. Pero cuando sus manos se deslizaron por la suavidad de su vientre y sus caderas, sus labios siguieron el mismo camino, besando cada línea, y ella sintió cómo la tensión se deshacía bajo las sensaciones que él despertaba.

–Ojalá hubiera podido verte embarazada. –Le besó la piel mirándola a los ojos—. Deberías haber sido adorada entonces, pero tendré que compensarlo ahora.

–Me encanta que me adores... Hace mucho que no me sentía así.

–Lo único que me importa es que ahora estés aquí conmigo...

–No he estado con nadie más. No desde que me quedé embarazada.

La mirada de Apollo se agudizó.

–¿Nadie?

Ella negó con la cabeza.

–¿Por qué?

–Por muchas razones. El tiempo, la falta de interés... Pero sobre todo porque la única persona en la que pensaba era un hombre al que no podía encontrar.

–Astrid... ¿Me estás diciendo que todo este tiempo has estado insatisfecha? Eso es un crimen. Yo también pensaba en ti, casi cada vez que entraba en ese ascensor. Me llegaban destellos de tu aroma cuando estaba en público y me convencía de que estabas cerca. Solía tocarme tratando de aferrarme a cada segundo del recuerdo. ¿Alguna vez pensaste en mí, sola en tu cama?

Ella sabía lo que le preguntaba y, dejando a un lado la vergüenza, deslizó las manos por su cuerpo mientras la mirada hambrienta de él seguía el movimiento.

–Sí. Solía tocarme, intentando recrear la forma en que tú lo hacías.

–Enséñame.

Hizo lo que le pidió, deslizando un dedo por la húmeda hendidura de su sexo y acariciándose en círculos justo donde más le gustaba, tal y como había hecho durante años sola, llevándose a un silencioso clímax al recordar aquel encuentro perfecto.

Al principio se acarició lentamente, luego aceleró el ritmo a medida que aumentaba el placer. Los ojos de Apollo se oscurecieron y las fosas nasales se le dilataron; sus manos se deslizaron desde su rodilla hasta sus caderas y bajaron por su muñeca, hasta que sus fuertes dedos cubrieron los de ella.

–No pares, Astrid. Déjame verte.

Se dio cuenta de que él quería que llegara al clímax delante de él, y la idea le resultó tan escandalosa que sintió que sus entrañas se retorcían aún más mientras comenzaba a moverse contra la presión combinada de ambas manos.

–Apollo...

–Eso es, di mi nombre mientras te corres para mí. Déjate llevar.

La forma en que hablaba, la forma en que la miraba, todo se combinaba en una tormenta perfecta de deseo. El clímax se fue acumulando lentamente, mientras la presión de su mano alteraba su propio ritmo habitual, pero luego ya no tenía el control. Lo tenía él.

Sintió las ondas del clímax recorrerla como una marea, barriendo hasta el último vestigio de duda sobre aquello tan salvaje que había entre ellos. Porque nada que se sintiera tan bien, tan acertado, podía ser malo.

Mientras la respiración se calmaba, fue consciente de que Apollo le tomaba la mano entre las suyas. Le entrelazó los dedos, aún húmedos por su propio deseo, y se los llevó a la boca para limpiarlos por completo. Verle hacer algo tan depravado solo avivó aún más su deseo. El clímax había aflojado algo dentro de ella en lugar de calmarlo, y quería más, mucho más.

Pero primero quería verlo a él.

Sintiéndose envalentonada, encontró la fuerza para levantarse de la cama y lo empujó hasta que quedó tumbado de espaldas mirándola. Él no tenía por qué obedecer; la superaba en tamaño y fuerza, lo que de alguna manera hacía que su entrega resultara aún más significativa.

Se tomó un momento para explorar su cuerpo con las manos como él había hecho con el suyo, siguiendo los tatuajes que cubrían el pecho y los hombros. La fuerza de su complexión era evidente en el abultamiento de los músculos, que se tensaban al contacto de sus manos. Le había desabrochado la camisa, pero los vaqueros seguían en su sitio, abultados en la zona de la cremallera.

–Yo también quiero verte –dijo ella con descaro.

Tomándose su tiempo, desabrochó el botón superior y bajó la cremallera. Él se liberó de la ropa interior con un movimiento ágil. A ella se le cortó la respiración al contemplarlo a la luz por primera vez.

Sin apartar la mirada, deslizó las manos por su piel caliente y firme, explorando con curiosidad y deseo. Luego se inclinó y dejó un beso lento a lo largo de su cuerpo, saboreando su reacción, sosteniéndole la mirada mientras deslizaba la lengua de la base a la punta y lo saboreaba.

–*Dio*, Astrid, otra vez.

Oír su gemido gutural en italiano la animó y obedeció, envolviéndolo por completo en su boca. No tenía mucha práctica, pero siempre había tenido un apetito sexual muy sano.

Apenas había logrado unas pocas embestidas cuando él le enredó las manos en el pelo y la apartó.

–¿No está bien? –preguntó ella.

–Demasiado bien, ese es el problema. –Exhaló profundamente–. Hay algo que necesito mucho más.

Apollo se colocó sobre ella, con las manos firmes sobre su piel mientras le separaba los muslos. Se detuvo un instante para ponerse protección. Ella siguió cada uno de sus movimientos, embelesada, ambos enrojecidos por la intensidad de lo que compartían.

También había sido así la primera vez, recordó. Sus manos explorando en la oscuridad, el descubrimiento torpe y urgente, y luego aquel breve instante de quietud cuando él se acomodó sobre ella. Había sido en otro tiempo, en otra vida, y aun así el recuerdo se mezcló con el presente cuando abrió los ojos y lo vio avanzar despacio, llenándola.

La sensación llegó como un alivio profundo, como si su cuerpo lo hubiera esperado sin saberlo. Encajaba con una precisión que la hizo estremecerse; su firmeza estirándola y alcanzando ese punto sensible en lo más hondo.

–Es como estar en el cielo –dijo él, deslizándose unos centímetros hacia fuera para luego empujar de nuevo más profundamente–. ¿Te das cuenta de cómo podría ser esto entre nosotros? –murmuró entre embestidas, con la boca devorando la de ella–. Una noche nunca sería suficiente. Dime que quieres más, Astrid, y te lo daré. Te lo daré todo.

Astrid tenía la mente nublada por el placer. Eran solo palabras de pasión, ¿verdad? Aun así, se encontró cediendo a esa fantasía por un momento: la de que Apollo la quisiera por completo. La de que él fuera suyo.

–Lo quiero, Apollo –susurró mirándole a los ojos.

Él gruñó de satisfacción y cerró los ojos mientras comenzaba a moverse con más fuerza. Ella se aferró a sus hombros, sintiendo un nudo en la garganta al mismo tiempo que el placer crecía en su interior. Bajó la mano, añadiendo un dedo a su clítoris, y se rindió al instante.

La intensidad era más de lo que podía soportar y se oyó gritar mientras un segundo orgasmo alcanzaba su punto álgido. Aun así, él no bajó el ritmo. Se movió con más fuerza, buscando su propio placer, y ella lo animó, necesitando que él también se dejara llevar.

Necesitaba saber que no estaba sola. No era una rendición ni un momento de debilidad. Era algo más.

Apollo ralentizó los movimientos, el cuerpo aún aprisionado dentro de su calor. El pulgar le rozó el pómulo y se detuvo al sentir el rastro húmedo de sus lágrimas. Ella se tensó y apartó el rostro.

–Lo siento, yo...

–No –dijo él con firmeza, inclinándose para besar el resto de la humedad–. No te atrevas a disculparte por mostrarme cómo te sientes. Yo también lo siento.

–No pares, Apollo. –Jadeó cuando él volvió a moverse dentro de ella, y él sintió su delicioso calor apretarse a su alrededor.

–Nunca, *amore*. Nunca. –Apoyó la frente contra la de ella, susurrando las palabras como un voto mientras retomaba el ritmo. Al principio despacio, tratando de prolongar el placer. Pero el ritmo cardíaco se le disparó y el pecho se le oprimió con el esfuerzo de controlarse.

Nunca en su vida adulta había sentido esa necesidad desgarradora de sentir cada centímetro de la mujer que tenía debajo. Siempre había usado protección y nunca le había molestado, pero en ese momento tenía que apartar la imagen de perderse desnudo en su calor, sin ninguna barrera entre ellos.

La breve idea de dejar embarazada a Astrid a propósito algún día lo llevó más allá del punto de control. Las caderas adoptaron un ritmo más brutal, penetrándola con más fuerza y profundidad, hasta que gritó su propio clímax al cielo.

Después, tuvo cuidado de no desplomarse sobre ella, se deshizo de la protección y la arropó en su abrazo mientras ambos se recuperaban.

–¿Estás bien? –susurró Astrid contra su piel.

–Más que bien. –Apollo intentó reírse–. Estoy tratando de pensar en algo romántico que decir, pero me has dejado el cerebro en blanco.

–No tienes que decir nada; podemos simplemente disfrutar de este momento tal y como es.

–Te lo dije, quiero más que una noche, y lo decía en serio –dijo él en voz baja–. Mucho más.

Ella apretó los labios y frunció el ceño.

–Sé que será incómodo cuando esto termine, Apollo. Por no hablar de la idea de verte seguir adelante con tu vida de piloto, mientras que la mía seguirá siendo igual.

–¿Y si no quiero seguir adelante?

–¿Qué quieres decir? –Frunció el ceño–. Tu idea de diversión es saltar de un avión. La mía son las hojas de cálculo y limpiar con rabia.

–Los polos opuestos se atraen... Creo que eso es bastante evidente. –Sonrió con ironía.

–No estoy diciendo que seas un irresponsable. Solo soy realista. Te has labrado tu vida perfecta y yo he hecho lo mismo. No necesito que fuerces las cosas para que sea algo más.

Apollo se agachó para agarrar los pantalones y por un momento ella temió que se fuera, pero en lugar de eso buscó algo en los bolsillos. Se volvió hacia ella apoyándose en un brazo y mirándola desde arriba bajo la suave luz.

–Dijiste que no necesitas más..., pero llevas mucho tiempo siendo una experta en negar tus necesidades. Sencillamente, no estoy de acuerdo. –Se inclinó y le dio un beso juguetón en los labios.

–¿No estás de acuerdo? –repitió ella, incrédula y desconcertada por la tranquila determinación de su mirada mientras él se arrodillaba al pie de la cama.

–No te estoy obligando a nada, Astrid. Estoy más relajado y seguro que nunca sobre el futuro que quiero. Estas dos semanas me lo han demostrado.

Sus miradas se cruzaron bajo la luz suave de la lámpara. Apollo le tomó la mano izquierda y, sin soltarla, colocó en su palma una pequeña caja de terciopelo hexagonal antes de abrirla ante ella.

–¿Qué estás...? ¿Es lo que creo que es?

–Escúchame antes de asustarte, ¿vale?

Capítulo 13

Astrid miró atónita la pequeña caja de terciopelo y dio un paso atrás, presa del pánico, cuando Apollo la abrió para revelar un anillo enorme y de aspecto lujoso.

–Astrid Lewis..., desapareciste de mi vida hace casi ocho años y has vuelto con el regalo más increíble. –Su voz era grave y ronca–. No quiero esperar ni un segundo más sin tenerte a mi lado. ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos de ella bailaron del brillante anillo al rostro expectante de Apollo y, por un momento, se preguntó si todo lo ocurrido en las últimas dos horas había sido un sueño. Intentó hablar y no pudo, con el miedo y la emoción obstruyéndole la garganta.

–Lo compré la semana pasada. He estado esperando el momento adecuado. –Frunció el ceño y acercó la caja–. Elegí esmeraldas..., pero, si prefieres otra cosa, podemos cambiarlo.

–No, es precioso... Es solo que... –Astrid tragó saliva–. Necesito un momento.

Su traicionera mente le recordó otro momento de su vida. Otra propuesta que al principio la había emocionado, solo para descubrir que se basaba en conveniencia y expectativas.

Esto no era lo mismo que con Ian, se dijo, y sin embargo no podía sacudirse la náusea mientras la ansiedad se apoderaba de ella.

–¿Estás bien?

–¿Si estoy bien? –Se rio a medias–. Apollo..., acabas de pedirme que me case contigo después de una sola cita.

–Puede que haya sido nuestra primera cita oficial, con varios años de retraso, pero te llevaré a un millón más para compensar la espera. No hemos hecho las cosas de forma convencional, ¿por qué

empezar a hacerlo ahora? –Le tomó las manos, con una profunda arruga en la frente—. Mira, entiendo que quizá sea un poco rápido...

–¿Un poco? –Astrid soltó una risa ahogada y horrorizada. Hizo ademán de apartarse, pero él la sujetó con fuerza, aprisionándole las manos contra su pecho.

–¿Esperarías algo menos de mí? –Esbozó una sonrisa y Astrid luchó contra el impulso de darle un manotazo.

Se levantó de la cama envolviéndose en una sábana, desnuda y vulnerable, y no solo por la ausencia de ropa.

Se sentía a la deriva. La niebla del amor físico se había disipado en el momento en que él se arrodilló y le pidió matrimonio. No se conocían como debería hacerlo una pareja que contrae matrimonio. Él era un soltero empedernido que nunca había tenido intención de sentar la cabeza. A menos que...

–¿Estás pensando que un compromiso sería una gran distracción mediática? Porque creo que una unión repentina entre nosotros tendría el efecto contrario.

–¿Crees que estoy teniendo en cuenta a los medios en todo esto?

–No es la peor idea. Es exagerada e innecesaria, pero entiendo por qué lo harías...

Él se interpuso ante ella, impidiéndole avanzar.

–Sea cual sea el torbellino de posibilidades que esté pasando por esa hermosa mente tuya..., para. Quiero casarme contigo, Astrid. Quiero una boda, no un compromiso falso para mejorar mi imagen.

–¿Por qué? –preguntó ella en voz baja—. ¿Por qué no me pides que salgamos juntos, que probemos a ver cómo va? Ya estamos en el ojo del huracán mediático. Volar a casa y planear una boda de inmediato parecerá demasiado conveniente.

–¿Qué hay de malo en la conveniencia? –preguntó él.

Y ahí estaba. Astrid cerró los ojos, tratando de no sorprenderse. Se trataba de poner orden en su situación de forma rápida: un matrimonio de conveniencia.

–Tenemos años de tiempo perdido que recuperar y ya sabemos que somos compatibles. ¿Por qué esperar para hacerlo oficial?

–Oficial... –repitió ella con expresión ausente—. Dime que esta propuesta no tiene nada que ver con tu necesidad de reclamar a tu

hijo de forma rápida y eficaz. Que no tiene nada que ver con tu reputación de *playboy* filántropo, actualmente destrozada en los medios.

«Dime que me quieres», suplicó en silencio. Se le cortó la respiración cuando Apollo frunció el ceño, con el anillo brillando entre ellos como una mecha encendida.

Sus ojos oscuros se entrecerraron.

—Los dos sabemos que nuestra situación es inusual. Es como estar en una olla a presión, Astrid. ¿Y sabes qué? Era exactamente lo que necesitaba. ¿No ves lo bien que estaríamos juntos? ¿Los tres, viviendo bajo el mismo techo? Quiero que seamos una familia.

—Ya somos una familia. Luca ya es tu hijo —contestó ella, con la voz cada vez más aguda—. No veo por qué tenemos que casarnos para consolidar ese hecho. Esto..., nosotros..., solo estaba destinado a ser una noche.

La miró con intensidad durante un largo rato, con el ceño fruncido por el esfuerzo de no decir lo que tanto deseaba. Era como si estuviera esculpido en granito mientras se volvía para contemplar la noche oscura al otro lado de la ventana.

—Apollo... Sé que esto te parece sencillo. Pero para mí el matrimonio tiene que ser algo más que apariencias. No me importa lo que el público piense de cómo llegamos a tener un hijo juntos. Ya pasé bastante tiempo luchando contra la vergüenza que mis padres me hicieron sentir como madre soltera, puedo soportar unos cuantos cotilleos.

La mirada de él se suavizó al recordar a los padres que habían intentado obligarla a abortar para proteger su reputación. Ella había soportado una forma cruel de abandono y, aun así, había salido más fuerte.

—Lo siento, no puedo casarme contigo —dijo con rotundidad.

Apollo guardó silencio durante el trayecto de regreso a la villa. Ella no protestó cuando dijo que quería llevar a Luca a la playa sin ella. Astrid pasó el día vagando por la casa vacía. Ni un baño largo en la piscina logró aquietar su mente. Tampoco el cubo de helado que

terminó cenando alivió el nudo en el pecho mientras miraba la playa en busca de alguna señal de su regreso.

Al caer la tarde recordó que había dejado el teléfono en silencio desde el día anterior. Apollo le había enviado un mensaje para saber si estaba bien. Luego otro para preguntarle si lo había visto. Después un audio avisando de que cenarían en casa de Leona por si quería unirse. Más tarde, un mensaje con un simple signo de interrogación. Por último, un audio para decir que regresaban y que Luca ya se había quedado dormido.

Se dejó caer en un sillón frente a la bahía. ¿Sería así su vida al volver a la rutina? ¿Apollo compartiendo momentos con su hijo mientras ella aguardaba noticias y deseaba estar con ellos?

Cerró los ojos para contener la emoción. ¿En qué momento se había acostumbrado a que Apollo formara parte de su pequeña familia?

Se envolvió en una manta y dejó caer las lágrimas mientras el sol desaparecía en el horizonte. No advirtió la llegada de Apollo hasta que escuchó su nombre en la voz de él y percibió el aroma de su colonia. Abrió los ojos cuando se arrodilló frente a ella y le sostuvo el rostro entre las manos, secando con los pulgares las lágrimas que aún brillaban en sus mejillas.

—No respondiste a mis llamadas —dijo, con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Qué ha pasado?

—No las escuché, porque estaba demasiado ocupada echándote de menos —contestó ella con sencillez, demasiado cansada y vulnerable para decir nada más.

—Yo también te he echado mucho de menos. —Se inclinó como para besarla, pero se detuvo y sus ojos se encontraron con los de ella—. Anoche metí la pata. Me precipité. Pero, si crees que mi propuesta fue solo por obligación o por tradición..., te equivocas.

Astrid respiró hondo intentando calmar los frenéticos latidos de su corazón.

—Entiendo que pareciera lógico.

Unos brazos fuertes la sujetaron contra el respaldo del sillón. Levantó la vista y se le cortó la respiración ante la intensidad en los ojos de Apollo.

–¿Lógico? –preguntó él–. Nunca ha habido nada lógico en lo que siento por ti. Llamarlo compatibilidad o química no es ni de lejos suficiente.

–Apollo... –Sacudió la cabeza con tristeza, bajando la mirada para evitar el calor de sus ojos y cómo eso la hacía querer olvidar cada argumento que había reunido–. No podemos basar un matrimonio entero en el buen sexo.

–¿Tienes idea de cuántas veces pensé en ti en los años que estuvimos perdidos el uno para el otro? –Le levantó la barbilla, obligándola a mirarlo–. Cuando me di cuenta de tu identidad en Como, solo deseaba una noche más para liberarme de mi obsesión. Después de enterarme de lo de nuestro hijo, intenté pensar con claridad, mantenerte a distancia. Creí que podría.

Ella se mordió el labio inferior, recordando lo sencillo que le había parecido y lo segura que había estado.

–Mis padres eran románticos. Un flechazo sin nada más que los sostuviera cuando llegaron las dificultades. Vivir sus altibajos me llevó a jurar que nunca me casaría ni tendría hijos, Astrid. Lo que nosotros podemos tener se apoyaría en algo mucho más sólido, en nuestro amor por Luca y en el compromiso de construir una familia después del tiempo que pasamos separados. Sé que tú también lo deseas.

–Me da miedo quererlo –confesó ella–. Me da miedo que no sea suficiente.

–No se trata solo de que el sexo entre nosotros sea increíble. Es tu fuerza y tu seguridad. Haces que criar a Luca parezca sencillo y nunca me reprochas haberme perdido sus primeros años. Disfrutamos juntos, nos respetamos. Tú me recuerdas que debo apreciar los momentos pequeños y yo te empujo a soñar en grande. Es un equilibrio que nunca creí posible. Arriesga conmigo. Permítete ser impulsiva a mi lado.

–Bailar descalzos en la arena, correr en karts, pasar la noche en una casa del árbol... Eso es lo que la mayoría describiría como ser impulsiva, Apollo. El matrimonio es un compromiso a largo plazo.

–¿Crees que rompería mis votos? –preguntó incrédulo–. No he mirado a otra mujer desde que entré en tu despacho el año pasado.

Te he deseado desde la primera vez que me miraste por encima de las gafas y me leíste tu reglamento.

Ella se quedó atónita ante su confesión. Todo aquello era una auténtica locura, y sin embargo sintió que una pequeña chispa de esperanza crecía en su interior.

—Quizá sea un poco retorcido lo mucho que disfruto empujándote a romper tus propias reglas. Y saber que... quizá... a ti te gusta romperlas tanto como a mí, ¿verdad?

—Sí...

Entonces lo besó. Con la boca ávida sobre la suya y las manos buscando el calor de su piel bajo la camisa. Pero él no había terminado. Le sujetó las muñecas, apartó sus labios y sonrió con un brillo burlón mientras ella soltaba un pequeño sonido de protesta.

—¿Quieres saber lo que pienso? Pienso que, aunque hubiera esperado años para pedírtelo, seguirías teniendo miedo de comprometerte. Seguirías conteniéndote, por si acaso. —Se inclinó depositando pequeños besos en su cuello—. ¿Recuerdas lo que me dijiste? En este negocio, cada segundo cuenta. Aprovecha mientras el escándalo está en su punto álgido, *cara*, y toma el control de la historia conmigo.

A pesar de sus emociones a flor de piel, una risa atónita se le escapó de los labios.

—¿De verdad estás usando mis propias tácticas de relaciones públicas para convencerme de que me case contigo?

—Soy un Accardi y no tengo piedad cuando se trata de conseguir lo que quiero —dijo él, con la voz cargada de deseo y los ojos brillantes—. Y te quiero a ti, Astrid Lewis. No lo dudes. Quiero mi anillo en tu dedo. Que nuestro hijo entre corriendo a despertarnos cada mañana. Quiero que exista un «nosotros». Nuestro propio equipo.

Ella cerró los ojos ante sus palabras, ante lo mucho que también lo deseaba. Llevaba años siendo fuerte, demostrando que podía hacerlo todo sola. La noche anterior había sentido miedo. Miedo de cómo él la hacía vibrar. Miedo de cuánto lo necesitaba.

Apollo no le ofrecía un matrimonio de conveniencia. Le proponía compartir cama y vida, ser compañeros. Tal vez era ella quien se

aferraba a una idea imposible al desear algo más.

Por el bien de su hijo, definir su relación daría una base sólida para mostrarse como pareja. La propuesta de Apollo contenía honestidad, respeto y un proyecto común.

Sostuvo su mirada y comprendió que lo quería. Deseaba que aquel reencuentro intenso y escandaloso marcara el inicio de su propio «felices para siempre», aunque no lo llamaran amor. Quizá sería algo más fuerte, construido sobre decisiones conscientes y no solo sobre sentimientos fugaces.

–Pídemelo otra vez –susurró, sintiendo que todo su cuerpo temblaba de nuevo.

Él se arrodilló al instante, con los ojos llenos de esperanza y sinceridad fijos en los de ella.

–Astrid Lewis..., ¿quieres casarte conmigo?

Ella cerró los ojos por un segundo.

–Sí –respondió, casi sin aliento–. Me casaré contigo.

Capítulo 14

Astrid se despertó con la luz del sol en el rostro y el peso del brazo de Apollo apoyado sobre su abdomen. Con cuidado, se deslizó fuera de la cama intentando no despertarlo.

El anillo de su mano izquierda brillaba a la luz del amanecer mientras contemplaba la belleza del mar desde la puerta abierta de la casa del árbol.

Había algo en el silencio y en el aroma terroso del aire que la atraía más que cualquier propuesta de Apollo de alojarse en un resort lujoso. No necesitaba todos los excesos que su vida de multimillonario podía ofrecer, aunque sabía que, cuando se convirtiera en su esposa, no podría rechazarlos siempre. Prometería amarlo y respetarlo mientras vivieran..., aun sabiendo que era una unión por conveniencia.

Y estaba bien. Más que bien. Ambos sabían dónde se metían. Tenían una química arrolladora, respeto, amor por su hijo y el deseo de criarlo con cuidado. Lo demás eran detalles, ¿no?

Se mordió el labio, absorta en sus pensamientos mientras el sol ascendía y teñía las olas tranquilas de tonos rosa y naranja.

–Buenos días, prometida –dijo una voz ronca a sus espaldas–. Vuelve a la cama.

–Prometida... Creo que todavía no me he acostumbrado a eso. – Se rio, metiéndose de nuevo bajo las sábanas con él.

–Tenemos todo el día para que te acostumbres. –Su voz se espesó mientras se deslizaba entre sus muslos–. Tengo la intención de demostrarte por qué aceptar mi propuesta fue una gran decisión.

–Tendremos que comer en algún momento. Y quizá dar un paseo para evitar calambres después del esfuerzo de anoche.

–Ayer me perdí mi sesión de entrenamiento. –Fingió estar pensativo–. Tendré que esforzarme al máximo para trabajar bien todos mis grupos musculares.

–Hablando de entrenamiento, ¿por qué acabo de recibir un correo de Tristan diciendo que están deseando vernos en la pista de pruebas en unos días?

–No tenía intención de hablar de negocios, no cuando tengo planes mucho más interesantes. –Se incorporó apoyándose en el cabecero–. Aún no te había dicho nada porque no era seguro, pero mis abogados han estado trabajando para anular los términos del testamento y ceder el equipo a mis primos. –Miró a Astrid a los ojos–. Accardi Autosport no me trae los mejores recuerdos. Quería dejar a un lado mis sentimientos y arreglar las cosas por el bien del equipo, pero cada vez siento más que mi tiempo se necesita en otro lugar. Con Luca... y contigo.

–Apollo, esa es una decisión muy importante. –Se enderezó con los ojos abiertos de par en par–. ¿Estás seguro de que puedes confiar en que tus primos gestionarán el equipo como tú quieres?

–He tomado medidas para que no puedan incurrir en prácticas corruptas. –Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios–. Anoche le escribí a Tristan para ponerlo al día. Le dije que terminaré la temporada con Falco Roux como estaba previsto.

–¿De verdad?

–Sí. –Se rio cuando ella se lanzó a sus brazos–. ¿Te molesta tener que seguir lidiando con mi escandalosa reputación un poco más?

–Por supuesto que no. Es solo que... Apollo, si estás haciendo esto solo por lo que te dije...

Él negó con la cabeza.

–Me comprometí con Falco Roux y tengo la intención de cumplirlo. Así soy yo. Creo que parte de la razón por la que me sentí tentado a aceptar la herencia fue por mi propia culpa.

–¿Por el distanciamiento con tu abuelo?

–Sí. Tuve la oportunidad de desenmascararlo por hacer trampa contra Grayson en mi último año en Accardi. Me enfrenté a él y me amenazó con arruinarme. Por eso me fui. –Luego añadió en voz

baja—: Y, tras investigar, ahora sé que por eso tus esfuerzos por encontrarme nunca dieron resultado.

—¿Tu abuelo sabía de mí? ¿De Luca?

—Sí. Descubrí que sobornó a tu detective privado y que tenía documentos preparados para pagarte en caso de que estuvieras a punto de descubrir mi identidad. Allegra era la única a quien se lo había contado; Enzo la necesitaba por si alguna vez tenía que chantajearme. Con Enzo muerto y dejándome el equipo, Allegra acudió directamente a la prensa con la historia.

Astrid se sintió conmovida y él la abrazó con fuerza.

—No voy a permitir que los fantasmas del pasado estropeen lo que tenemos, no cuando nos espera todo un futuro por delante.

Le besó el cuello y ella sintió que las piernas le fallaban. Cuando sus manos comenzaron a obrar su magia seguidas del roce de sus labios contra su intimidad, se olvidó de todo y él cumplió su promesa.

Para la última noche de Spicemas en Granada se había planeado un gran espectáculo de drones en la bahía. Apollo ajustó unos auriculares con cancelación de ruido sobre las orejas de Luca mientras las primeras luces comenzaban a ascender desde los barcos en su bahía privada.

Mientras estallidos de color caían del cielo a su alrededor, los labios de Apollo buscaron los de Astrid y ella sintió cómo la última barrera que protegía su corazón se venía abajo.

Jem se había marchado a casa para pasar el resto del verano con sus amigos y, en circunstancias normales, Astrid estaría desbordada de trabajo. Pero aquella mañana se despertó a las diez con el sonido de chapoteos en la piscina y el aroma del café recién hecho. Su prometido se estaba tomando en serio lo de tener un papel activo en la vida de su hijo.

Durante la última semana habían vuelto casi a diario a la pista de karts y a Astrid empezaba a preocuparle haber despertado en Apollo un afán competitivo excesivo. Luca, sin embargo, tenía talento natural y un entusiasmo genuino. Se preguntó si su propia prudencia

había limitado el potencial de su hijo y si el carácter audaz de su padre era justo lo que ambos necesitaban.

Se habían levantado temprano y pasado el día en la playa con la madre de Apollo, así que no le sorprendió que la cabeza de Luca empezara a caer sobre el hombro de su padre en cuanto terminó el espectáculo. Regresaron a la villa en un silencio cómodo y Astrid le susurró las buenas noches antes de retirarse al vestidor para cambiarse.

Al salir poco después, escuchó voces bajas en el dormitorio de su hijo y se asomó. La escena le ablandó el corazón. Apollo estaba recostado en la cama con los tobillos cruzados mientras hojeaba un álbum con fotos de sus victorias en las carreras, uno de los pasatiempos nuevos que más fascinaban a Luca.

—Esta fue la primera pista en la que subí al podio —dijo en voz baja—. Y aquí estoy en mi primera victoria en Mónaco... Fue una carrera muy reñida. Ahí es donde trabajo ahora. Puedes venir a verme correr el próximo fin de semana. Mamá y tú podéis estar en la grada animándome. Podéis venir siempre que queráis, te lo prometo.

—El circuito de papá en Mónaco —dijo Luca.

—Así es.

—Me encantan las carreras —asintió el niño.

Apollo sonrió y Luca intentó disimular un bostezo con la manita, decidido a seguir mirando mientras su padre pasaba las páginas.

—Te quiero, papá —susurró el niño, levantando una manita para acariciar la mejilla de su padre durante un breve instante, con la mirada aún fija en el álbum de fotos.

Astrid sintió que se le oprimía el pecho.

—Yo también te quiero, Luca —respondió Apollo, emocionado—. Muchísimo.

Al escuchar aquellas palabras, los ojos de su hijo se cerraron y el sueño lo venció al fin.

Astrid no pudo contener las lágrimas y bajó al salón con el corazón en la garganta. Ver a su hijo estrechar lazos con su padre era imposible de describir. Era todo lo que siempre había deseado y más.

Para Apollo, prometerle algo a Luca en un momento así no tendría mayor trascendencia. No imaginaría que, para su hijo, aquello sonaba como un juramento.

En otro tiempo le había resultado más sencillo compaginar su carrera teniéndolo siempre a su lado. Pero Luca había sufrido con los viajes constantes y las multitudes. Desde que empezó el colegio, Astrid había reorganizado su vida para darle rutina y estabilidad. Y estaba dando resultado.

Suspiró. Apollo se había perdido siete años de la vida de Luca; era lógico que quisiera recuperar el tiempo y proponer cambios. Pero ¿esperaría que ella abandonara su vida estable para seguirlo por el mundo? ¿Qué pasaría si se negaba?

Él había sido claro: quería que los tres vivieran juntos y pronto. Astrid se apartó el pelo del rostro, inquieta. No era una mujer que cediera con facilidad. Nunca había alterado sus planes por nadie, y menos por un hombre.

Pero Apollo no era un hombre cualquiera.

Se quedó quieta frente al espejo cuando lo entendió. No había nada práctico en lo que sentía. Estaba dispuesta a dejar su rutina y su casa aun sabiendo que eso significaba priorizar los sueños de él. Y eso solo tenía una explicación: se estaba enamorando.

Apollo se dio cuenta de que algo iba mal con su prometida cuando fue a buscarla después de acostar a Luca. Estaba en la terraza del dormitorio principal, mirando de forma intensa hacia la nada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Astrid se giró para mirarlo, pero volvió a apartar la vista con un suspiro.

—No puedes hacerle promesas como esa a Luca.

—¿No puedo hacerle promesas a nuestro hijo?

—No cuando eso signifique cambiar nuestros planes sin consultarme primero. —Se abrazó a sí misma—. Le prometiste que iríamos a Mónaco contigo.

—Los dos estuvimos de acuerdo en que no queremos vivir separados, Astrid. No pienso perder más tiempo. Tengo la intención

de encontrar la manera de que eso suceda.

–Luca está muy feliz en su colegio. Jem también empezará la universidad en septiembre, así que ya había ajustado mi horario de trabajo para que Luca volviera a su rutina antes de que empezaran las clases. –Apretó los labios y volvió a apartar la mirada–. Pero tú sabrías todo eso si hubiéramos hablado de los aspectos prácticos de este acuerdo. En cambio, hemos estado evitando la realidad.

–Hemos estado recuperando el tiempo perdido. Viviendo el presente. –Suspiró–. ¿Cuándo te darás cuenta de que está bien no saber todos los detalles en todo momento?

–¿Incluso si ninguno de los dos tiene un plan? –preguntó, exasperada–. ¿Cómo imaginas nuestro futuro, Apollo?

–Haré lo que sea necesario para que estemos juntos.

–Entonces, ¿te mudarías a Londres si hiciera falta? ¿Llevarías a tu hijo al colegio cada mañana y pondrías en pausa tu carrera?

–Eso sería bastante extremo –contestó él–. Tu trabajo y el mío pueden encajar. A Luca y a ti también os gusta viajar.

Cuando Astrid negó con la cabeza, él sintió un brote de irritación. Se le escapaba algo. Ella no estaba bien, y tenía la impresión de haber hecho algo para provocar ese malestar.

Ella abrió la boca para responder, pero su silencio se vio interrumpido por una llamada que recibieron ambos teléfonos a la vez: una videollamada de Tristan Falco.

Los ojos de Astrid se encontraron con los de él y el recordatorio de la realidad que les esperaba se hizo patente entre ambos.

–No contestes –dijo Apollo–. Falco puede esperar.

–Puede que sea una emergencia –respondió Astrid, entrando en el dormitorio mientras contestaba la llamada.

Apollo se quedó detrás de ella, captando cómo se abrían los ojos de Tristan al verlos a ambos en pijama.

–No habré interrumpido nada, ¿verdad?

Tristan ya había vuelto a Mónaco con Nina, quien había comenzado sus entrenamientos para el siguiente fin de semana de carrera. Irónicamente, Apollo había cambiado todos sus planes porque quería pasar más tiempo con Luca y Astrid en su pequeño refugio.

–Tenemos un problema –anunció Tristan con tono serio–. Elite One ha convocado una audiencia. Tu derecho a correr el resto de la temporada, quizá incluso de forma permanente, está en entredicho.

–¿Qué? –gruñó Apollo, apretando la mandíbula–. ¿Quién ha iniciado esto?

–Creo que sabes quién –respondió Tristan–. Tus primos no quieren el equipo según tus condiciones, así que están intentando forzar las cosas. Te acusan de haber conspirado con tu abuelo para conseguir el título mundial... hace ocho años.

–¡No pueden hacer eso! –exclamó Astrid, mirándolo horrorizada.

Podían hacerlo. Y lo harían. Si sus primos ya intentaban apoderarse del equipo de forma tan deshonestas, nunca lo dirigirían con integridad, por muchas restricciones legales que él impusiera.

–El departamento legal lo está investigando, pero parece que, como mínimo, la gravedad de las acusaciones podría impedirte competir el próximo fin de semana. En el peor de los casos, podrías ser expulsado por completo. Que es exactamente lo que quieren –añadió Tristan–. Te necesitamos aquí.

Apollo dudó. La sola idea de que le prohibieran practicar el deporte que adoraba era casi más de lo que podía soportar. Marcharse por voluntad propia había sido una cosa, pero ¿ser expulsado por algo en lo que no había tenido parte? ¿Ver toda su carrera invalidada? Era su peor pesadilla hecha realidad.

Y, para colmo, Astrid acababa de hablar de cómo Luca necesitaba su rutina escolar. Cosas que debería haber discutido con ella antes de prometer llevar a su hijo a la carrera. Tendría que ser más cuidadoso en el futuro si alguna vez esperaba que ella confiara plenamente en él como pareja.

–Tendremos que mostrar un frente unido –dijo Astrid asintiendo–. Por supuesto. Nos iremos mañana a primera hora.

Apollo negó con la cabeza, dispuesto a protestar, pero su prometida apoyó la mano sobre la suya mientras concluía la videollamada.

–Viajaré solo, Astrid –dijo él, levantándose y yendo al otro lado del dormitorio en un intento por mantener la calma–. No voy a permitir que Luca y tú os veáis envueltos en una tormenta mediática.

–Debo ir contigo. –La voz de Astrid sonó firme mientras cruzaba la habitación hasta donde él estaba–. Esto no será igual a lo que tú viviste de niño. Tenemos que adelantarnos a esta historia y, por suerte, tienes a la mejor profesional de relaciones públicas de Elite One en tu equipo.

Apollo atrajo a Astrid hacia sus brazos y respiró su aroma.

–Tu apoyo lo es todo para mí en esto, necesito que lo sepas – murmuró él.

Ella respiró hondo antes de fundirse en su abrazo.

–Lo sé.

Él percibió una extraña vacilación en su tono y luchó contra el impulso de preguntar por la tensa sonrisa en sus labios. En lugar de eso, la besó con toda la pasión y gratitud que poseía. Fue un beso lleno de deseo, y pronto la estaba tumbando sobre la cama y gruñendo de placer mientras ella lo instaba a entrar en su cuerpo. No había tiempo para ponerse protección, ni para pensar o hablar, solo para sentir. Para cuando se dio cuenta de su descuido y lo dijo en voz alta, los ojos de Astrid estaban vidriosos por el inicio de su propio clímax.

–No pares, por favor.

–¿Estás segura? No he... –Su respiración se aceleró mientras se obligaba a quedarse quieto, aunque eso le exigía todo el control que no tenía.

–En esta época del mes debería ser seguro –dijo ella con la voz ronca, rodeándole las caderas con las piernas y atrayéndolo hacia sí–. Pero si no quieres...

–¿Está mal que siga queriendo hacerlo aunque no sea seguro? – preguntó él, deslizándose de nuevo dentro de ella–. ¿Está mal que haya pensado en hacerlo más veces de las que puedo contar? Si me lo pidieras, me aseguraría de no parar hasta dejarte embarazada de otro hijo. Me aseguraría de ello, cariño.

–¡Apollo! –jadeó ella, cerrando los ojos de placer.

Era evidente que sus palabras la habían complacido. Luchó por no dejarse llevar en ese mismo instante. El sexo con Astrid ya había sido perfecto, pero aquello, sentirla sin barreras entre los dos y saber que ella lo deseaba así, era algo que rozaba el paraíso. El

clímax lo sacudió con tal intensidad que se inclinó y hundió los dientes en su hombro. Astrid gritó ante la sensación y perdió el control al momento; su cuerpo se tensó y se estremeció a su alrededor, arrastrándolo con ella a esa caída compartida. Se concentró en cada pulso, en cada contracción que lo envolvía mientras se fundían sin reservas.

Una posesión feroz lo atravesó cuando ella se acomodó más en su abrazo. Apartó los leves ecos de duda que insinuaban que aquel instante podía no durar. Le besó la sien y se hizo una promesa silenciosa de hacer todo lo posible para que aquello funcionara.

Capítulo 15

Decidieron no llevar a Luca de vuelta a Londres y llamaron a Jem para pedirle que acortara sus vacaciones. Aceptó encantada, feliz de reunirse con todos en Montecarlo y mantener al niño ocupado y alejado de miradas indiscretas. La prensa allí solía ser menos intensa que en Inglaterra, más acostumbrada a ver a gente adinerada por las calles. Pero desde el momento en que el *jet* de Apollo aterrizó, los inundaron los fotógrafos, las peticiones de periodistas y los fans de Elite One que lanzaban por igual vítores y acusaciones.

Convocaron a Apollo a reuniones urgentes con sus abogados, mientras Astrid reunía a su equipo y preparaba la estrategia para proteger su imagen pública. Cuando acostaron a Luca y por fin se metieron en la cama, ella no tenía fuerzas para nada más que quedarse dormida en sus brazos.

A la mañana siguiente, Apollo ya había desayunado con Luca antes de marcharse a un día de entrenamiento y nuevas reuniones.

Astrid no estaba menos desbordada, pero el recordatorio de que él también se preparaba para el siguiente fin de semana de carreras la pilló desprevenida. Mientras se duchaba y se vestía para trabajar desde el portátil, no lograba sacudirse esa vaga inquietud. Siempre se había puesto nerviosa viendo a Grayson salir a la pista. La vida de un piloto de Elite One era trepidante e impredecible.

Roux Racing había sido una de las escuderías más antiguas y veneradas de Mónaco y, aunque Tristan Falco la había rebautizado como Falco Roux tras los escándalos de la familia Roux, sus seguidores seguían siendo apasionados. Al principio habían recibido con poca calidez al nieto de Enzo Accardi como piloto principal, y la última revelación sobre la implicación de Apollo en un fraude consolidaba aquellas sospechas iniciales.

En su trabajo, Astrid estaba acostumbrada a desmontar narrativas complicadas y moldear la opinión pública; siempre encontraba la forma de reconducir una historia. Sin embargo, por mucho que ella y su equipo analizaron cada ángulo durante los días siguientes, apenas lograron avances. Los aficionados de Falco Roux se habían vuelto contra su piloto estrella y, por experiencia, sabía que cuando eso sucedía, el resto de la temporada solía torcerse.

Las reuniones en la sede de Elite One eran eventos muy publicitados que requerían la presencia de los diez propietarios de equipo y de varios pilotos dispuestos a testificar a favor de Apollo, entre ellos Grayson, que por suerte ya había regresado a Montecarlo para realizar pruebas.

Izzy los sorprendió con una visita y Astrid sintió un nudo en la garganta cuando los abrazó a Luca y a ella en el pasillo del apartamento de Apollo.

–Ni se te ocurra preguntarme si son gemelos –advirtió Izzy con una sonrisa burlona, apoyando las manos sobre su enorme barriga–. Mi humor puede cambiar en cualquier momento.

–Entonces me alegro de haber pedido mucha *pizza* y helado –rio Astrid.

Los ojos de Izzy se abrieron como los de un dibujo animado.

–Oh, cuánto te he echado de menos, jefa.

Cenaron juntas en la amplia terraza y dieron buena cuenta de la comida, con Luca entrando y saliendo de la piscina sin parar. Astrid puso a Izzy al día de todo lo ocurrido ese mes y terminó mostrándole el anillo en su dedo.

–Es tan romántico todo –suspiró Izzy, acariciándose el vientre.

Sin poder evitarlo, las palabras de Apollo en Granada resonaron en su mente: «Me aseguraría de no parar hasta dejarte embarazada». Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar que aquella noche no habían usado protección. Había sido una imprudencia. Respiró hondo para calmar la presión en el pecho.

–¿Estás bien?

Alzó la vista y vio a Izzy observándola con atención. Cambió de tema y habló de Luca y de las vacaciones, aliviada cuando su amiga le siguió la corriente.

Astrid continuó la conversación con interés, pero al mismo tiempo hacía cuentas. Aquella noche en Granada estaba en los últimos días de su ciclo, la razón por la que se permitió correr el riesgo. Siempre había sido regular..., salvo una vez, la que lo trajo a Luca.

En cuanto se despidió de Izzy, se apresuró a conseguir una prueba. Se quedó de pie en el opulento cuarto de baño mirando la ventanilla del resultado digital, con el cursor parpadeando, burlándose de ella. Otro embarazo inesperado, aunque estuvieran comprometidos, era lo último que cualquiera de los dos necesitaba. Pero parecía que, cuanto más intentaba establecer límites con Apollo, más acababa rompiéndolos ella sola.

Le temblaban las entrañas mientras miraba la pequeña pantalla que decidiría su destino. La impaciencia y el miedo luchaban contra un destello de... ¿emoción?

Un bebé sería amado y adorado por ambos. Pero solo uno vería su carrera alterada por completo.

Cuando la pantalla dejó de parpadear y mostró el resultado, sintió que ya había recorrido todos los escenarios posibles en su mente.

Descubrir que no estaba embarazada fue casi como sufrir una pérdida, aunque solo durara un instante. La dejó descolocada, inestable, un poco avergonzada por la intensidad de su reacción. Le inquietó darse cuenta de que se había ido alejando paso a paso de la vida tranquila que había construido. Necesitaba reflexionar antes de dar un salto así. Necesitaba sentirse segura y escuchada. Y esas necesidades eran legítimas.

Más que legítimas, eran imprescindibles si ella y Apollo querían que lo suyo tuviera futuro.

Apollo ya se arrepentía de haber aceptado aquella cena con Grayson Koh, aunque sabía que contar con su apoyo ayudaría a mejorar su imagen. Tras otro día entero lejos de Astrid, tenía los nervios a flor de piel, y la familiaridad relajada de su viejo rival con ella le resultaba más irritante que nunca. Incluso sentado junto a su esposa, Grayson no dejaba de sonreír y contar anécdotas que hacían

reír a las mujeres. Apollo tuvo que contener el impulso de apartarlo de un gesto brusco.

Cada movimiento suyo era observado y fotografiado, lo que no hacía más que tensarlo. Y apenas había tenido un instante a solas con su prometida en días.

–Luca volverá pronto al colegio, ¿verdad? –preguntó Grayson, con los dedos entrelazados con los de Izzy sobre la mesa del elegante restaurante.

–En unos días –asintió Astrid.

–¿No le afectará no estar en casa para adaptarse después de tanto tiempo fuera?

Astrid se quedó inmóvil a mitad de un bocado de postre y apretó los labios en una expresión que Apollo reconoció al instante como culpa.

–Con la prensa desatada, decidimos que Mónaco era más seguro para él que Londres por ahora. Luca sabe que regresaremos a tiempo para su primer día –intervino con calma, apoyando la mano sobre la de ella–. Podemos disfrutar de un poco más de tiempo en familia aquí hasta entonces.

Grayson asintió, pero a Apollo no se le escapó la mirada que le lanzó a Izzy. De repente tuvo la sensación de que había algo crucial que todos ellos sabían y él no. El vuelo de regreso a Mónaco había sido muy distinto al de Granada unas semanas antes. Luca se había sentido abrumado por cada ruido, alterado por dejar la pequeña isla paradisíaca. Astrid le había explicado que ese comportamiento era típico en él; que lo más difícil solía ser el momento de la partida, la transición de una actividad a otra. Pero Apollo ya había pensado en una solución, una que encajaba con sus planes y los de Astrid de casarse lo antes posible. Su hijo no tendría que moverse más en cuanto él pudiera revelar su última adquisición.

Grayson entrecerró los ojos.

–Solo lo pregunto porque sé lo mucho que Astrid se esforzó para que se adaptara a la vida en Londres. Lo bien que ha respondido a su nueva rutina.

Apollo se irritó de inmediato.

–No creo que la forma en que criamos a nuestro hijo sea asunto tuyo.

Astrid se volvió hacia Grayson con un destello de alarma en el ceño mientras se aclaraba la garganta.

–Disculpa, las últimas semanas han sido muy tensas, todos hemos tenido que adaptarnos bastante.

Apollo vio cómo Astrid esbozaba una sonrisa y restaba importancia a su comentario con la profesionalidad que la caracterizaba, tranquilizando a sus amigos antes de llevar la conversación hacia un terreno más neutro.

Aun así, al despedirse, se aseguró de apartar a Grayson unos segundos para agradecerle con sinceridad su apoyo. Había sido claro al afirmar que creía en su inocencia y que consideraba legítima su victoria en el campeonato. El campeón singapurenses era una leyenda por derecho propio y no tenía ninguna obligación de posicionarse a favor de un viejo rival.

Le debía mucho, quizá por eso su presencia durante la cena le había resultado tan incómoda. Esa vena posesiva era algo que debía aprender a controlar.

El trayecto de regreso, atravesando el pasillo de *flashes* y cámaras, fue breve, pero no pasó por alto la fuerza con la que Astrid le apretaba la mano. Cuando por fin se acomodaron en el interior del coche, ella dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró con cansancio.

–Debería haberme esperado todo esto. Ya estoy agotada.

–¿Los *paparazzi*... o estar comprometida conmigo? –preguntó Apollo, con las manos tensas sobre el volante.

–¿Qué? Me refería a las cámaras, por supuesto.

–La atención viene con el paquete. Algo que sabías muy bien cuando aceptaste mi propuesta.

–No entiendo tu actitud.

Él negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro.

–Nada de esta semana formaba parte del plan. Te prometí protegerte de estas tonterías también, no solo a Luca.

Un silencio tenso se instaló entre ellos, una distancia que llevaba creciendo desde que salieron de Granada.

Se volvió hacia ella. Era tan hermosa que sintió una presión en el pecho. En lugar de atraerla hacia sí, alargó la mano y le acarició la mejilla con los dedos.

Ella se inclinó sin que él lo pidiera y rozó sus labios con los suyos en un beso suave, tan natural que se sintió como volver a casa.

Un suspiro profundo se le escapó y, durante un instante, la abrazó sin decir nada, notando cómo sus respiraciones se acompasaban. Cuando se separaron, una sonrisa curvaba los labios de ella y el rubor había reemplazado la palidez tensa de antes.

Entonces supo que no podía esperar más para enseñarle la sorpresa en la que llevaba toda la semana trabajando.

Condujo por las sinuosas calles de Montecarlo hacia la carretera de la costa, seguro de su decisión. La semana había sido agotadora para los dos, y su estado de ánimo había ido empeorando cada vez que la veía cerca de Grayson.

No estaba celoso ni preocupado por la devoción de Astrid hacia su amigo. La animadversión se debía enteramente a que verlo le recordaba el tiempo perdido con Luca y con ella; el papel que el padrino de su hijo había desempeñado en su vida mientras él, el verdadero padre, había estado desaparecido. Luca tenía más recuerdos de crecer con los amigos de su madre que con su propio padre.

Aquel era su nuevo comienzo. Su oportunidad de arreglarlo todo, y no quería esperar ni un segundo más.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, con una sonrisa de desconcierto.

—He estado preparando una sorpresa. Iba a esperar, pero creo que los dos necesitamos algo que celebrar, ¿no?

Se adentraron por carreteras secundarias entre mansiones y bloques de apartamentos con vistas impresionantes a toda la bahía. Era una de las zonas más codiciadas y que pocos podían permitirse. Pulsó un botón del llavero y unas puertas automatizadas se abrieron deslizándose, revelando poco a poco una preciosa villa de dos plantas enclavada entre los árboles.

—¿Una escapada romántica de fin de semana? —preguntó Astrid con una sonrisa pícar.

–Ya lo verás.

Aparcó junto a la gran fuente llena de diminutos querubines de mármol que se lanzaban agua unos a otros. Dio la vuelta, ayudó a Astrid a bajar y le hizo una reverencia como un auténtico caballero, para gran diversión de ella.

–Estás siendo muy misterioso, Apollo. –Levantó una ceja–. Esto no será una sociedad secreta de Montecarlo llena de libertinaje y depravación, ¿verdad?

–¿Libertinaje? –La atrajo hacia sí–. ¿Crees que podría soportar compartirte? Apenas pude aguantar verte reír y bromear con mi viejo rival durante casi toda la cena.

–Grayson ha sido como un tío para Luca y siempre un buen amigo para mí.

–Lo sé –dijo Apollo en tono conciliador. Y lo sabía de verdad. Había investigado la implicación de Grayson en los primeros años de Luca y descubrió que su rival había sido más que generoso al ejercer como padrino.

Sacó otra llave del bolsillo y abrió la puerta principal, guiando a Astrid al interior del vestíbulo vacío. No había muebles en la villa, solo grandes habitaciones despejadas. Un lienzo en blanco, un nuevo comienzo que esperaba sus instrucciones. A la espera de una familia que creara un hogar.

–Bueno, ¿qué te parece?

Astrid frunció el ceño mirando a su alrededor.

–Es precioso... Solo que no estoy muy segura de por qué estamos aquí.

–Estamos aquí porque acabo de comprarla –anunció él, tomándola de la mano y colocando la llave en el centro de su palma–. Bienvenida a nuestro nuevo hogar.

Capítulo 16

Astrid se quedó paralizada ante la mirada expectante de Apollo. ¡Había comprado una mansión entera para ellos!

Para cualquier otra persona habría sido un gesto romántico; para ella, solo un desastre, porque él había dado por sentado que se mudaría a Mónaco a pesar de todo lo que ya le había explicado sobre su vida en Londres.

–Apollo, sabes que nuestro hogar está en Londres.

–Pero os mudaréis pronto, Londres ya no es un lugar seguro para vosotros.

–No voy a desarraigar la vida de nuestro hijo ni a seguir tu carrera por todo el mundo solo porque estés empeñado en demostrar que te merecías ese primer campeonato.

–Eso no es justo –dijo él, apretando los dientes–. Os quiero a los dos conmigo, viviendo como una familia. No se trata solo del campeonato.

–Llevo mucho tiempo en este mundo y sé reconocer la mirada de un piloto con una misión.

–Estamos prometidos.

–Creo que hay muchas cosas que deberíamos haber hablado...

–Voy a tener que conformarme con hablar con mi hijo por videollamada desde cualquier rincón del mundo durante varios meses al año –dijo con tono sombrío–. ¿Está mal que quiera que estemos todos juntos cuando esté aquí?

–Lo que veo es a un hombre empeñado en vivir en un mundo ideal donde puede tenerlo todo sin renunciar a nada.

Ella advirtió el ceño que se marcaba entre sus ojos y sintió un tirón en el pecho. Para él era una forma lógica de avanzar. Para ella, en cambio, resonaba como el eco de una etapa en la que había

permitido que los deseos ajenos pesaran más que los propios. Ya no era aquella joven insegura. Era fuerte. Había construido una vida que valoraba, una vida sencilla que también hacía feliz a Luca, y no le parecía injusto querer protegerla, aunque eso implicara arriesgarse a perder al hombre que amaba.

Porque lo amaba. Más que nunca. Lo suficiente para desear que venciera bajo sus propias reglas, incluso si ese triunfo lo alejaba de ella.

—¿Qué estás diciendo, Astrid? ¿Que no quieres casarte conmigo?

—No puedo descuidar la carrera que he construido ni alejar a Luca de la estabilidad que necesita.

—¿Vivirías separada de mí? ¿Me alejarías de mi hijo? —Se acercó—. Por no mencionar que no hemos tenido cuidado. ¿Y si ya estamos esperando otro hijo?

—Nunca elegí alejar a Luca de ti, y nunca lo haría. Y no estoy embarazada. Me hice una prueba esta mañana. —Los ojos de él se abrieron como platos, pero ella siguió adelante—: Tengo que anteponer la vida de mi hijo a todo. Intentaré llevarlo a las carreras. Te apoyaremos, pero no podemos viajar contigo por todo el mundo, ni lo trasladaré a Mónaco por un capricho.

—No voy a permitir que te alejes de mí —protestó él, tomándole el rostro entre las manos—. Mira todo lo que podríamos tener, si tan solo...

—No. —Se soltó y dio unos pasos atrás—. Tengo que irme. Fue un error venir aquí contigo. Luca no es feliz fuera de su rutina, yo estoy hecha un manojo de nervios, y ahora encima presionas para demoler todo lo que he construido.

—Te presiono para que sigamos juntos. Para construir una vida juntos.

—Pero esta es tu vida, Apollo, no la nuestra. —Tragó saliva—. La familia es algo más que vivir bajo el mismo techo. Quizá si dejaras que tus inseguridades no guiaran tus actos te darías cuenta de que tu hijo te quiere de verdad. Los dos te queremos.

—Astrid... Tomémonos un momento.

—Esperar no cambiará nada. —Hizo una pausa—. No entraba en mis planes enamorarme de ti, pero ocurrió. Y no quiero un matrimonio

de conveniencia, quiero uno de verdad.

Él dio un paso adelante y le agarró las manos con fuerza.

–Lo que tenemos es real. Es más de lo que jamás pensé que sería capaz de sentir. Por favor, Astrid, no renuncies a lo que tenemos.

Algo en lo más profundo de su pecho se hizo añicos, aunque logró no derrumbarse, y con la cabeza bien alta se apartó de él.

–Creo que lo mejor es que vuelva a Londres. Luca necesita tiempo para prepararse para el colegio, y yo también necesito algo de tiempo. Te agradecería que no me lo pusieras difícil.

–Si eso es lo que quieres, no te lo impediré. –Apretó los puños a los costados–. Prepararé el *jet* para mañana.

Durante el breve trayecto al aeropuerto a la mañana siguiente, Astrid se torturó con su decisión de marcharse de Mónaco. Apollo había accedido a preparar el *jet*, pero apenas le había dirigido la palabra desde la noche anterior.

Unas gafas de sol oscuras le ocultaban los ojos mientras se apoyaba contra la puerta del coche con chófer. Con Luca y Jem ya entrando en el avión, Astrid esperó en los escalones un momento más de lo necesario, con la esperanza de que él dijera algo, de que se disculpara por haberla presionado, de que los eligiera a ellos por encima de todo lo demás.

Esperó, observando el lento subir y bajar de sus hombros, hasta que llegó el momento de admitir que todo había terminado. Igual que aquella noche en Venecia hacía una eternidad, Astrid se alejó y lo dejó allí solo.

Apollo no sabía cuánto tiempo se quedó esperando después de que el avión desapareciera de su vista, ni cuánto tiempo condujo sin rumbo por las carreteras costeras mientras las llamadas del equipo de Relaciones Públicas y de Tristan Falco iluminaban el salpicadero sin que él las atendiera.

Ella le había dicho que estaba enamorada...

Gruñó y golpeó el volante al recordar el dolor en el rostro de Astrid mientras él se había quedado inmóvil, incapaz de pronunciar una sola palabra que la hiciera quedarse.

¿Cómo iba a permitirse amar cuando el único modelo que conocía era el matrimonio convertido en campo de batalla de sus padres? Incluso su abuelo, el hombre en quien buscó consuelo, había terminado tratando de manipularlo para servir a sus propios intereses.

La decisión de comprar la casa le había parecido acertada en su momento. Ya había seleccionado varios colegios excelentes y preseleccionado niñeras locales con experiencia en autismo, por si Jem no quería trasladarse; no había sido del todo idealista, como ella lo había acusado de ser.

El teléfono sonó mientras conducía y pulsó el altavoz.

–Llevo toda la tarde intentando localizarte. ¿Dónde estás? – retumbó la voz de Tristan Falco.

–Fuera –respondió él con brusquedad.

–Tengo buenas noticias. Han decidido que podrás correr el resto de la temporada. El testimonio de Grayson ha sido decisivo.

Apollo apretó el volante con fuerza, pero no dijo nada.

–Accardi Autosport podría beneficiarse mucho de un liderazgo firme ahora mismo –continuó Tristan–. Tus primos no van a respetar ninguna de las normas que impusiste para limpiar la corrupción. Tal vez tu abuelo lo sabía. Que solo había un Accardi íntegro capaz de dirigir ese equipo.

Apollo pensó en el hombre al que había venerado de niño. ¿Había sido esa la razón por la que Enzo pidió verlo el día de su muerte? Nunca lo sabría con certeza.

–Estoy confundido, Falco. ¿Estás sugiriendo que tu piloto principal te abandone después de todo?

–Nina está segunda en la clasificación, justo detrás de ti, y tiene las mismas posibilidades de ganar si decides retirarte. Nadie te culparía si decidieras dar prioridad a tu vida familiar.

Su vida familiar...

Apollo pensó en su pequeña familia, esa de la que ya ni siquiera estaba seguro de tener derecho a formar parte, no después de

haberse mostrado tan egoísta.

La imagen de Astrid diciéndole que lo amaba volvió a avergonzarlo. No había respondido; se había quedado paralizado como un cobarde, y ella lo había acusado de intentar tenerlo todo sin dar nada a cambio.

Tenía razón. Había sido egoísta, dominado por el miedo a que le arrebataran la última oportunidad de probar su valía como piloto, cuando en realidad no tenía nada que demostrar. Ya lo había hecho ocho años antes, aquella victoria siempre había sido suya.

Pero incluso si no lo hubiera sido, incluso si lo hubieran expulsado del deporte aquel día, comprendía que nada dolería tanto como perder a Astrid y el lazo con su hijo.

Apenas escuchó a Tristan cuando le explicó los detalles. Podía terminar la temporada con Falco Roux y conservar la propiedad de Accardi. Podía tener todo aquello por lo que había luchado.

Todo, salvo lo único que de verdad quería.

Nada de eso importaba sin la mujer que amaba a su lado.

Se dio cuenta de lo estúpido que había sido y sintió el estómago revuelto. Todas las casas del mundo, todos los trofeos, todo su éxito y su dinero: nada importaba sin Astrid. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para decírselo y arreglar las cosas.

Londres estaba azotada por una lluvia torrencial, y Astrid agradecía que Jem se hubiera ofrecido a llevarse a un Luca de pésimo humor al museo para que ella dispusiera de unas horas a solas.

Había conseguido contener las lágrimas durante casi todo el vuelo. Se había terminado... Estaba hecha añicos, pero había superado cosas peores. También superaría aquello.

Mientras revisaba el correo, vio un mensaje reenviado por Tristan. Lo abrió con el pulso acelerado. Era el veredicto de la audiencia de Elite One. Apollo podía volver a competir y, además, conservar la propiedad de Accardi y cumplir su contrato con Falco Roux esa temporada. Viajaría por el mundo, lucharía por el título y dirigiría su propio equipo.

Cerró los ojos. Así que eso era todo.

Observó el cielo gris a través de la ventana y se preguntó cómo iba a soportarlo. Entonces, un coche desconocido se detuvo frente a la casa. Una figura alta atravesó la lluvia a toda prisa y golpeó la puerta.

Y al abrir la puerta, se quedó sin aliento al encontrarse con Apollo, empapado bajo la lluvia.

Capítulo 17

Por qué estás aquí? –preguntó por encima del rugido del viento y la lluvia—. Deberías estar en Mónaco celebrando tu victoria.

–No aguanté ni cinco minutos después de enterarme –respondió él—. Me subí al *jet* y vine tras de ti.

–¿Por qué?

–Porque nunca debí haberte dejado marchar. Porque tuve que conseguir todo lo que creía querer para darme cuenta de que nada tendría sentido sin ti.

Astrid negó con la cabeza despacio, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

–¿Es esto algún tipo de remordimiento? Porque no es justo. Sabías que tenías mi bendición para quedarte y correr. Solo quiero que tengas lo que te haga feliz.

Apollo dio un paso adelante y le tomó las manos con delicadeza. Estaba helado, y el viento y la lluvia los azotaban sin piedad, pero ella no podía apartar la mirada.

–Tú me haces feliz. Con tu actitud mandona, tu gran corazón y tu negativa a pensar lo peor de mí, incluso cuando tomo las peores decisiones. –Sacudió la cabeza—. No necesito correr ni tener un equipo. No necesito nada de eso, Astrid.

–Pero... ¿Y tus planes...?

–El único plan que de verdad necesito es seguir el camino que os mantenga a Luca y a ti a mi lado para recuperar los años que perdimos. –Se acercó aún más, el viento sacudiendo su abrigo de lana—. Dijiste que intento tenerlo todo... Tú lo eres todo para mí, Astrid. Todo. Debería habértelo dicho cuando te pedí que te casaras conmigo. O cuando me di cuenta de que eras la mujer en la que no había dejado de pensar durante casi ocho malditos años. O incluso

antes, aquella fatídica noche en un ascensor a oscuras, cuando nuestros destinos se entrelazaron de la mejor manera posible. Estoy locamente enamorado de ti.

Astrid sintió que el cuerpo se le inclinaba hacia él mientras las lágrimas le brotaban de los ojos y las palabras le fallaban. Unas manos fuertes le enmarcaron el rostro secándole las lágrimas.

–Estás llorando. No quería hacerte llorar.

–¿Qué esperabas que hiciera una mujer cuando el hombre al que ama le dice algo así? –sollozó ella.

Apollo dejó escapar una risa grave y ronca que la hizo estremecerse, y Astrid lo atrajo hacia sí para besarlo. Cuando él se apartó demasiado pronto, tuvo que contener el impulso de protestar, todavía aturdida por la tormenta de emociones que rugía en su pecho.

–Necesito que entiendas que esto no son palabras bonitas y promesas vacías –dijo él con sinceridad–. Es mi juramento de no marcharme nunca más. Fuiste la primera persona que me desafió, que me hizo ver cuánto me había marcado la infancia. Me mostraste una versión de mí mismo que nunca pensé que podría ser: alguien sólido y fiable, alguien real. Solo ha pasado un mes, pero me siento completo a tu lado. Estar contigo, tener tu confianza y tu corazón..., esa es la única victoria que quiero.

»Me dijiste que me querías, mi amor, y me quedé paralizado como un cobarde. Quiero la oportunidad de demostrar que puedo merecerlo si decides decirme esas palabras de nuevo, y la oportunidad de demostrarte mi propio amor cada día durante el resto de nuestras vidas.

Astrid levantó las manos y le rodeó la mandíbula.

–Te quiero, Apollo. Ayer me hiciste daño. –Lo miró a los ojos, sabiendo que, si él podía desnudar su corazón así en el umbral de su puerta, ella podía hacer lo mismo–. Tenía el corazón roto y estaba furiosa, pero ahora me doy cuenta de que no quiero renunciar a esto: a ti, a nuestro futuro. El amor verdadero significa darse espacio para cometer errores y superarlos. Nos hemos vuelto a encontrar después de tantos años y tantos obstáculos... No voy a rendirme sin luchar.

–Estás hecha para mí. Eres la mujer de mis sueños –murmuró contra su boca, presionando su cuerpo contra la madera fría de la puerta–. Mi compañera de vida, mi alma gemela.

–Tu compañera de celda, si no entramos ahora mismo y nos alejamos de las miradas indiscretas.

Se rio cuando él los cubrió a ambos con el abrigo y la guio al interior, resguardando su reencuentro de la calle empapada.

Apenas llegaron al dormitorio cuando él la tomó entre sus brazos con una intensidad desbordada, diferente a todo lo que ella había visto antes en él. La ropa quedó olvidada a su paso y la casa se llenó del eco de su pasión. Cuando el clímax se aproximaba, Astrid le mantuvo la mirada y, en silencio, se prometió amarlo y honrarlo para siempre.

Él la estrechó contra su pecho mientras se rendían juntos a la intensidad del momento, tan hermoso y profundo que casi dolía. Y cuando sus respiraciones se calmaron, Apollo le susurró esas mismas palabras sobre la piel.

Le prometió amarla, honrarla y cuidarla para siempre.

Apollo sintió el coche estremecerse y temblar al tomar la última curva en la carrera final de la temporada. Era una curva difícil con neumáticos blandos y casi se había ido contra el muro en la vuelta anterior. Centró la atención en la recta que tenía delante, ignorando el caos en los auriculares mientras su compañera de equipo maldecía en voz alta.

Nina estaba cinco segundos por detrás, conteniendo al piloto líder de Accardi durante diez vueltas. Era una maestra en la defensa y había allanado el camino para que Apollo mantuviera su ventaja.

Se concentró en la pista, rezando para que los neumáticos aguantaran mientras guiaba el coche hacia la recta final. Sintió cada pequeño tirón al acelerar a fondo; su cuerpo y el coche se fundían en uno solo mientras contenía la respiración y cruzaba la línea de meta.

Rugidos de triunfo estallaron en sus auriculares. Alzó el puño en el aire, con la emoción oprimiéndole la garganta.

–*iApollo Accardi, campeón del mundo de Elite One!* –anunció el locutor.

Impulsado por la adrenalina, el tiempo pareció dilatarse hasta que por fin logró sacar el coche de la pista. Y aún más mientras corría hacia el garaje, donde sabía que su mujer y su hijo habían seguido cada vuelta.

–iPapá! –gritó Luca, radiante de orgullo.

Apollo se quitó el casco y alzó a su hijo en brazos.

–iLo has conseguido! –exclamó Astrid.

–Lo hemos conseguido –la corrigió él cuando ella se acercó y se unió al abrazo, con lágrimas de orgullo.

Apollo cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largo, cargado de alivio.

Por fin lo habían logrado. Contra todo pronóstico, habían hecho que funcionara. Él cumpliendo con el calendario restante de Elite One, Astrid organizándolo todo desde Londres y Luca superando cada meta en el colegio.

Y, en medio de aquel torbellino, decidieron no aplazar la boda. Se fugaron a Italia una luminosa tarde de octubre, a una pequeña capilla en Venecia, no muy lejos de donde comenzó su historia. Su madre y Grayson actuaron como testigos, mientras Jem conducía a un emocionado Luca hasta ellos para que los tres pronunciaran juntos sus votos como familia. Izzy, Tristan y Nina fueron los únicos invitados, para que la ceremonia se mantuviera íntima y sencilla.

Habían sido meses intensos, con lágrimas compartidas, pero también con la decisión firme de ponerse siempre el uno al otro en primer lugar.

–Mi marido, el campeón del mundo –susurró Astrid con una sonrisa, poniéndose de puntillas para besarle con pasión.

Estaba cubierto de sudor y olía a aceite y gasolina, pero a ella no le importó mientras profundizaba el beso ante los vítores de los mecánicos y la multitud.

–No lo habría logrado sin vosotros dos –dijo él, con la voz rota por la emoción, estrechándolos aún más contra su pecho.

Epílogo

Ya casi estoy lista –mintió Astrid, maquillándose las mejillas. Apollo la observaba desde el umbral, vestido impecable y con esa impaciencia cariñosa que conocía bien.

–Dijiste cinco minutos. De eso hace media hora.

–Conozco esa mirada, señor Accardi. Y la respuesta es no.

–¿No? –repitió él, con los ojos brillando con picardía.

–Apollo... –lo reprendió ella, pero su nombre se transformó en un gemido cuando los labios de él rozaron la piel sensible de su cuello.

Deslizó las manos por sus hombros en una caricia suave, lenta y segura, y Astrid dejó escapar un suspiro cuando sus dedos deshicieron los nudos de tensión con una habilidad cultivada tras más de diez años de feliz matrimonio. Once años de felicidad, en realidad.

–No tenemos tiempo –susurró Astrid, jadeando cuando las manos de él se deslizaron bajo su escote–. A menos que seas rápido.

–Cariño, ya sabes lo mucho que me gustan los retos.

La alzó y la sentó sobre el tocador sin preocuparse por los frascos que cayeron al suelo.

Apenas había empezado a tocarla cuando el estruendo de unos pasos irrumpió en la escena, seguido de voces infantiles acercándose a la puerta.

–¿Cómo es que siempre lo saben? –gruñó él, apoyando la frente en su esposa.

Astrid sonrió y ambos rompieron a reír mientras se recolocaban la ropa con la rapidez adquirida tras años de besos robados en los rincones de su bulliciosa casa.

Tuvieron el tiempo justo antes de que sus hijas gemelas de nueve años entraran en la habitación como un vendaval.

–¡El coche nos espera, mami! –anunció Clara, mientras Victoria examinaba con mirada sagaz el aspecto algo revuelto de sus padres.

Era el primer día de la temporada de Elite One. Seguían asistiendo a varias carreras cada año, ya que él continuaba al frente del prestigioso equipo Accardi Autosport tras apartar a los elementos corruptos, incluidos sus tres primos. Pero aquella vez había un motivo distinto, uno que les aceleraba el pulso.

–¿Estás lista? –preguntó él, y bajo su serenidad habitual asomó un destello de nervios.

–Todo lo que puedo estar –respondió Astrid, entrelazando los dedos con los suyos.

Apollo había estado en los garajes de una Elite One cientos de veces a lo largo de su carrera, pero ese día era diferente. No era él quien realizaba las comprobaciones finales frente a los monitores, sino su hijo.

Con apenas dieciocho años, el mono granate y dorado de Falco Roux todavía no se ajustaba del todo a sus hombros delgados. Aun así, Luca Lewis Accardi se había convertido en un joven imponente, unos centímetros más alto que su padre. No había heredado la facilidad de Apollo ante las cámaras; en su lugar, su intensidad callada y analítica se había vuelto su sello personal mientras ascendía en la academia.

Astrid apenas había puesto un pie en el garaje antes de romper a llorar, lo que obligó a Apollo a sacarla tras un abrazo rápido a su hijo y un susurro cargado de emoción.

Luca no necesitaba suerte. Poseía un talento natural para la competición de alta exigencia, igual que el día en que su padre lo sentó por primera vez en un kart. Nina Roux era su mentora desde su retirada. No solo porque también era autista y comprendía el equilibrio entre la élite deportiva y una mente neurodivergente, sino porque, según Luca, su padre resultaba demasiado teatral e impulsivo en sus tácticas.

El recuerdo de cuánto había odiado que su abuelo lo presionara en la pista fue todo lo que Apollo necesitó para darle a su hijo la bendición de correr donde quisiera, mientras él observaba a un lado.

Y ahí estaba Luca, que debutaba como piloto de Elite One. Al ser el más joven en pisar esa pista, ya había batido innumerables récords. Apollo no podía estar más orgulloso. Grayson Koh y Nina Roux estaban a su lado mientras despedían con la mano a la nueva generación de futuros campeones hacia la parrilla de salida.

Caminaron juntos en silencio hacia el palco corporativo. Izzy apareció en la puerta con aspecto agobiado.

—Menos mal que habéis vuelto, los niños están enloquecidos aquí arriba.

—¿Cuántos tenéis ahora? ¿Veinte? —preguntó Apollo, sonriendo burlón cuando Grayson extendió la mano para darle un puñetazo amistoso en el hombro.

Sabía perfectamente que ya eran cinco; la Navidad anterior habían adoptado de forma oficial a su tercer hijo de acogida, ampliando la familia una vez más. Con cada año que pasaba, parecía que Grayson sumaba otro niño al clan.

Y, dado que Apollo tenía *solo* tres, resultaba divertido ver cómo su viejo rival lo aventajaba sin remedio en el terreno familiar.

A pesar de los celos de antaño, en la última década habían forjado una amistad sólida y se habían convertido en socios al cincuenta por ciento de la exitosa campaña global por la igualdad en el automovilismo.

Tristan, el atractivo propietario de Falco Roux, apareció para saludar a su esposa, con su hijo de cinco años, Laurent, medio oculto tras sus piernas.

Nina regresaría al garaje junto a su hermano, como asesora en el muro de *boxes*, pero por el momento los seis permanecían hombro con hombro mientras los equipos salían a pista para calentar los neumáticos.

Apollo abrazó a su mujer por la espalda, intentando aliviar parte de su tensión.

—Relájate, *amore*. Luca sale desde la *pole position*. Va a ganar.

—Lo sé —susurró Astrid—, es solo que... me gustaría que a veces ganara un poco más espacio.

Apollo se rio, girándola entre sus brazos y besándola en los labios.

—Por eso no te dejan entrar en el garaje.

–Hubo una ocasión en particular en la que te alegraste mucho de tenerme a solas en el garaje, maridito mío.

–No soy consciente de tal acto indecoroso, pero en cuanto termine la carrera bajamos allí y me lo recuerdas.

Astrid soltó una risita y él se inclinó para atrapar ese sonido con otro beso. No era culpa suya haberse casado con una seductora capaz de distraerlo con un simple gesto. La habría deseado igual con un mono manchado de grasa o sin nada en absoluto.

La voz del locutor retumbó por los altavoces e interrumpió un beso que empezaba a resultar demasiado intenso para el público. Apollo soltó una carcajada cuando sus hijas los imitaron con besos exagerados antes de salir corriendo a jugar con sus amigos.

No eran solo amigos, pensó al observar a su pequeño ejército de hijos felices y a las otras dos parejas con las que habían compartido la última década. Se habían convertido en familia.

El pensamiento le llenó el corazón. Buscó la mano de su esposa y la entrelazó con la suya mientras los coches se alineaban en la parrilla de salida.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Si te ha gustado este libro...